

A close-up photograph of a woman's hands holding a bouquet of white snowdrop flowers. The woman is wearing a dark green dress with gold lace detailing and a necklace with black beads. The background is softly blurred.

El jardín de los colibríes

A detailed illustration of a hummingbird in flight, facing left, positioned on the left side of the subtitle.

Una historia de
amor real

A detailed illustration of a hummingbird in flight, facing right, positioned on the right side of the subtitle.

Angie P. Rainbow

EL JARDÍN DE LOS COLIBRÍES

Una historia de amor real

Angie P. Rainbow

La autora agradece enormemente que hayas comprado su obra. Puedes encontrar sus demás obras “Son como mariposas” y “Cosas del Destino” en Amazon o escribiéndole en Instagram, seguramente te encantarán.

Si deseas contactar a la autora y hacerle llegar tus opiniones de sus obras, puedes encontrarla en los siguientes medios, para ella lo más importante es saber tus opiniones y comentarios:

<https://www.amazon.com/author/angiep.rainbow>

<https://www.instagram.com/angieprainbow/>

<https://www.wattpad.com/user/AngiePRainbow>

***“Rápida como un colibrí... se lanza tan ansiosamente, velozmente,
sumergiéndose dulcemente en las flores de mi corazón”.***

James Oppenheim

ÍNDICE

Prólogo. El jardín de los colibríes

Capítulo 1. La muerte del Rey

Capítulo 2. La nueva reina

Capítulo 3. El compromiso

Capítulo 4. Encuentros

Capítulo 5. Secretos

Capítulo 6. Distancia

Capítulo 7. La boda

Capítulo 8. La reina de Nuevo México

Capítulo 9. El plan

Capítulo 10. Encierros

Capítulo 11. Las noticias corren como agua

Capítulo 12. Aynara

Epílogo

Prólogo. El jardín de los colibríes

Los colibríes pueden ver colores que los humanos no, colores inimaginables para el ojo de cualquier persona existente.

¿Cómo sería poder ver como un colibrí? Se preguntó Aynara mientras los observaba volar desde aquel jardín de su enorme castillo. Pensó que los colores que ya eran hermosos y abundantes de estas aves, al observarlos con los ojos del colibrí serían seguramente fantásticos; probablemente sus ojos se deleitarían tanto que no podrían creer estar observando tanta belleza.

Aynara se acomodó en el enorme columpio, dejando que el viento hiciera bailar a su gran melena negra, larga y con ondas formadas a la perfección. Se acomodó el vestido y se columpió un par de veces para seguir observando y seguir con todos esos pensamientos que inundaban su mente.

Tal vez también si los humanos pudieran ver como los colibríes, podrían no solo ver toda la gama de colores, sino que podrían ver al fin la realidad; verían a las personas tal y como son, se verían por fin iguales y dejarían de darle tanta importancia a todas esas cosas tan banales.

Tal vez era más bien que Aynara añoraba el día en que esto fuera así, en que la vida de los reyes y plebeyos valiera lo mismo y cada uno pudiera hacer lo que quisiera en el mundo, sin limitaciones, sin obligaciones impuestas y sin carencias. Tal vez era solamente que Aynara era en exceso soñadora y aspiraba a una utopía.

Suspiró y volvió a observar el jardín, observó a los colibríes y sonrió. Se fijó en la libertad de su existencia, en las alas resplandecientes en el cielo, en el aire que volaba junto a ellos, como si hubiera sido hecho para eso, como si el aire les rindiera culto a su majestuosidad.

Los colibríes nunca se detienen en las manos de las personas, recordó. Aun así estiró su mano esperando que sucediese aquello, esperando sentir que alguna de esas hermosas aves se detuviera por al menos un segundo en su palma. No sucedió, pero dejó la mano estirada y no quitó la sonrisa que tenía en el rostro, sintiéndola en verdad. El columpio se movía suavemente, balanceándola un poco, aquello, sentir el balanceo y el viento a su paso, la reconfortaba.

En el mundo de las aves la libertad es connatural, un ave no puede ser ave sin libertad, un colibrí

no puede vivir sin volar. Tal vez el amor en el mundo de los colibríes significaba también libertad.

Aynara recordó aquel libro que leyó, ese que hablaba sobre las aves y con el que quedó fascinada desde el primer momento, leyó todo lo que pudo sobre estas aves, después leyó más y más libros y con cada libro quedaba más fascinada.

Algunos decían que los colibríes se quedan con su pareja por siempre, aunque estos libros eran más de literatura y Aynara sabía que para la literatura los colibríes eran símbolo de amor. Para la literatura todo era romántico la mayoría de las veces, ella no estaba en contra de ello, mentiría si dijera que las historias románticas no le gustaban, a veces leía a Shakespeare y suspiraba al leerlo.

Pero lo cierto era que Aynara nunca se había enamorado, no podía pensar en ningún chico cuando leía todos esos libros con historias tan intensas, ningún hombre venía a su mente, ninguno de todos esos que la cortejaban. Ni siquiera con el que su familia había acordado el matrimonio desde muchos años atrás, como solía suceder en la realeza. Claro que aún faltaba para el momento de consolidarlo y casarse, pero lo cierto era que todo eso para Aynara era más que irrelevante.

Leyó entonces aquello; los colibríes se quedan con su pareja para siempre. Los colibríes son el signo del amor.

Sin embargo, en otros libros encontró que los colibríes eran aves solitarias.

Tal vez solo deben encontrar a otro colibrí libre igual que ellos para volar juntos, pero siempre siendo ellos mismos, se dijo. Los colibríes deben entender al amor, saben que son libres y pacíficos y que amar entonces, debe ser igual.

Tal vez todos deberíamos ser más como las aves, pensó Aynara.

Ojalá yo pudiera ser un colibrí, se dijo de nuevo, mientras aquella ave de colores azules y verdes majestuosos, pasaba volando moviendo sus alas sin parar y con un toque muy suave rozaba a su paso la nariz de Aynara. Al fin colocándose en ella.

Aynara rio.

Ojalá pudiera ser un colibrí.

Capítulo 1. La muerte del Rey

Aynara había pasado la noche en vela, justo como las últimas noches de la última semana de su vida, las cuales habían sido las peores que podía recordar. Sus ojos grises estaban enmarcados en unas grandes ojeras prueba de ello. Suspiró, pensando en qué apenas todo estaba comenzando y ella ya ni siquiera podía dormir.

Su padre había muerto una semana atrás y esto la tenía sumergida en una especie de depresión. No podría decir que era una depresión tal cual, porque ni siquiera sabía lo que era eso, pero lo cierto era que no tenía ánimo de nada. Lo peor es que tampoco tenía tiempo para no tener ese ánimo, su padre era el Rey del Nuevo México y al haber muerto y ser la única hija, ahora ella ocuparía su lugar. Su madre no podía hacerlo, así que ella era la elegida y no había otra opción.

Aynara de Farnesio sería la nueva reina. Con apenas 19 años cumplidos iba a tener que encargarse de todo un país, iba a tener que tomar decisiones importantes, no solo para su país sino para otros también, ella no podía creerlo, era demasiado lo que estaba viviendo a sus apenas 19 años de edad.

No quería hacerlo, ella en esos momentos lo único que quería era dormir por siempre y si es que tenía suerte, ya nunca más despertar. Quería acompañar a su padre en el sueño eterno, quería mejor no ser hija de quienes era hija y poder vivir su vida sin imposiciones.

Aynara estaba prometida ya, estaba prometida al próximo heredero de España, el aclamado Luis de Borbolla, primo lejano. No lo quería, ni siquiera le gustaba, pero no podía oponerse, no se podía, su matrimonio había sido acordado muchos años atrás y tenía que cumplirse.

Ya había tenido bastantes problemas con sus padres por esto, ella no quería casarse con él, tal vez no quería casarse con nadie, con ningún otro hombre, pero tenía que hacerlo. El reino, los reinos tenían que prosperar y seguir. Y ahora ella era la nueva reina. Las reinas tenían modales que cumplir, tenían obligaciones impuestas desde antes de nacer y así le había tocado a ella, tenía que cumplir las obligaciones de su reinado.

¿Por qué había tenido que nacer justo ahí? Se preguntaba casi todo el tiempo, no podía encontrar la respuesta a esa pregunta y otras más que rondaban por su mente. Ella no pertenecía a ese mundo, lo podía notar al platicar con sus amigas, con las hijas de otros príncipes y reyes, todas

ellas pertenecientes también a la nobleza.

Lo notaba por las pláticas que tenían, una más superficial que la otra para su gusto, no soportaba ser así, tener que ser la mujer que todos esperaban que fuera, servicial, superficial, amable, esperar a casarse, tener hijos y no tener más aspiraciones que eso. No podía creer que siendo quienes eran no quisieran más que eso, no podía creer tampoco que la mayoría no se apasionara por el arte, por la ciencia, por el mundo, que no quisieran viajar y conocerlo todo, no podía entender nada de eso.

Aynara sentía que no pertenecía a ese lugar.

A veces, sin que sus padres ni nadie lo supieran, salía a recorrer el pueblo, vagaba por los campos y observaba a la gente; la gente se sorprendía de verla llegar sola, sin ninguno de esos hombres que la cuidaban como solía suceder con los reyes. A Aynara le gustaba observar la vida de la gente común, le apasionaba si es que tenía que decirlo, era tan diferente a lo que ella había conocido toda la vida.

Se detenía entonces y los observaba, sabía por sus expresiones y por sus cuerpos que no tenían una buena vida, lo veía también cuando escuchaba las pláticas y los llantos, la comida escaseaba y muchos solo podían vivir sirviendo a los reyes.

No podía entender toda esa desigualdad, es decir, en su casa, en todas las casas de la nobleza que conocía, castillos mejor dicho, todo estaban en abundancia, de todo sobraba siempre. Había tanto de todo que la mayoría de chicas y chicos que conocía tenían muchos kilos de más. ¿Por qué no podía ser igual para todos esos que estaba observando?

Si todo lo que sobraba en la nobleza se les hiciera llegar a los plebeyos les alcanzaría, estaba segura de ello, tal vez incluso sobraría un poco y podrían hacer más al respecto. Pero así no funcionaba y ella aún era muy joven para saber cómo funcionaba el mundo en realidad.

A veces Aynara caminaba por el pueblo, vestida diferente, no con esos enormes vestidos elegantes y estorbosos que tenía que usar, llevaba prendas sencillas que le permitían caminar y lo hacía. Lo recorría y se encontraba con la gente. Claro que todos sabían quién era ella, aunque tratara de pasar desapercibida podía notarse que pertenecía a la nobleza a kilómetros de distancia. A veces la gente le hacía pleitesías y Aynara les decía que no era necesario. Quería pasar por otra igual, quería platicar con ellos y conocerlos.

Por supuesto que esto estaba prohibido, si sus padres se enteraban iban a reprenderla con intensidad, sobre todo su madre. Su padre no, su padre solo fingiría que la estaba reprimiendo, pero en realidad después, a solas, se reiría de aquello, le diría que estaba sorprendido de ella y acordarían que ambos visitarían al pueblo juntos. Su padre intentaba hacer lo mejor que podía, aunque Aynara creía que se podía hacer más, pero de nuevo, ella era muy joven para entender cómo funcionaba el mundo.

Aun así, sabía que su padre lo había intentado en verdad.

Suspiró, sintiendo que las lágrimas de nuevo se apoderaban completamente de ella, envolviéndola en ese llanto que ya estaba cansada de derramar. Sentía que las lágrimas ya se le habían agotado, pero siempre salían lágrimas nuevas, eran interminables, salían hasta cuando Aynara sentía que ya se había secado por completo.

Amaba a su padre, su padre era quizá la única persona que la entendía en el mundo, en ese mundo tan frío que ella no entendía, ese mundo en el que había nacido y que era tan solitario y vacío. Su padre era el único ser que podía entenderla o que al menos lo intentaba.

Claro que tenía sus reglas, todas impuestas desde generaciones atrás y todas debían seguirse cumpliendo para seguir preservando el reinado de los Farnesio, reinado que debía perdurar hasta el fin de los tiempos si aquello era posible. Su padre tenía muchas cosas que hacer, muchas obligaciones que cumplir cada día, pero aun así y a pesar de todo eso, su padre intentaba estar con ella cada que podía.

Y podían hablar horas y horas sin parar, su padre se sorprendía de que Aynara a su corta edad supiera tanto de todo, es que a Aynara le encantaba leer y conocer todo lo que podía, su padre entonces se llevaba gratas sorpresas con cada nueva plática que tenía con su hija. Sabía que su hija no era como todas, no era como ninguna otra mujer que había conocido antes y esto iba a traerle muchos problemas a Aynara, eso también lo sabía su padre de sobra.

Pero la amaba, amaba a su hija como a nadie más en la vida, ni siquiera a su esposa, Victoria de Parmala. Federico de Farnesio sabía que el amor a una mujer y a una hija era sumamente diferente, pero aun así, con esas diferencias, el amor que le tenía a Aynara era tan único y especial que para él su hija era lo más importante en la vida.

Aynara sabía que tenía esa conexión con su padre, lo supo desde siempre, a diferencia de su madre que desde muy pequeña la rechazó. Aynara sabía que su madre esperaba tener un hijo, hijo que nunca pudo concebir, solo la pudo concebir a ella y para su madre esto fue insuficiente.

No la quería, claro que cuando se lo decía a su padre, este le decía que por supuesto que sí, que era su madre y claro que la quería. Pero Aynara sabía en el fondo que no era así, lo había sentido desde que era apenas una niña y lo seguía sintiendo. Su madre no la quería.

Muchas veces su madre le había dicho lo avergonzada que estaba de ella, de que no fuera como todas las otras chicas, de que no quisiera ir a todas esas reuniones de gala a las que ella asistía y que no quisiera salir con todos esos chicos que la cortejaban todo el tiempo. Aynara era femenina, lo era porque lo llevaba como algo nato; sus ojos grises y pestañas perfectamente rizadas naturales, su rostro de forma redonda le daba la juventud que aún tenía, su boca pequeña y delgada, pero con los labios marcados y su cuerpo esbelto y piel blanca la hacían parecer una muñeca de porcelana. Solo que Aynara no estaba interesada en todo eso en lo que las mujeres de esa época deberían estarlo.

Aunque le gustaban los vestidos, prefería los más sencillos y no esos tan exagerados con los que ni siquiera podía respirar. Ir de compras no era su pasatiempo favorito y prefería en su lugar leer o montar a caballo o tocar el piano o algún otro instrumento. Prefería platicar incluso con su padre o con todos esos científicos y artistas que con regularidad iban a su reino, la mayoría de estos reconocidos en todo el mundo. Prefería incluso viajar de forma aventurera, claro que tampoco podía hacerlo con total libertad, tenía que cuidar las formas y casi siempre tenía que ir acompañada en los viajes que realizaba.

Cuando viajaba con su padre era diferente, su padre le daba un poco más de libertad y ella podía hacer lo que quisiera, Aynara amaba viajar con su padre, Aynara amaba a su padre.

La noticia de su muerte le había caído como un balde de agua fría, como si un hielo se hubiera roto en su cabeza y le hubiera congelado todo el cuerpo, las emociones se le habían congelado y le parecía que nunca iban a descongelarse. Le ardía el alma del frío que sentía.

Todo había sido tan inmediato, de un momento a otro su padre se había ido para siempre. Federico de Farnesio no tenía ninguna enfermedad, era el hombre más sano que Aynara había visto, por lo que su muerte tan repentina la había tomado por la más absoluta sorpresa.

Un infarto cerebral o un término médico que Aynara desconocía pero que le sonaba horripilante, era lo que los médicos habían dicho. De eso hacía apenas una semana atrás, le parecía que estaba viviendo una pesadilla, que la peor de sus pesadillas se había vuelto realidad y que ella estaba

atrapada ahí, en esa pesadilla sin fin.

¿Cómo iba a lograrlo sin su padre? Por supuesto que no iba a poder hacerlo, se dijo, no iba a poder enfrentar todo lo que venía, era demasiado joven y sobre todo, tendría que hacerlo sola, sin la ayuda de él, de su padre.

Sintió de nuevo que el llanto se apoderaba de ella, haciéndola temblar, era uno de esos llantos arrasadores, de esos que llegan y sacuden por completo el cuerpo, se dejó envolver por completo por el llanto absoluto.

Capítulo 2. La nueva reina

—Madre, ¿es que acaso extrañas a papá? —dijo de pronto Aynara sin poderse contener, con el reclamo reflejado en cada palabra que pronunciaba.

Victoria, que estaba por abandonar la habitación, se detuvo completamente, dándole la espalda a Aynara y quedándose así, de pie, como una estatua, antes de voltear y observarla.

—He pasado casi toda mi vida con Federico de Farnesio —comenzó a decir con la voz llena de ira, se iba acercando poco a poco a Aynara quien sorprendida por la reacción de su madre se quedó quieta— no te voy a permitir a ti ni a nadie que hables de lo que yo siento o no —Victoria ya tenía una mano levantada, señalando a Aynara con el dedo índice, la voz sonaba entrecortada.

Aynara estaba conteniendo las lágrimas que querían brotarle también a ella. Tragó saliva y después de unos pocos segundos, su madre se acomodó el vestido, volvió a su aspecto neutro como siempre y salió de la habitación.

Aynara se quedó parada en medio de la habitación, sintiendo el peso de la tensión en el aire. Sabía que hablar sobre la pérdida de su padre era difícil para todos, pero no entendía por qué su madre se cerraba tanto, siempre sucedía lo mismo con ella, era imposible hablar, todo tenía que ser tan correcto y por supuesto que no podía permitirse derramar una sola lágrima frente a ella.

El sol brillaba en el cielo, pero Aynara sentía que una sombra oscura se cernía sobre su castillo. Mientras caminaba por el jardín, recordó las conversaciones con su padre sobre las injusticias en el reino y su deseo de cambiar las cosas. Ahora, ella estaba sola para enfrentar esos desafíos.

Aynara se acercó al columpio, el mismo donde solía perderse en pensamientos sobre los colibríes y la libertad. Se sentó y dejó que sus pensamientos fluyeran, pero esta vez, en lugar de la belleza de las aves, su mente se llenó de preocupaciones sobre el futuro del reino y de ella misma, ¿qué iba a hacer ella con todo esa carga que tenía ya en los hombros?

De repente, una figura conocida se acercó. Era Isabella, la doncella de confianza de Aynara desde la infancia. Isabella la miró con ojos llenos de comprensión y cariño.

—Mi princesa, lamento profundamente la pérdida de su padre. Siempre estaremos a su servicio

para lo que necesite —dijo Isabella, inclinando la cabeza con respeto.

Aynara agradeció el gesto con una sonrisa triste. Isabella siempre había sido una presencia reconfortante, y ahora, más que nunca, necesitaba apoyo. Juntas caminaron por el jardín, compartiendo recuerdos sobre el rey Federico.

Mientras el sol se ponía en el horizonte, Aynara sintió una chispa de esperanza en su corazón. La muerte de su padre la había dejado con una carga pesada, pero también le había otorgado una responsabilidad: la oportunidad de forjar un reino más justo y equitativo. Aunque claro, sabía que su madre no estaría de acuerdo en lo absoluto. Suspiró, no podía creer cuanto había cambiado su vida de un momento a otro.

...

—Ahora que serás la reina vas a necesitar casarte, Aynara —pronunció Victoria, llevándose con el tenedor un bocado de carne a la boca—. Ambas se encontraban en el enorme comedor, casi con dos metros de distancia, una sentada enfrente de la otra, sin nadie más, solo la servidumbre.

Aynara frunció el ceño, se limpió la boca con la servilleta, colocándola elegantemente en la mesa y después de un breve silencio, habló.

—Yo no me quiero casar, ya te lo he dicho madre, no quiero casarme con nadie.

Victoria sonrió de medio lado, una sonrisa más que forzada y después de comer el bocado, respondió.

—Niña, ¿qué no te das cuenta que las cosas han cambiado ya? A partir de la muerte de tu padre da igual lo que tú quieras, tendrás que casarte porque así debe ser, es necesario para que asumas el reino.

Mañana mismo vendrá Luis de Borbolla a verte, lo hemos arreglado ya.

Aynara llena de furia se levantó intempestivamente de la silla, tirando el plato que tenía enfrente aún con comida. Negó con el rostro.

—¡Que no! —gritó, haciendo que la servidumbre que se disponía a recoger el plato se quedara casi congelada. —¡No sabes cuanto te odio! —alcanzó a pronunciar alejándose del comedor con rapidez, las lágrimas comenzaban a brotarle sin parar.

Victoria hizo una mueca con los ojos, suspiró y con el dedo le indicó a la servidumbre que limpiara lo que se había caído, mientras siguió comiendo, aunque sintió que la comida tardaba más en pasar por su garganta.

Capítulo 3. El compromiso

Luis de Borbolla era el hijo de los reyes de Nueva España y su familia al ser consanguínea de los Farnesio habían acordado desde pequeños el matrimonio de ambos, de Aynara y Luis.

Él era un joven de 26 años de edad, amante de los caballos, era un hombre de porte distinguido, con una presencia que denotaba la nobleza que le confería su linaje. Su cabello oscuro, cuidadosamente peinado hacia atrás, resaltaba la forma elegante de su rostro. Poseía unos ojos intensos y penetrantes, de tono avellana, que revelaban una mezcla de determinación y astucia. La nariz recta y la mandíbula firme contribuían a la imagen de un hombre que llevaría en poco la responsabilidad de un reino sobre sus hombros, el reino más poderoso del mundo.

Su estatura imponente y su figura atlética eran el resultado de su amor por los caballos. Creció rodeado de estos majestuosos animales, aprendiendo a montar desde una edad temprana. La gracia con la que se movía, la conexión natural con los caballos y la fuerza que emanaba de su postura hablaban de su profundo aprecio por la equitación.

Luis vestía con elegancia y sobriedad, reflejando su posición como heredero del trono. Sus atuendos, aunque impecables, dejaban entrever un toque de practicidad, evidencia de su preferencia por la comodidad al estar cerca de los establos y los campos de entrenamiento ecuestre.

Su voz resonaba con un tono seguro y autoritario, inherente a alguien acostumbrado a liderar. Aunque estaba comprometido con Aynara por razones políticas y familiares, Luis estaba perdidamente enamorado de Aynara, lo había estado desde que eran unos niños. Desde que la veía correr con su cabello libre al viento, corriendo detrás de los colibríes que tanto le gustaban. Se había enamorado de su libertad, de la forma en la que Aynara veía la vida y lo cierto era que también de lo imposible que resultaba acercarse a ella, tenía un aire de misterio y lejanía que a él le parecían fascinantes.

El compromiso entre Luis y Aynara estaba tejido con los hilos de la tradición y la política, pero el corazón de Luis palpitaba con un eco más profundo. Desde que eran niños, la figura de Aynara había sido un faro en su vida. Recordaba los días en los que compartían risas en los jardines del palacio, y cómo la risueña niña se transformaba en la joven cuyo cabello ondeaba al viento.

Para Luis, Aynara no era simplemente un compromiso real; ella representaba la esencia misma de su ser. No podía negarlo, se había enamorado de su libertad, de la forma en que veía la vida con ojos llenos de asombro y curiosidad.

A medida que crecieron, los deberes y expectativas los apartaron, pero el lazo persistía.

Aynara por su parte no correspondía en lo más mínimo esos sentimientos, por supuesto que sentía cariño hacia Luis, habían crecido juntos, pero el cariño que ella le profesaba era un cariño de hermanos, de primos que era lo que eran en realidad, no le inspiraba ningún tipo de amor, mucho menos de ese del que Shakespeare hablaba en sus novelas, no se lo había inspirado antes y sabía que nunca se lo iba a inspirar. Se sentía sumamente triste, tenía que unir su vida, por el bien de ambos reinos, por el bien de su padre ya muerto, por el bien de todos, como decía su madre, ¿pero ella, Aynara, dónde quedaba?

Aynara en ese preciso momento quería ser un colibrí para irse volando de ahí, nunca volver, solo volar en el viento. Pero era consciente de la responsabilidad que recaía sobre sus hombros, se sentía atrapada en una maraña de deberes y expectativas. Su padre, tenía que cumplir con lo que su padre había dejado a medias. Las risas inocentes de la infancia parecían desvanecerse ante la sombra de un compromiso que no había elegido. Mientras Luis se sumía más en sus sentimientos, ella lidiaba con la pesada carga de las decisiones políticas.

La joven observaba a Luis, cuyos ojos reflejaban un amor apasionado. Sin embargo, Aynara sabía que ese amor no podía ser correspondido de la misma manera. Intentó mantener una fachada de normalidad, pero la tristeza pesaba en su corazón.

En lo más profundo de su ser, Luis anhelaba más que un compromiso de papel. Buscaba la manera de expresar los sentimientos que habían crecido en su corazón desde la infancia. La sonrisa de Aynara aún resonaba en sus recuerdos, y el compromiso real solo era una capa superficial que no podía ocultar la verdad de su amor no correspondido.

Aynara lo observó, regalándole una discreta sonrisa, Luis había llegado con sus padres y con una mujer que Aynara nunca antes había visto. Cuando Luis la presentó, la mujer le hizo una reverencia, sonriéndole con gentileza.

Aynara no podía quitarle los ojos de encima, la observó con atención, no podía explicar el

escalofrío que estaba sintiendo recorriéndole el cuerpo. Observó su cabello liso y el color de este, era entre rubio y rojizo, le pareció un cabello precioso, después sus ojos se encontraron con los de Rania, y pudo notar que eran los ojos más azules que nunca antes había visto, eran de un azul tan claro que le parecía estar viendo aquel mar en el mediterráneo que era su favorito.

Después observó todo su rostro, tan armonioso y juvenil, las pecas se vislumbraban un poco, cubiertas en gran medida por el maquillaje que llevaba en él. Vio su boca y la sonrisa que esta formaba, una sonrisa entre abierta que hizo que el escalofrío de Aynara le aumentara sintiéndolo en el abdomen.

Observó su cuerpo también, aunque no había mucho que observar, pues estaba todo cubierto con ese elegante vestido de reina que vestía y que la tapaba por completo. Le pareció un vestido muy bello, aunque tal vez era que todo lo que veía enfrente le parecía así de bello.

Rania a su vez, tampoco podía dejar de verla, ya había escuchado sobre ella, sobre la hija del Rey del Nuevo México y la enorme belleza que poseía, ¿cómo podía explicar lo que estaba viendo frente a ella? Era una de esas bellezas inconfundibles, tal vez era porque para ella todas las mujeres de Eurasia se veían igual que ella, todas tenían los mismos rasgos y eran casi clones unas de otras, por lo que Aynara le parecía única, probablemente la mujer más bella que había visto. Era una belleza natural, casi pura e inocente.

Estaba entendiendo al fin a su primo Luis y el porqué de lo obsesionado que estaba por Aynara desde hacía años.

La presentación formal continuó con gestos corteses y sonrisas forzadas, pero en el interior de Aynara y Rania, un intercambio de miradas silenciosas desafiaba todas las formalidades. Aynara sentía una conexión extraña, como si algo hubiera cambiado en su mundo con la entrada de Rania.

—Es un placer conocerla, princesa Aynara —dijo Rania con cortesía, rompiendo el silencio que amenazaba con volverse incómodo.

—El placer es mío, princesa Rania —respondió Aynara, tratando de ocultar la turbulencia de emociones que bullían en su interior. La voz de Rania le pareció que combinaba con su aspecto, le gustó lo que escuchaba.

Al observarla de cerca, Rania notó algo más en Aynara. Sus ojos grises reflejaban una mezcla de tristeza y rabia, como si llevara consigo una carga que iba más allá de las responsabilidades reales.

Luis, intentando suavizar la situación, ya que en el aire se sentía algo inexplicable, intervino en la conversación.

—Aynara, permíteme presentarte a la princesa Rania de Rinaldi, es mi prima, hija de los Rinaldi. Ha venido para acompañarnos y conocer más sobre nuestro reino.

Rania de Rinaldi era hija de Amanda y Ángelo, reyes de Nueva Florencia, tenía 24 años recién cumplidos y era el prototipo de la hija rebelde e impulsiva, aunque lo cierto es que en Eurasia existía más libertad que en la Nueva España, aún como hijos de reyes tenían que seguir normas y reglas, cosa que Rania desafiaba constantemente. Por lo mismo vivía de viaje, ya fuera acompañando como en esta ocasión a su primo Luis, con quien tenía una excelente relación o simplemente viajando por el mundo, tenía los recursos para ello y aunque sus padres habían intentado que se estableciera, pues creían que a su edad debería estar casada ya, ella no les hacía el mínimo caso. Así que en Nueva Florencia pasaba el menor tiempo posible.

Sentía una necesidad por explorar lo que la rodeaba, no estaba de acuerdo en la vida que vivían sus padres y todos a su alrededor, su alma curiosa la llevaba a desafiarlo, le gustaba el arte, todo tipo de arte, era muy inteligente y el hecho de viajar con tanta frecuencia la había convertido en poliglota, así que aunque su idioma nativo era el italiano, hablaba el español a la perfección. Le interesaba la gente, las risas, pasarla bien, podría decirse que le gustaba apreciar las bellezas de la vida y solía hacerlo con naturalidad.

Aynara asintió con cortesía y le dedicó una sonrisa a Rania. Sin embargo, la conexión entre ambas mujeres era palpable. Rania no le quitaba los ojos de encima a Aynara, quien también de vez en cuando le correspondía aquellas miradas.

Luis entonces propuso que salieran al jardín para disfrutar de la tarde, una sugerencia que aceptaron. El sol empezaba a ponerse, tiñendo el cielo con tonos cálidos que reflejaban la complejidad de la situación.

A medida que caminaban por los jardines del palacio, Aynara y Rania se encontraron compartiendo pensamientos e ideas. Descubrieron que, a pesar de las diferencias culturales y de sus mundos separados por océanos, compartían una visión similar sobre la justicia y la igualdad.

—Princesa Aynara, he oído hablar de su amor por la literatura y las artes. Parece que compartimos un deseo común de hacer del mundo un lugar mejor.

Aynara sonrió, con ese tipo de sonrisa que le llegaba a los ojos, tal vez la sonrisa más sincera que había tenido en los últimos días.

A lo largo de la conversación, Aynara y Rania descubrieron que tenían más en común de lo que habían imaginado. Compartieron sus sueños, sus inquietudes y sus ideales para un futuro más equitativo. Aynara empezó a sentir que la presencia de Rania comenzaba a hacerle ver el mundo de una forma distinta, tal vez mucho más brillante de lo que se había esperado. Nunca había conocido a alguien igual.

Luis por su parte se dedicó a caminar a su lado, escuchando a ambas mujeres intercambiar opiniones, lo cierto era que le daba gusto que su prima y la que estaba por ser su esposa, se llevaran así de bien, pues eso haría más fácil todo, pensó.

En un momento, la reina Victoria llamó a Luis, así que Aynara y Rania se quedaron solas, caminando por el jardín. Aynara llevó a Rania a aquel que era su lugar sagrado, un lugar aparte del jardín central: el jardín de los colibríes, donde estos volaban y volaban. Rania miraba asombrada, los colores de estas pequeñas aves eran resplandecientes, nunca había visto algo igual.

—¡Vaya! —dijo con sorpresa, sonriendo al observar a su alrededor— es como tu propio santuario de colibríes

Aynara sonrió, eso era para ella, un santuario, ese lugar al que nadie más que ella podía acceder.

—Lo es, bueno, ellos, los colibríes lo han adoptado así —respondió.

Rania movió el rostro de lado sin entender.

Aynara le contó que los colibríes solo se acercan si ellos quieren, que ella dejaba miel, agua y flores ahí por si ellos querían acercarse y así comenzaron a hacerlo hasta que llegaron más y más. Entonces acondicionó esa pequeña parte del jardín para ellos, para que pudieran ir y venir como ellos quisieran. Rania se sentía sorprendida por lo que escuchaba, lo cierto era que desconocía

casi todo acerca de esas aves y escuchar a Aynara le parecía muy interesante. Eso no le pasaba muy a menudo, no solía conocer a gente así de interesante y se sintió fascinada.

En un momento llevó la mano al cabello de Aynara, pues una hoja le había caído ahí y la electricidad que sintió fue superior a todo lo que había sentido antes, Aynara lo experimentó también, ambas se quedaron ahí, observándose algunos segundos, intentando descifrar lo que estaba pasando, hasta que la voz de Luis las hizo despertar de esa especie de embriaguez.

Aynara salió casi corriendo de ahí, dejando a Rania con una mezcla de emociones en su interior. La joven princesa se preguntaba sobre la naturaleza de la conexión que había sentido, pero también comprendía que debía respetar los límites. Aquella era la futura esposa de su primo, eso era todo, se dijo, saliendo también de aquel jardín y dejando a los colibríes atrás.

Los días siguientes transcurrieron en medio de eventos y ceremonias reales. Aynara y Rania seguían compartiendo conversaciones y descubriendo más sobre sus mundos respectivos. Se encontraron conectando no solo por sus responsabilidades reales, sino también por sus deseos de un cambio positivo en el mundo.

Una tarde, Aynara propuso explorar una parte menos conocida del palacio. Guio a Rania por pasillos silenciosos y escaleras que conducían a una biblioteca antigua, llena de pergaminos y libros que contaban historias de épocas pasadas.

—Este es mi otro refugio secreto —dijo Aynara con una sonrisa mientras caminaban entre las estanterías.

Rania asintió, admirando la colección de conocimientos acumulada a lo largo de los años.

La conversación se volvía más y más personal, y Aynara compartió sus anhelos y preocupaciones, revelando una vulnerabilidad que rara vez mostraba en público. Le habló de la muerte de su padre y de lo que esto había significado para ella; Rania, a su vez, compartió experiencias de su tierra lejana, creando un lazo más profundo entre ellas.

Mientras tanto, Luis, ajeno a la creciente conexión entre las dos mujeres, continuaba con sus deberes reales y sus intentos por conquistar el corazón de Aynara. Los eventos formales sucedían, y el compromiso entre Aynara y Luis se mantenía en pie, aunque las sombras de la duda se cernían sobre la joven princesa, próxima reina y con la voz de su madre a cuestas, todo

era tan complicado. Si por Aynara fuera, ella se la pasaría en aquella biblioteca o en el jardín con los colibríes.

En una tarde en los jardines, Aynara y Rania se encontraron nuevamente junto a la fuente de los lirios. Las risas y confidencias llenaron el aire, y la complicidad entre ellas creció.

— Rania, hay algo que debo decirte —comenzó a hablar Aynara, con una mirada que revelaba la turbulencia en su interior. Rania la escuchó con atención, con los ojos clavados en ella, lo cierto es que la cercanía era cada vez mayor, así como los toques casuales que solían darse. Aprovechaban cualquier momento para tomarse la mano de manera casual o cualquier cosa que implicara un mínimo contacto, siempre que no hubiera nadie alrededor por supuesto. Su complicidad estaba creciendo y Aynara quería descifrar qué era aquello que sentía.

Antes de que Aynara pudiera continuar, un mensajero real se acercó, interrumpiendo el momento con noticias urgentes. Parecía que la situación política en los reinos vecinos requería la presencia inmediata de Aynara y su familia.

—Debo atender el asunto —dijo Aynara, con una media sonrisa, Rania le tomó la mano asintiendo y antes de que Aynara se fuera, depositó un beso en aquella mano. Aynara apretó con fuerza su propia mano, sintiendo que el corazón iba a salirse en ese preciso momento.

...

La situación se estaba poniendo difícil, la tensión en el reino vecino amenazaba con desestabilizar la región, y su presencia era requerida para buscar soluciones diplomáticas. Aunque su mente estaba ocupada con las responsabilidades reales, sus pensamientos volaban hacia el encuentro con Rania y la conexión especial que habían desarrollado.

Los días que siguieron estuvieron llenos de negociaciones, reuniones y estrategias para mantener la paz en la región. Aynara demostró su sabiduría y habilidades diplomáticas, ante la muerte de su padre todos en el reino habían dudado de sus capacidades y ahora estaba demostrando que las tenía de sobra.

Logró calmar la situación, aunque en esos días había tenido que pasar menos tiempo con Rania, haciendo que la extrañara cada vez más, ¿qué le estaba pasando? No podía dejar de pensar en ella ni un solo momento, incluso se le aparecía en sueños, la veía, sus ojos azules interrogándola sin apartarlos de ella, su voz dulce, su rostro de perla, su cabello resplandeciente, su... su cuerpo...

Aynara negó, no, ¿qué estaba pensando? Si tan solo... *si su madre...* no pudo terminar aquel pensamiento y con el cansancio acumulado se dirigió a su habitación.

No supo la hora que era, pero un ruido la despertó, sus ojos tardaron en acostumbrarse a la oscuridad cuando se incorporó de la cama, palpando con el pie el suelo para ponerse aquellas sandalias que le permitían descansar los pies. Caminó llegando hacia la puerta, abriéndola con cuidado para salir de la habitación, encontrándose en el pasillo oscuro y vacío con ella. El corazón se le agitó, si bien sus ojos ya se habían acostumbrado a la oscuridad y sabía que era ella aún se veían entre sombras, pero sus ojos azules eran como dos luces en medio de esa oscuridad.

Sintió que una mano se posaba en su cintura y se estremeció, no supo que hacer más que seguir lo que su cuerpo hacía, así que se acercó a ella, Rania la tomó con ambos brazos, atrayéndola más hacia ella y dándole un beso, beso que Aynara correspondió, beso que no tardo en intensificarse, era como si sus bocas se hubieran guardado para ese momento, como si toda la tempestad acumulada se desbordara en sus lenguas, en sus labios, sin poder detenerse.

Ambas princesas se dejaron llevar por la intensidad del momento, como si estuvieran liberando emociones que habían estado suprimiendo durante mucho tiempo. El silencio del pasillo oscuro fue testigo de su encuentro clandestino, donde el deseo y la conexión emocional se entrelazaban de una manera que ninguna de ellas había experimentado antes.

Después de unos minutos que parecieron eternos, Aynara se apartó ligeramente de Rania, sus ojos grises buscando respuestas en los profundos azules de la princesa de Eurasia. La respiración entrecortada y la tensión en el aire revelaban la complejidad de la situación.

—Rania —susurró Aynara aun con la respiración agitada, intentando tocar lo que tenía frente a ella, a su vez sentía las manos de Rania en su rostro, como si la estuvieran dibujando.

De pronto un ruido las hizo estremecer, una puerta abriéndose muy cerca de donde se encontraban.

—¿Quién está ahí?

Era la voz de Victoria. Aynara sintió que iba a desmayarse en ese momento, Rania fue un poco más rápida en actuar y tomó de la mano a Aynara, con sigilo la hizo entrar a su habitación que se encontraba detrás de ellas.

Victoria al no obtener respuestas y sumergida en aquella obscuridad, regresó a su habitación por un candelabro, intentando alumbrar lo que tenía a su alrededor, al no observar nada, regresó a dormir.

En la otra habitación, Aynara y Rania no encendieron la luz, se quedaron por unos instantes así, frente a frente sin soltarse de la mano, como si no pudieran hacerlo, como si sus manos fueran la misma, una sola.

—¿Nos habrá escuchado? —preguntó Aynara con sigilo y preocupación, sentía que el corazón iba a explotarle de lo fuerte que estaba latiendo.

Rania negó con el rostro, algo imperceptible para Aynara que apenas si podía observarla, estaba por agregar algo más, pero Rania lo impidió.

— Shh — le dijo, acercándose a ella y besándola de nuevo

El beso selló la respuesta a las preguntas no formuladas. En ese momento, las dudas y los miedos se disolvieron en la pasión compartida entre Aynara y Rania. Se abrazaron con fuerza, como si el mundo exterior pudiera desaparecer y dejar solo espacio para ellas dos.

Una cosa siguió a la otra y las manos pronto se multiplicaron recorriéndose el cuerpo, Rania tomó la iniciativa, con cuidado colocó a Aynara en la cama, colocándose arriba de ella, sin dejar de besarla en el proceso.

Aynara se despegó un poco y con un murmullo solo inaudible para ellas dos, agregó...

—Yo... yo nunca he estado con otra mujer — su voz sonaba llena de nerviosismo y a la vez de ese deseo que no podía frenar— en realidad nunca he estado con nadie —agregó un poco temerosa.

Rania sonrió con ternura, lo cierto era que aquello que estaba sintiendo por esa mujer era algo que no había sentido antes con nadie, con ninguna otra, porque a Rania siempre le habían interesado las mujeres. Por supuesto que nadie lo sabía, era algo prohibido siquiera de imaginarse en aquellos reinos, aunque ella misma sabía que había muchas otras como ella. Pero aquella mujer que tenía enfrente, Aynara, le parecía la más hermosa que había conocido y sabía que ya no era solo algo físico, sentía algo tan fuerte que no podía explicarlo.

—No te preocupes — pronunció con ternura, dándole un beso que apenas rozó sus labios— iremos poco a poco... solo quiero que sientas lo que yo siento por ti...

Aynara sonrió, no podía evitar aquello, eso que ella también estaba sintiendo era más fuerte que ella, tomó a Rania por el rostro, besándola con vehemencia, pasando su lengua entre sus labios, haciendo que Rania exclamara un ligero gemido al sentirla.

Poco a poco se fueron desprendiendo de sus camiones de dormir, los pechos descubiertos de ambas se encontraron y con cada roce era como tocar el cielo. No dejaban de besarse ni un solo instante, pareciendo que sus bocas habían sido creadas para eso, en ese preciso momento descubrieron aquello, que sus cuerpos, sus bocas, sus manos habían sido hechas para tocarse en ese preciso momento.

Aynara tenía arriba a Rania y con cada movimiento de sus cuerpos, que parecían olas del mar en sincronía, su corazón parecía que estaba a punto de explotar. Sus cuerpos se rozaban delicadamente, mientras sus labios se unían, los labios de Rania bajaban por todo el cuerpo de Aynara, deteniéndose en su pecho y bajando más y más, sentía su lengua recorriéndola toda y con esto el placer aumentaba más.

Parecía que el deseo las inundaba completamente, cada caricia se convertía en motivo de éxtasis, podían sentir como su piel se estremecía al tocarse y los sonidos que emitían comprobaban que todo en ellas vibraba.

Era increíble todo lo que sentían, cada momento, parecía que se elevaban más al cielo, que Aynara podía tocarlo con la punta de sus dedos. Rania descendió y cuando Aynara la sintió en ella ya no pudo más, la explosión se transformó en colores que le inundaron los ojos, parecía que había perdido el control de su cuerpo, que todo estaba ahí a merced de Rania que con cada toque que daba, con cada caricia, Aynara se elevaba más.

Pensó que había muerto, todo se volvió negro y solo estaban en ella las sensaciones, pero de nuevo sintió el cuerpo de Rania sobre ella, sintió la humedad sobre la suya, sus sexos tocándose y otra vez los movimientos, uno tras otro hasta que llegaron a una explosión más fuerte, Aynara no podía con aquello, era una sensación que nunca antes había experimentado, sintió que tocaba el cielo, lo pudo tocar, ambas lo tocaron con sus cuerpos, Rania estaba igual, cuando sus ojos se encontraron se lo dijeron absolutamente todo.

El sudor impregnado en cada parte de ellas, el cansancio, el placer, todo aquello era como haber muerto y vuelto a renacer.

Rania tomó aliento, se colocó de lado de Aynara, ambas se voltearon observándose la una a la otra.

—Desde el primer día que te vi, moría por hacerte el amor y esto ha sido mejor de lo que había imaginado—le dijo Rania con ternura, dándole un beso tierno en la nariz después en la frente y finalmente en los labios, para después alejarse un poco de ella — ¿en qué piensas? —le preguntó en voz baja, casi en susurro, un susurro lleno de suspiros.

—En ti, en esto... —contestó Aynara sin moverse, sólo quería sentir los besos de Rania en ella.

—Y esto... ¿te... te gustó? —preguntó Rania con timidez, acariciándole el cabello.

—¡Me encantó, mi princesa! —respondió Rania sonriendo y tomando su mano, agregó— nunca había sentido algo así, pero... pero estoy asustada...

—No debes estarlo mi princesa, aquí lo que ha sucedido es el amor—dijo, observándola también, la observaba llena de brillo en los ojos, con una expresión sumamente amorosa, mientras besaba su mano.

Aynara rio, quería que aquella madrugada nunca terminara, que durara para siempre, que ambas pudieran estar así hasta que el mundo terminara. Pero en la ventana ya comenzaban a vislumbrarse los primeros rayos del sol.

Capítulo 4. Encuentros

Los días que siguieron estuvieron llenos de encuentros secretos y miradas furtivas. Aynara se encontraba dividida entre sus responsabilidades reales y la creciente conexión con Rania. Cada beso compartido, cada roce de manos, cada caricia profundizaba el lazo entre ellas, creando un mundo paralelo al complicado entramado de compromisos y expectativas que las rodeaba.

—¿Has estado con muchas... mujeres? —preguntó de pronto Aynara, ambas se encontraban desnudas una al lado de la otra, observándose con intensidad, era uno de esos momentos después de haber hecho el amor donde se perdían en pláticas interminables.

Rania hizo una mueca con los labios...

—¿Y esa pregunta? —dijo con extrañeza.

Aynara sonrió de medio lado...

—Es solo que...

—¿Estás celosa, mi reina? —interrumpió Rania con una sonrisa traviesa, se acercó colocando la mano en la cintura de Aynara, acariciándola con ternura...

—No, no —negó rápidamente Aynara sonriendo también y llevando la mano al cabello de Rania que caía en su rostro, quitándolo de ahí para poder observarla mejor— es solo que, esto, tú sabes es algo que...

—Es prohibido —interrumpió de nuevo Rania ante el silencio de Aynara, quien asintió.

Aquello era cierto, en los reinos ni siquiera se hablaba sobre homosexualidad, las mujeres y hombres casi desde que nacían estaban predestinados para casarse, casi siempre entre familias para seguir preservando el poder, para que los reinos siguieran tal y como había sido durante tantos años atrás.

—Sí he estado con algunas... quiero decir, cuando viajo...

—¿Tus padres lo saben? —preguntó Aynara sin dejar de tocar a Rania, quien a su vez hacia lo mismo con ella, era como si sus manos no pudieran estar quietas.

—Sí... quiero decir, nunca hemos hablado de eso, ni siquiera puedo imaginar lo que dirían, bueno tú sabes lo que pasaría si en los reinos se sabe algo así, estaría condenada, aunque creo que ni siquiera me importa ya —rio, aunque era un tipo de risa amarga, no de felicidad— pero lo saben porque un día en Nueva Florencia, en su reino, yo... yo estuve con una doncella y ellos lo supieron...

Aynara con sorpresa dejó de acariciar a Rania, aquello la distraía de lo que estaba escuchando y quería escucharlo todo, quería saber todo de esa mujer desnuda que tenía enfrente, no solo desnudar su cuerpo, también su alma y su mente.

—¿Y qué pasó?

Rania se recostó viendo al techo, se notaba que hablar de todo eso le costaba trabajo, lo disfrazaba con risas amargas y comentarios sarcásticos, pero hablar del rechazo de sus padres era muy complicado para ella.

—Ellos decidieron que había llegado entonces el momento de casarme, ¿sabes? Yo siempre he sido muy rebelde, más que tú o no sé, tal vez de otra manera, porque tú al menos tenías a tu padre que te apoyaba

—Rania tomó la mano de Aynara entre la suya, colocándola en su propio abdomen, apretándola con fuerza— pero yo... ambos han querido que sea como debo ser, como se supone debemos ser, entonces yo nunca he querido ser así, tú me entiendes —observó a Aynara con una sonrisa de comprensión, quien asintió ante sus palabras— pero ellos han sido horribles por eso, tal vez como tu madre y entonces cuando descubrieron lo que pasaba entre Manuela y yo, acordaron que el momento de mi boda había llegado. Así que acordaron todo, yo debía casarme con Patricio de Borbolla...

—El hermano de Luis —dijo Aynara con sorpresa...

Rania asintió, tragó saliva recordándolo todo.

—Pero... pero Patricio murió —volvió a decir Aynara, recordando la muerte del hermano de Luis cinco años atrás, recordó que en aquella ocasión ella no había podido acudir al funeral porque había tenido un viaje escolar.

—Sí... —confirmó Rania— Patricio murió y perdón por lo que voy a decir, pero por fortuna eso pasó y no pudieron casarme. No sé si ellos no entendieron, pero yo sí lo hice, la vida me dijo que aquello no era lo que yo debía hacer y entonces me rebelé aún más, creyendo que iban a desheredarme, pero para mis padres lo más importante siempre ha sido el qué dirán, ¿qué iban a decir de los reyes de Nueva Florencia si desheredaban a su única hija? ¿Qué diría la gente del porqué de aquello? Así que lo que les resultó más lógico fue pintarme como una casi viuda que nunca ha podido superar la muerte de su casi esposo.

Rania rio, pero otra vez esa risa amarga, llena de dolor. Aynara se acercó a ella, tomó con su mano el rostro de Rania, acercándola a ella y la besó, un tipo de beso que le decía que la entendía, de cierta manera lo hacía pues su madre era igual y también le decía que estaba ahí junto a ella, que no tenía que estar sola nunca más. Sintió las lágrimas de Rania en su boca y el beso se intensificó, eran como dos colibríes encontrando al fin su cielo, un cielo que era inmenso y en el que podían ser libres y volar sin parar.

Rania sonrió para sí, ya no podía negárselo, estaba tan enamorada de esa mujer, nunca había sentido todo eso que sentía por ella. Le gustaba mucho, la deseaba tanto, la quería, realmente la quería... Besó dulcemente su frente y la abrazó, ambas se abrazaron, no queriendo separarse nunca más. Y de nuevo sus cuerpos no pudieron separarse, sus cuerpos que solo eran un pretexto para tocar al amor

...

Aynara se encontraba en el jardín, observando a los colibríes que iban y venían, les había cambiado el agua y puesto nueva miel, así como flores más vistosas, nunca se cansaba de verlos.

Sintió que alguien detrás de ella le tapaba los ojos, colocó sus manos sobre las otras y supo que era ella. Volteó, quedando enfrente y observó aquello que Rania tenía entre las manos.

—Es un colibrí —dijo Rania, mostrándole aquel pequeño colibrí hecho con ramas, lucía muy hermoso.

Aynara sonrió emocionada, tomó el colibrí entre sus manos, como si fuera un tesoro que tenía que cuidar.

—Es mi regalo porque hoy cumplimos tres meses de conocernos —agregó Rania con ternura, pensando en aquello, en esos tres meses, en que no tenía idea si ya amaba a aquella mujer, si se podía amar en esos pocos meses, pero lo que sentía era inmenso, como nunca antes.

Aynara seguía sonriendo, las ganas que tenía de besarla en ese mismo momento eran casi incontrolables, se limitó a observar sus ojos azules y a darle un abrazo, uno que alargó más de la cuenta.

—Mis princesas —se escuchó la voz de un hombre detrás de ellas, era Luis, quien había regresado ya del viaje que había tenido que hacer para atender algunos asuntos en la Nueva España.

—Primo, has vuelto —le dijo Rania, separándose de Aynara para saludarlo, Luis tomó su mano besándola, imitando el mismo gesto con Aynara, quien permanecía en silencio. Era como si una bruma hubiera llegado de pronto, oscureciendo el resplandeciente sol.

—¿Qué es eso? —Preguntó Luis, observando el colibrí hecho de ramas que Aynara tenía entre sus manos.

—Un colibrí que le regalé... —interrumpió Rania. Luis lo observó de nuevo, y sin darle mayor importancia agregó.

—Aynara, mi reina, debes acompañarme, tenemos un asunto que atender.

Aynara que había permanecido en silencio, asintió forzosamente, despidiéndose de Rania que la observó irse, los observó a los dos a lo lejos, caminando, uno junto al otro.

El asunto que tenían que atender es que aquella noche habría una cena, cena donde se daría la

fecha exacta de la boda y Aynara tenía que ayudar en la organización. Por supuesto que eso no la puso feliz, por un momento se había olvidado por completo de todo, le parecía estar viviendo un sueño a lado de Rania, pero sabía que los sueños siempre tienen un final y siempre llegaba el momento de despertar.

¿Qué haría? ¿En verdad iba a casarse con aquel hombre al que no quería, al que no amaba? Todos esos pensamientos la inundaban mientras los sirvientes a su alrededor se encargaban de dejar todo listo para la cena que iba a suceder y ahí entre todos también estaba su madre, dando órdenes sin parar, su voz resonaba en la cabeza de Aynara, quien solo quería salir corriendo de ahí.

Mientras los sirvientes preparaban con frenesí los detalles de la cena, Aynara se sentía atrapada en un torbellino de emociones. La perspectiva de organizar la fecha exacta de su boda, que se revelaría esa misma noche, la sumía en un estado de ansiedad y resignación. La presencia constante de su madre, emitiendo órdenes y sumiendo el lugar en un caos controlado, añadía presión a la ya abrumada Aynara.

Mientras su madre supervisaba los detalles finales, Aynara se retiró discretamente a un rincón del salón, tratando de encontrar claridad en medio de la confusión. El vestido de reina que llevaba pesaba sobre sus hombros como un recordatorio tangible de las expectativas que se cernían sobre ella. ¿Debería enfrentarse a sus propios deseos y renunciar a la posibilidad de vivir una vida auténtica y apasionada?

Frente a la incertidumbre, el corazón de Aynara latía con fuerza, impulsado por la dualidad de sus sentimientos. La perspectiva de la cena, donde se revelaría la fecha de su boda, la llenaba de temor y angustia. Sin embargo, la presencia de Rania había despertado una llama de rebeldía en su interior, instándola a cuestionar su propio destino, el cual ya había cuestionado antes, lo había hecho desde siempre, pero ahora estaba ahí sin la presencia de su padre y con la nueva presencia desde meses atrás de aquella mujer que le había cambiado todo.

Mientras las velas iluminaban la sala y los preparativos alcanzaban su punto álgido, Aynara se debatía entre la obligación y el deseo, entre seguir el camino marcado por otros o buscar la autenticidad en su propia travesía. La noche prometía revelaciones, y la princesa de Nuevo México se preguntaba si tendría el coraje de desafiar las expectativas y todo lo que eso traería consigo.

La cena transcurrió en medio de un esplendor y una elegancia que contrastaban con la tormenta interna de Aynara. Mientras los invitados disfrutaban de exquisiteces servidas con precisión, Aynara asistió a la farsa con una sonrisa cuidadosamente ensayada. A cada plato que se presentaba, a cada brindis que resonaba en la sala, su mente divagaba entre las responsabilidades impuestas y los anhelos personales.

Ni siquiera soportaba la voz de su madre que resonaba tan fuerte, tal vez era que así la escuchaba en su interior.

El murmullo de la conversación se mezclaba con la música de fondo, pero Aynara apenas percibía los sonidos a su alrededor. Sus ojos buscaban inconscientemente a Rania, quien, entre la multitud, también se veía atrapada en las formalidades de la velada. Las miradas furtivas que intercambiaban sugerían una complicidad compartida, un entendimiento silencioso que desafiaba las limitaciones de sus posiciones.

El anuncio de la fecha de la boda resonó en la sala como un eco inevitable. Aynara sintió que el tiempo se detenía por un instante, mientras la realidad se asentaba con pesadez en su pecho. La fecha marcada para unir su vida a la de un hombre al que no amaba se materializaba frente a ella, como un camino predestinado que la alejaba de sus sueños más profundos.

Rodeada de felicitaciones y parabienes, Aynara se esforzaba por mantener la compostura. Su madre, radiante de orgullo y con la mirada puesta en un futuro de alianzas políticas, se sentía sumamente feliz, como si ella fuera la dueña de aquella noche. La mesa real, adornada con la grandeza propia de tales eventos, se volvía un escenario de contrastes entre las apariencias y las verdades ocultas.

A lo largo de la cena, las miradas entre Aynara y Rania persistían, un recordatorio constante de la conexión que trascendía las formalidades. Cada gesto, cada sonrisa forzada, eran un tributo a la fachada que la princesa debía mantener, pero su corazón latía al ritmo de una rebelión interna.

Aynara al no quitarle los ojos de encima, no pudo evitar notar que Rania bebía una copa tras otra, casi sin parar, algo que le pareció muy peculiar, pues en los meses que llevaba ahí no la había visto beber así, tal vez una que otra copa, pero en aquel momento notaba que no paraba.

Por su parte Rania estaba intentando calmar aquello que sentía, los celos la estaban desbordando, lo más indicado era decir que los celos la estaban matando, observar a Luis tomar de la cintura a

Aynara, besándole la mano o la mejilla y lo que acababa de suceder, el anuncio de la fecha de la boda, todo eso era demasiado para ella.

Tan solo al imaginarse a ese hombre tocándola, haciéndole el amor como ella se lo hacía cada noche durante las últimas semanas, no, no podía con todo eso sobre su cabeza. Ya no podía negarlo, la amaba, estaba tan enamorada de Aynara como nunca antes lo había estado.

Con ninguna otra había pensado en renunciar a todo por ella, en condenarse a ser una rechazada y perseguida, ni siquiera con Manuela, su primer amor. En ese momento quería gritarlo, gritar lo que sentía por Aynara, decir que ambas estaban enamoradas y que querían estar juntas, que no importaba nada más.

Tenía la mirada baja, perdida en sus propios pensamientos, cuando la alzó encontrándose de nuevo con sus ojos grises, esos ojos que le expresaban tanto con solo verlos, eran los ojos más bonitos que había visto, tan grandes y profundos. Como un impulso que no pudo frenar, se levantó de la mesa dirigiéndose hacia donde se encontraban Aynara y Luis, junto con Victoria y los padres de Luis, los reyes de la Nueva España.

—Prima —dijo Luis efusivamente al observarla frente a ellos— estaba esperando tu felicitación —agregó, lo cierto era que apreciaba sinceramente a Rania, habían crecido juntos y lo cierto también era que Rania lo apreciaba a él, pero en ese momento había algo más en medio de ambos, algo que Luis ni siquiera se imaginaba.

—Felicidades —respondió Rania simulando una sonrisa— a ambos —llevó la vista hacia Aynara quien la observaba confundida, podía notar que Rania no estaba en sus cinco sentidos, todo ese alcohol ya había hecho efecto en ella y se daba cuenta.

Rania sentía las miradas en ella, sabía que los padres de Luis, los reyes de la Nueva España, sus tíos, no la querían, era conocido su temperamento y comportamiento rebelde así que no la tenían en buena estima y sabía que lo mismo sucedía con la madre de Aynara, Victoria de Parmala, estaba segura que quería que se fuera de ahí, no le gustaba la relación tan cercana que estaba teniendo con su hija, por supuesto que sabía que Victoria no se imaginaba nada en lo absoluto.

—¿Puedes prestarme un momento a tu reina, primo? Me gustaría felicitarla personalmente— preguntó Rania trabándose un poco con las palabras, el alcohol estaba haciendo más su efecto en ella.

Luis de Borbolla sonrió, estaba encantado con la relación que creía que tenían ambas, sentía que se llevaban como las mejores amigas y aquello le gustaba. Ambas caminaron alejándose del salón, entrando en una pequeña habitación, perdiéndose de todas las miradas.

—Rania —comenzó a hablar Aynara con preocupación —has bebido demasiado...

—¿Tienes miedo? —preguntó de pronto Rania, acercándose cada vez más a Aynara que la miraba confundida.

—¿Miedo? —preguntó Aynara sin entender a qué se refería...

—De que puedan saberlo, que sepan lo de nosotras... —respondió sin filtros, quedando a escasos centímetros del rostro de Aynara, quien pudo entonces percibir el aliento alcohólico que emanaba de Rania.

La pregunta flotó en el aire, ¿tenía miedo? ¿Tenía miedo de lo que pudiera pasar si todos se enteraban de lo que estaba sucediendo entre ellas? ¿Iban a matarlas, a desterrarlas, a condenarlas? Todos esos pensamientos cobraron fuerza en la mente de Aynara, ya los había tenido pero solo como un dejo, como algo lejano, en ese momento por primera vez los sintió con fuerza. Y lo cierto era que no sabía si sentía miedo de eso. Tal vez de ella misma también. Y tal vez miedo también de esa mujer que tenía enfrente, miedo de eso tan fuerte que le provocaba.

—Yo... —no podía terminar de hablar, porque todos esos pensamientos no la dejaban terminar lo que quería decir...

Rania cerró el poco espacio que había entre ambas dándole un beso, uno que rápidamente se tornó intenso, Aynara sintió en la lengua el sabor a alcohol de Rania y antes de dejarse llevar por completo se hizo para atrás, alejándose de ella.

—Vámonos... —dijo Rania con la respiración agitada —escapemos de esta farsa, tú no perteneces aquí, a esta vida, vámonos lejos de cualquier reino...

Aynara sintió que su corazón no podía latir más rápido, mientras la intensidad del beso resonaba en su ser. La propuesta de Rania, escapar de la farsa y de las expectativas impuestas, resonaba en sus oídos como un llamado a la libertad. El aliento alcohólico de Rania flotaba en el aire, mezclándose con el perfume de la velada real.

La mirada de Aynara se perdió por un instante en el resplandor de las luces del castillo, tratando de encontrar respuestas en las estrellas que se asomaban tímidamente en el cielo nocturno y que alcanzaban a vislumbrarse por la ventana de aquella habitación. La tensión se palpaba en el ambiente, como si el peso de las decisiones se hubiera vuelto casi tangible.

—Rania, yo... no sé qué hacer —murmuró Aynara, su voz temblorosa reflejando la confusión que la embargaba.

Recordó a su padre, lo que él quería hacer en ese reino, algo que había quedado a su cargo y que parecía una losa que no le dejaba moverse a ningún lado. Contemplo lo que podría pasar, ¿a dónde irían? Estaban rodeadas de reinos y reyes y reinas, las conocían, ¿cómo iban a sobrevivir? Claro que ella quería ser libre, quería ser un colibrí, pero en ese momento pesaban tanto todas las cosas a su alrededor.

Rania la observó y sintió la frustración recorrerle la espina dorsal, atravesarla por completo, no sabía si era el alcohol lo que la hacía hablar así, que era lo más probable, en sus cinco sentidos no había contemplado qué hacer, por supuesto que no sabía que iba a enamorarse así de ella, había pensado que sería como con cualquier otra, algo de un momento, pero la verdad era que sus sentimientos crecían y crecían, la amaba, lo sabía.

Pero en ese momento el alcohol estaba haciendo su parte, haciéndola hablar y decir todo eso. Ante el silencio de Aynara sintió que la frustración se convertía en enojo, enojo que volcó hacia Aynara, tal vez ella no la amaba igual y no estaba dispuesta a renunciar a nada.

—Por supuesto que no vas a renunciar a nada —comenzó a decir llena de furia, Aynara frunciendo el ceño la observó con confusión, aquel tono nunca lo había escuchado a ella— esa rebeldía que simulas es eso, pura simulación, siempre has sido la princesa, la hija del Rey...

Aynara frunció el ceño, perpleja ante el repentino cambio de tono en Rania. La furia en las palabras de la princesa de Nueva Florencia resonaba en la sala silenciosa. Aunque la embriaguez del alcohol podía explicar parte de la vehemencia de Rania, Aynara intuyó que aquello iba más allá de la bebida.

—¿Qué estás diciendo, Rania? —preguntó Aynara, buscando comprender el giro abrupto en la conversación.

Rania, sin detenerse a medir sus palabras, continuó con una mezcla de enojo y frustración.

—No entiendes, ¿verdad? Siempre has vivido bajo la sombra de las expectativas, las responsabilidades reales. Este romance, esta ilusión de libertad que te he ofrecido, no es más que un espejismo para ti. Sigues siendo la princesa, la que no puede renunciar a nada porque todo está predestinado —espetó Rania, su tono cortante resonando en la habitación.

Aynara sintió una punzada de dolor en su pecho, como si las palabras de Rania hubieran cortado a través de su corazón. La realidad de su posición como princesa siempre había sido una carga para ella, algo que no había elegido, tampoco había elegido la muerte abrupta de su padre, no, ella no había elegido esa vida, no era justo y parecía que Rania no podía comprenderlo.

—No es así, Rania. Entiende, hay cosas que no puedo dejar atrás, responsabilidades que debo cumplir.

No es solo una cuestión de ser una princesa hija del Rey, es más complicado de lo que piensas —respondió Aynara, tratando de explicarse.

Rania, sin embargo, no parecía dispuesta a escuchar. La frustración se transformaba en resentimiento, y la distancia entre ambas se volvía palpable.

—Si no puedes renunciar a nada, entonces ¿por qué jugamos a esto? ¿A qué pretendes rebelarte si al final siempre seguirás el camino marcado para ti? —lanzó Rania, su voz cargada de desilusión.

La sala, que minutos antes había sido testigo de una complicidad intensa, se llenó de un silencio incómodo. Aynara luchaba por encontrar las palabras que pudieran calmar la tormenta que se desataba entre ellas, pero la confusión y la tensión ahogaban su voz. En el aire flotaba la amargura de un amor que se enfrentaba a las barreras de la realidad. Un amor prohibido que tal vez había llegado demasiado lejos.

—Yo... no entiendes nada, Rania —dijo Aynara, ahora la frustración acompañaba a sus palabras — no sé qué hacer —su tono derrotado reflejaba que era verdad aquello, no sabía que hacer.

—¿Me amas? —preguntó Rania acercándose a ella, sus ojos comenzaron a llenarse de lágrimas, toda esa frustración acumulada, ¿por qué todo tenía que ser tan difícil para ellas?

Aynara asintió, ni siquiera sabía si la amaba, porque nunca antes había sentido eso, pero sabía que algo muy fuerte ocurría en su interior por ella, podía entender las palabras de Shakespeare, al fin podía entender esas novelas románticas que tanto le gustaban.

Rania, con lágrimas en los ojos, buscó la mirada de Aynara con desesperación. La sala estaba envuelta en un silencio tenso, como si el destino mismo estuviera suspendido en el aire, esperando la respuesta a la pregunta que flotaba entre ellas.

—Dilo, quiero que lo digas —la voz de Rania era casi suplicante.

—Sí, te amo —admitió Aynara con sinceridad, aunque las palabras parecían insuficientes para expresar la complejidad de sus sentimientos.

—Entonces, vámonos. Dejemos todo esto atrás. No necesitamos sus reinos ni sus expectativas. Podemos encontrar nuestro propio camino —propuso Rania, su voz temblorosa reflejando la vulnerabilidad que se ocultaba detrás de la furia anterior.

Aynara se mordió el labio inferior, luchando con las emociones que la embargaban. Por un lado, la idea de escapar con Rania resonaba como una oportunidad de libertad y autenticidad. Por otro lado, la responsabilidad y las expectativas pesaban sobre sus hombros como cadenas que la ataban a una realidad que no había elegido.

—Lo deseo, Rania, te lo juro pero en este momento no puedo renunciar a todo. Hay responsabilidades que me atan, decisiones que no son solo mías, solo... solo dame un poco de tiempo, yo solo te pido eso —confesó Aynara con su voz quebrándose ligeramente.

Rania, aunque visiblemente afectada por las palabras de Aynara, asintió con comprensión. Las lágrimas rodaban por sus mejillas, mezclándose con la frustración y el dolor. Después de segundos en silencio, segundos que le parecieron una eternidad a Aynara, al fin el silencio se rompió.

—Está bien, Aynara, pero... ¿podemos soportar vivir en esta mentira? ¿Podemos enfrentar la idea de no estar juntas? —preguntó Rania, su voz temblorosa reflejando la fragilidad de sus esperanzas.

Aynara se sentía atrapada entre dos mundos, entre el deber y el deseo, entre el amor y aquello

que se le había impuesto desde antes de nacer. La decisión que tomara, cualquiera que fuera, iba a tener consecuencias irreversibles, lo sabía bien. El tiempo parecía detenerse mientras ambas mujeres se enfrentaban al dilema que amenazaba con separarlas o unir las de manera inquebrantable.

Rania de nuevo se acercó, jalándola hacia ella y besándola intempestivamente, un beso que expresó todo lo que estaban sintiendo, un beso que era la respuesta a todas esas dudas que ambas podían tener.

De pronto la puerta se abrió, haciendo que ambas mujeres se separaran con rapidez...

—¡Isabella! —dijo Aynara con el rostro sorprendido, Isabella las había visto besándose.

Isabella, la doncella de confianza de Aynara, permaneció en el umbral de la puerta, con los ojos abiertos de par en par ante la escena que acababa de presenciar. El silencio se apoderó de la habitación mientras las tres mujeres se miraban entre sí, atrapadas en una situación que amenazaba con desvelar un secreto peligroso.

—Lo siento, no quise interrumpir —musitó Isabella, desviando la mirada y bajando la cabeza, avergonzada por haber irrumpido aquel momento.

Rania salió rápidamente de la habitación, lo cierto era que la sensación del alcohol en su organismo ya era insoportable.

—Venía a decirle que el Rey la busca, mi princesa —musitó Isabella aún con la vergüenza en su tono, no sabía qué decir.

Aynara asintió y antes de que Isabella abandonara la sala la tomó del brazo con suavidad.

—Isabella, por favor que esto quede entre nosotras, no vayas a decirle a nadie lo... lo que has visto...

Isabella rápidamente negó con el rostro...

—No, no, mi princesa, yo no diré nada —sonrió ligeramente, una sonrisa llena de comprensión que por un momento le alivió el alma a Aynara.

Al reincorporarse de nuevo a la sala, donde la ya la esperaba Luis y todos los invitados para el baile entre ambos, Aynara sintió la necesidad de apresurar todo, quería acabar con esa farsa lo antes posible, pero del baile no se pudo escapar. Tener a Luis tan cerca era tan diferente a tener a Rania, nada comparable, por Luis no sentía lo mismo que sentía por Rania, esa sensación incontrolable de tocarla, de sentirla, de verla. En cambio cada paso en la pista de baile parecía una eternidad, y el vestido que llevaba, que momentos atrás le parecía espléndido, ahora le oprimía como un corsé incómodo.

Luis, sin embargo, parecía ajeno a la tormenta emocional de Aynara. Guio con destreza el baile, con gestos ensayados y sonrisas de cortesía. Los invitados observaban con atención la pareja real, esperando ver la chispa que encendiera la sala. Pero para Aynara, cada giro y cada paso eran una penitencia silenciosa.

Mientras danzaban, los pensamientos de Aynara volaron lejos de la sala de baile. Se vio a sí misma en el patio del castillo, mirando las estrellas con Rania. La promesa de libertad y amor resonaba en su memoria, contrastando agudamente con la realidad de aquel baile protocolar.

Cuando la música llegó a su fin, Aynara sintió un alivio momentáneo. Luis la guio de regreso al centro de la sala, y los aplausos de los invitados resonaron en sus oídos. Sin embargo, no había triunfo en su mirada, solo un rastro de tristeza y resignación.

—Eres la imagen de la belleza y elegancia, mi princesa. Gracias por concederme este baile — dijo Luis con cortesía, pero Aynara notó una sombra de confusión en sus ojos.

—La gracias la doy yo, Luis. Ha sido un baile encantador —respondió Aynara con la cortesía que su posición demandaba.

Mientras los invitados se sumergían en conversaciones y risas, Aynara buscó un momento para retirarse de la fiesta, aunque Luis le insistió que se quedara, mintió diciendo que no soportaba el dolor de cabeza que tenía. Necesitaba claridad, necesitaba pensar y entender sus propios sentimientos.

Excusándose con una leve reverencia, se dirigió hacia los jardines del castillo, lejos de las miradas curiosas. Se quedó un momento ahí, observando aquel jardín, el lugar que más amaba. Aunque en ese momento los colibríes no estaban volando a su alrededor y lo único que vislumbraba era la noche cubriendo todo a su alrededor. Casi sin pensarlo entró al castillo,

dirigiéndose a aquel lugar, era como sus piernas se manejaran por sí solas y cuando menos supo ya estaba ahí, tocando la puerta.

—Rania —susurró pegándose a la puerta, tenía que evitar que alguien pudiera escucharla. Aunque sabía que todos estaban en la cena y esas zonas del castillo estaban casi desiertas en esos momentos— Rania —volvió a tocar la puerta, un par de veces más, pero al no obtener respuesta, comenzó a caminar de regreso hacia su propia habitación, estaba por irse cuando escuchó el seguro de la puerta abriéndose dejando la puerta entre abierta, indicándole que podía entrar. Aynara obedeció, entrando sigilosamente.

—Tardaste mucho —dijo Rania quedando de pie frente a Aynara, ambas se observaban sin quitarse los ojos de encima.

Rania con lentitud comenzó a desprenderse de su camisón, quedando completamente desnuda frente a ella. Aynara tragó saliva, observó el cuerpo desnudo que tenía enfrente y no podía creer eso que estaba observando, era una diosa, la diosa más hermosa que había visto, una diosa que había cobrado vida para estar ahí frente a ella.

Observó sus pechos, la forma de estos, su piel blanca y las pecas que la conformaban podía notar ese camino en el pecho que ya se había aprendido de memoria. Observó su abdomen, su ombligo, bajó hasta su sexo y sintió una punzada recorriéndola por completo, bajó los ojos a sus piernas, a sus pies. No había duda, esa era la mujer más hermosa que había pisado la tierra, ella era la reina, su reina.

Rania sonrió de medio lado, sabía lo que la mirada de Aynara le decía, lo sabía porque era lo mismo que ella sentía.

Quería seducirla por completo, que supiera lo que su cuerpo le decía, que supiera que era suya y de nadie más. Se acercó poco a poco, Aynara parecía petrificada, no quería moverse, tampoco quería dejar de verla. Quedaron a escasos milímetros y Rania con calma comenzó a desvestirla, era un trabajo arduo, pues el enorme vestido era difícil de quitar, pero lo hizo religiosamente, besaba y tocaba cada pedazo de piel que se asomaba frente a ella, cuando Aynara quedó en ropa interior, Rania se arrodillo frente a ella, sus ojos azules se veían más intensos que nunca.

—Mi reina —pronunció Rania con la voz un poco ronca, que revelaba el deseo que estaba sintiendo en ese momento— estoy aquí para servirte —volvió a decir en esa especie de juego

seductor.

Aynara rio un poco, la deseaba tanto, ambas se deseaban como si hubieran sido hechas para eso. Cuando Aynara sintió la lengua de Rania entre sus piernas ya no hubo vuelta atrás, todos los momentos se concentraron en ese, su propia vida y tal vez la muerte, todo tuvo sentido en ese momento.

...

—Eres tan joven —le dijo Rania juguetonamente, Aynara sonrió y negó con el rostro, colocó su mano en el abdomen desnudo de Rania y le debatió. Ambas se encontraban en la cama, acostadas una junto a la otra.

—Solo tenemos cinco años de diferencia...

—En cinco años las cosas cambian mucho, la vida lo hace —volvió a decir Rania, colocando su propia mano encima de la de Aynara y trazando círculos en ella— pronto vas a salir al mundo siendo la reina del Nuevo México... vas a conocer a muchas doncellas que cuando te vean a los ojos y lo sepan, cuando sepan lo que tú y yo supimos al vernos a los ojos también, ellas van a lanzársete a tus pies.

Aynara frunció el ceño, dirigió su vista a su mano, donde estaba colocada la mano de Rania, sentir su mano en la suya y sentir debajo su abdomen, la hacía estremecer.

—Pero no lo entiendo, has dicho que esto... que está prohibido, no entiendo como ellas y tú, cómo sucede todo... —los ojos de Aynara se encontraron con los de Rania, ambas se observaron con intensidad, no podían evitarlo.

—Que esté prohibido no quiere decir que no se haga... —reviró Rania, llevando su mano al pecho de Aynara para acariciarlo suavemente, los ojos de Aynara se cerraron al contacto— En los castillos se esconden muchos secretos, mi reina —siguió hablando Rania sin dejar de acariciar la piel de Aynara que se enchinaba ante cada toque— la nobleza es experta en guardar secretos, tú lo sabes también... —Rania en un movimiento rápido se colocó arriba de Aynara, esta sonrió y colocó las manos en su espalda baja, tocando la piel suave de Rania que era como tocar el mismo cielo— solo prométeme —volvió a hablar con la voz suave, cariñosa, tomando el rostro de Aynara entre sus manos, sus bocas estaban a menos de un centímetro— que yo seré la única que lleves en tu corazón, no importa si te casas con él o si esas doncellas te seducen, promete que yo seré la única en tu corazón —agregó, colocando una de sus manos en el pecho de Aynara, sus ojos azules brillaban sin parar, observándola con todo ese deseo que sentía, deseo que con esas palabras pronunciadas ya era un amor inevitable.

Aynara sonrió, sin poder evitarlo más, besó primero la nariz de Rania, un beso sutil y tierno, después llegó a su boca y la besó con hambre, con esas ansías que sentía por ella. Rania se hizo un poco para atrás y con las manos en el rostro de Aynara volvió a decir.

—Prométemelo...

—Te lo prometo —dijo Aynara con un jadeo cuando sintió la lengua de Rania recorrer su cuello y sus manos bajando por su piel hasta llegar a esa zona que ya la estaba esperando— te lo prometo, mi princesa —dijo de nuevo, jadeando y perdiéndose al sentir la mano de Rania llena de la humedad que Aynara ya tenía en ella misma.

Aynara y Rania se dejaron llevar por la pasión, entregándose al deseo que ardía entre ellas. La habitación del castillo se llenó de susurros, gemidos y promesas susurradas en medio de la penumbra. Los secretos de la nobleza quedaban entrelazados en aquel momento prohibido.

Capítulo 5. Secretos

El ruido la hizo despertar, alguien tocaba la puerta del otro lado.

—Mi princesa —escuchaba que le decían, tardó un poco en reaccionar, estaba ahí en la habitación de Rania, estaban una junto a la otra, abrazadas. Había amanecido ya y el sol comenzaba a reflejarse por las cortinas.

De pronto despertó por completo y el temor se apoderó de ella, con rapidez se levantó, haciendo que Rania refunfuñara moviéndose a un lado, Aynara con la bata puesta, se acercó a la puerta, escuchando la voz de quien la llamaba.

—Mi princesa —era Isabella, hablando con sigilo detrás de aquella puerta. Aynara dudó en abrir, si Isabella sabía que estaba ahí en la habitación de Rania, ¿quién más podría saberlo? Al final, decidió abrir la puerta, encontrándose con una Isabella apresurada.

—Mi princesa, su madre, Victoria, la busca, quiero decir, está a punto de ir a su... a su habitación —Isabella decía las palabras con prisa, intentando decirle que tenía que irse ya, casi corriendo.

Aynara captó el mensaje, agradecida con Isabella, entró con rapidez a la habitación por sus zapatos. Le iba a resultar imposible trasladar el vestido y toda su ropa en ese momento, así que optó por dejarlas ahí, con Rania. Se acercó a ella, dándole un beso en la frente, aun dormía profundamente, sabía que el alcohol en sus venas al despertar le iba a jugar una mala pasada.

Rápido salió de la habitación dirigiéndose a la suya que se encontraba en ese mismo pasillo. Pasaron pocos minutos cuando al cerrar la puerta esta se abrió, entrando Victoria con el porte que la distinguía, era como si viera al mundo desde un escalón muy alto, así caminaba y así lucía.

—¿Nunca vas a acostumbrarte a tocar? —preguntó Aynara, poniendo los ojos en blanco y dirigiéndose hacia su cama.

Victoria rio un poco forzada, la observó cuestionándola con la mirada.

—¿Dónde estabas? —preguntó.

Aynara se sentó en su cama y con el tono despreocupado, respondió.

—En el baño, estaba por tomar una ducha —mintió— ¿qué se te ofrece madre?

—Ahora que ya serás reina, se te han subido un poco los humos, hija. —refutó Victoria con sarcasmo. Aynara permaneció en silencio, no tenía ganas de discutir en ese preciso momento— Tienes que atender unos asuntos con el reino vecino y con la Nueva España, ah, también con el reino de Nueva Florencia, el de tu nueva amiga, vamos a aliarnos y tienes que mandar muchas invitaciones a tu boda —el tono de Victoria era triunfante, sabía que el matrimonio de su hija traería consigo alianzas importantes, fundamentales para ellos.

Aynara seguía en silencio, no podía importarle menos todo lo que su madre decía.

—Madre, ¿por qué tú no tomas el mando? ¿Por qué no te quedas a cargo de Nuevo México y nos ahorramos todo eso?

Victoria frunció el ceño sin comprender del todo, hasta que entendió a lo que su hija se refería.

—Sabes que eso es imposible, tu padre lo dejó estipulado, cuando el muriera tú subirías al trono y el mandato de todos los tronos es que debe haber un rey y una reina. Tendrás que casarte, Aynara, quieras o no.

Aynara apretó la mandíbula, tanto que le dolió.

—¿Lo que yo quiero no te importa en lo absoluto? Yo no lo amo, nunca voy a amarlo —su voz se quebró ante estas palabras, no podía entender la dureza de su madre, nunca había podido comprenderla.

Victoria cruzó los brazos, mirando a su hija con una expresión impasible.

—A veces, el amor no es un lujo que nos podamos permitir, Aynara. Las alianzas y las decisiones que tomamos no siempre se rigen por los caprichos del corazón. Tienes un deber con tu reino y con tu familia, y ese deber está por encima de tus deseos personales —respondió

Victoria, con una frialdad que denotaba años de experiencia en el juego político.

Aynara se levantó de la cama con un gesto de frustración, cruzando la habitación de un lado a otro.

—¿Y qué hay de mi felicidad, madre? ¿Acaso eso no importa? ¿Voy a pasar el resto de mi vida atada a alguien a quien no amo? —exclamó Aynara, la desesperación tintando su voz.

Victoria la miró con una mezcla de lástima y firmeza.

—La felicidad puede ser un lujo para aquellos que no tienen responsabilidades como las tuyas. A veces, el sacrificio personal es necesario por el bienestar de muchos. La estabilidad de Nuevo México depende de las decisiones que tomes, y eso está por encima de tu felicidad individual —explicó Victoria, como si estuviera transmitiendo una lección crucial.

Aynara se detuvo, enfrentando a su madre con una mirada desafiante.

—No entiendes, madre. No se trata solo de mi felicidad, sino de mi libertad. No quiero ser una marioneta en manos de la corona. ¿No merezco la oportunidad de decidir mi propio destino? —cuestionó Aynara, su voz temblorosa pero llena de determinación.

Victoria suspiró, un poco harta de escuchar aquello.

—La libertad es un concepto relativo, Aynara. Todos estamos atados de alguna manera. Tu deber es con tu reino, y esa es la carga que llevamos quienes tenemos la responsabilidad de gobernar. Debes aprender a aceptarlo —sentenció Victoria. — Y después de todo, ¿qué puedes saber tú de amor, de libertad, todas esas cosas de las que estás hablando? ¡Por Dios! Seguro esa princesa de Eurasia ha venido a meterte todas esas cosas en la mente, vaya que si no sabré como suelen ser de libertinos allá, esa Rania cree que viajando por todos los reinos va a darse a respetar. Pero no Aynara, tú no eres igual, tú tienes un deber.

Aynara frunció el ceño, sintiendo la ira brotar dentro de ella. El nombre de Rania resonaba en la habitación como un eco de sus propios pensamientos rebeldes.

—No conoces a Rania como yo, madre. No es solo una princesa de Eurasia, es una mujer que

entiende la verdadera libertad, que no se conforma con las cadenas de las expectativas. No es como tú... no es como nadie de aquí. Y yo... yo no estoy dispuesta a sacrificar mi vida por un deber que me han impuesto. Quiero ser libre, quiero decidir por mí misma —protestó Aynara, con determinación en sus palabras.

Victoria soltó una risa sarcástica.

—La libertad no se encuentra huyendo de tus responsabilidades, Aynara. Tu deber es con tu reino, con tu familia. No puedes permitirte estas fantasías infantiles de amor y libertad. Eres la futura reina de Nuevo México, y eso conlleva obligaciones —insistió Victoria, su voz firme como una advertencia— de nuevo te lo repito, ¿qué vas a saber tú de amor, niña?

Aynara sentía que la ira la inundaba cada vez más, no, su madre no tenía idea de nada, sus pensamientos se fueron a la noche anterior a lado de aquella mujer, la mujer más extraordinaria que podía existir en el mundo, recordó sus ojos azules llenos de intensidad llenando la habitación. Tragó saliva.

—¿Y tú si sabes de amor, madre? —preguntó con sarcasmo.

Victoria entrecerró los ojos, el enojo también la estaba inundando ante la rebeldía de Aynara, algo con lo que había luchado desde siempre, ¿por qué su hija no podía ser como todas las hijas e hijos de reyes que conocía y solo seguir órdenes? ¿Por qué mejor no había tenido un hijo?

—Por supuesto que lo sé, niña, no sé si se te ha olvidado pero pase casi una vida con tu padre...

—En un matrimonio acordado —interrumpió Aynara no pudiendo frenar sus palabras— en los 19 años que tengo de vida nunca vi que siquiera se tomaran de las manos con cariño, ¿eso es amor, madre?

El ruido de una bofetada inundó la habitación. Aynara se llevó una mano a su rostro enrojecido por el golpe que acababa de recibir, algunas lágrimas resbalaron por sus mejillas sin poderlo evitar.

—Arréglate rápido —pronunció Victoria con frialdad, abandonando la habitación.

...

El salón del trono estaba lleno de nobles, dignatarios y miembros de la corte y también su prometido, Luis de Borbolla, todos expectantes ante la entrada de Aynara. Su rostro aún llevaba la marca de la bofetada ocultada con maquillaje, ella avanzó con dignidad hacia el trono, recordándose a sí misma que estaba destinada a ser la futura reina de Nuevo México.

Al llegar al trono, Aynara se enfrentó a la mirada de su madre, quien la observaba desde su propio asiento. Victoria, con una expresión impasible, indicó a Aynara que se sentara a su lado. La ceremonia de la corte estaba por comenzar, y la joven princesa debía cumplir con sus deberes reales.

A lo largo de la ceremonia, Aynara se esforzó por mantener la compostura, aunque su mente divagaba entre las responsabilidades del reino y sus propios deseos de libertad. Las alianzas políticas se tejían a su alrededor, como hilos que la ataban a un destino predeterminado.

Después de la ceremonia, Aynara se retiró a su habitación, necesitando un momento de tranquilidad para reflexionar. La marca en su rostro ya se había desvanecido, pero el dolor emocional persistía. Se acercó a la ventana y contempló el reino que estaba destinada a gobernar.

En medio de sus pensamientos, se abrió la puerta y entró Isabella, la doncella de confianza de Aynara. Sus ojos expresaban preocupación mientras se acercaba a la princesa.

—Mi princesa, lamento lo sucedido —dijo Isabella con sinceridad—. Su madre no debería

tratarla así.

Aynara agradeció el gesto de Isabella con una sonrisa leve. La doncella representaba un rayo de luz en medio de las sombras del deber y las expectativas. Aynara suspiró y decidió abrir su corazón a alguien de confianza.

—Isabella, a veces siento que mi madre no entiende mis verdaderos deseos, mi anhelo de libertad y amor verdadero. Estoy atrapada en un destino que no elegí.

Isabella asintió comprensiva y respondió con calidez.

—A veces, mi princesa, los caminos que debemos seguir son difíciles y llenos de sacrificios. Pero eso no significa que deba renunciar por completo a lo que anhela. La vida es una compleja danza entre el deber y la búsqueda de la felicidad.

Las palabras de Isabella resonaron en Aynara, quien reflexionó sobre las posibilidades que se extendían ante ella. La alianza política, el matrimonio por deber, eran responsabilidades innegables, pero también lo era la lucha por su propia libertad y la búsqueda del amor auténtico, la lucha por esa mujer.

Aynara se sintió dividida entre dos mundos, pero una chispa de determinación brilló en sus ojos. Sabía que la batalla por su destino apenas comenzaba, y mientras miraba el horizonte desde la ventana, se prometió a sí misma que encontraría la manera de equilibrar sus deberes reales con la búsqueda de la libertad y el amor que tanto anhelaba, al menos hasta donde pudiera hacerlo.

El ruido de alguien tocando a su puerta la sacó de sus pensamientos, pensamientos que parecían no tener fin. Al abrir adelantándose a Isabella, se encontró con Luis, quien después de hacerle una reverencia la invitó a dar un paseo, aunque Aynara negándose al principio, no pudo hacerlo más y tuvo que aceptar.

Comenzaron a caminar por los alrededores del reino, la naturaleza a su alrededor era impresionante. La exuberante vegetación del reino se extendía a lo largo del horizonte, creando un tapiz de colores y aromas que llenaban el aire.

Árboles majestuosos se alzaban hacia el cielo, sus ramas entrelazadas formaban una cúpula natural que proporcionaba sombra al suelo cubierto de flores silvestres. El susurro del viento entre las hojas y el canto de aves desconocidas creaban una sinfonía única que acompañaba cada

paso de Aynara y Luis.

A medida que avanzaban, descubrieron un arroyo serpenteante que cruzaba el paisaje. El murmullo del agua al correr sobre las piedras añadía una melodía suave al entorno. A lo lejos, se podían vislumbrar las montañas, majestuosas y cubiertas de una mezcla de niebla y sol, otorgándoles un halo de misterio. Luis guio a Aynara por senderos bordeados de flores, y a medida que caminaban, la conversación fluyó entre ellos. Aunque Aynara estaba presente físicamente, su mente aún divagaba entre sus pensamientos, específicamente sobre ella, sobre Rania.

El sol comenzaba a descender en el horizonte, pintando el cielo con tonos cálidos y dorados. El paseo se tornaba en un baile improvisado entre las sombras de los árboles. Aynara, a pesar de sus preocupaciones, no podía ignorar la belleza del momento y el encanto natural que emanaba del lugar.

—Es un lugar maravilloso, ¿verdad? —comentó Luis, admirando la naturaleza que los rodeaba.

Aynara asintió con una sonrisa forzada. La conversación entre ellos surgía de manera natural, Aynara no podía negarlo, siempre se habían llevado bien y podían conversar al menos de bastantes cosas, pero eso era todo, no había nada más. De pronto Luis mencionó algo que causó el interés de Aynara, mucho más que lo anterior que estaban charlando.

—¿Entonces quieren que Rania regrese? —preguntó interesada.

—Sí, bueno mis tíos nunca han tenido buena relación con ella, ya sabes cómo es, pero creen que ya fue demasiado el tiempo que lleva aquí, más de cuatro meses y aparte de todo, hay unos asuntos que deben arreglar en Nueva Florencia y Rania debe estar presente, según me comunicaron...

—No hay ningún problema en que ella se quede aquí, es decir, puede quedarse el tiempo que quiera... es tu prima y es bienvenida... —intentó no sonar muy interesada en que Rania no se fuera de Nuevo México, aunque su tono la delató un poco.

—Sé que se han vuelto muy buenas amigas —dijo Luis, ajeno a lo que realmente sucedía. Aynara tragó saliva, desviando la mirada y asintiendo— tal vez Rania pueda ir a Nueva Florencia a arreglar esos asuntos y regresar aquí inmediatamente, mi princesa. Sabe que sus

deseos son órdenes —Luis tomó la mano de Aynara, dándole un tierno beso.

El suave roce de los labios de Luis en la mano de Aynara la hizo sentir incómoda. Su mente seguía divagando en pensamientos sobre Rania, pero trató de concentrarse en la conversación presente.

—Es una posibilidad... pero no estoy segura de cuánto tiempo necesitaré en Nueva Florencia. Además, los asuntos de estado son complicados y podrían requerir su atención durante un tiempo considerable —respondió Aynara, no pudiendo evitar pensar que el regreso le podría llevar más tiempo, su mente se llenó de estos pensamientos, ni siquiera podía imaginarse ya estando lejos de ella, aunque fuera un corto tiempo.

Continuaron caminando por los senderos, explorando los rincones más alejados del reino. La conversación entre ellos fluyó, pero la mente de Aynara estaba lejos. La idea de que Rania pudiera regresar a Nueva Florencia la llenó de ansiedad.

Mientras disfrutaban del paisaje, Aynara no pudo evitar recordar los momentos compartidos con Rania. La intensidad de sus emociones la tomó por sorpresa, y se esforzó por ocultar cualquier rastro de inquietud ante Luis.

—Aynara, ¿te encuentras bien? —preguntó Luis, notando la distracción en la mirada de la princesa.

—Sí, solo estoy pensando en las responsabilidades que se avecinan y en cómo manejar los asuntos del reino —mintió Aynara, forzando una sonrisa.

Luis asintió comprensivamente, pero sus ojos reflejaban un deseo que Aynara no compartía. Siguiendo el paseo, llegaron a un claro donde el sol iluminaba el suelo salpicado de flores. El ambiente parecía pintado por la magia misma.

—Este lugar siempre me ha parecido mágico —comentó Luis, deteniéndose para mirar a su alrededor—. Tal vez podríamos pasar más tiempo aquí juntos, disfrutando de la belleza de Nuevo México.

Aynara asintió, aunque su corazón latía con la esperanza de ver a Rania de inmediato al regresar al castillo.

Al regresar al castillo, lo primero que atrapó la mirada de Aynara y Luis fue la figura de Rania en el jardín, montando con delicadeza un caballo. El viento mecía su cabello y la tela de su vestido, creando una imagen casi etérea. Aynara sintió un nudo en el estómago al verla, una mezcla de emociones que no pudo ignorar.

—Parece que mi prima ha decidido hacer lo que mejor hace, disfrutar del día —comentó Luis, sin darse cuenta del torbellino de pensamientos que rondaba en la mente de Aynara.

—Sí, parece que sí —respondió Aynara sonriendo sin poder dejar de observarla.

Al acercarse, Rania notó su llegada y detuvo el caballo. Una sonrisa radiante iluminó su rostro mientras se acercaban.

—¡Princesa Aynara! —saludó Rania, descendiendo del caballo con gracia felina.

—Prima —saludo Luis, a Rania se le había olvidado saludarlo por completo.

—Hola primo —respondió con una ligera sonrisa, se sentía sumamente incomoda ahí frente a ambos, solo quería estar con ella, solo con Aynara, y con nadie más. Pero apreciaba a su primo, lo quería.

—¿Te han avisado ya? —preguntó Luis intercambiando su mirada entre Rania y Aynara.

—¿Avisarme? —preguntó Rania con confusión, haciendo una mueca con los labios, mueca que solía hacer cuando estaba confundida, Aynara se la había aprendido ya, esa y muchas otras de sus expresiones.

—Mis tíos, tus padres, han llamado preguntando por ti, necesitan que vuelvas a Nueva Florencia a atender unos asuntos.

Rania asintió con comprensión, aunque un atisbo de decepción cruzó su rostro por un instante.

—Entiendo, deben ser asuntos importantes. Pero bueno, siempre hay tiempo para disfrutar del presente, ¿no creen? —respondió con una sonrisa encantadora.

Aynara no pudo evitar notar la tensión en el ambiente. La noticia de que Rania debía regresar a Nueva Florencia creó un espacio incómodo entre ellos, un recordatorio de las obligaciones y responsabilidades que los separaban.

—Por supuesto, Rania. Por ahora, podríamos aprovechar el tiempo que tienes aquí. Tal vez podríamos organizar algo especial antes de tu partida y por supuesto debes regresar antes de nuestra boda—sugirió Luis, tratando de disipar la incomodidad.

Rania asintió agradecida, aunque sus ojos buscaron involuntariamente los de Aynara, como si buscaran su aprobación.

—Sería un placer, primo, estoy de acuerdo, aprovechemos el tiempo. Y claro, volveré para ese momento—dijo Rania, aunque su mirada seguía centrada en Aynara. Tocar el tema de la boda le hacía sentir una punzada en el pecho, apretó el puño y los tres se quedaron en silencio.

Los tres continuaron caminando por los jardines del castillo, Aynara se esforzaba por ocultar sus emociones, pero sabía que llegaría el momento en que tendría que enfrentar la conversación privada con Rania.

Luis, ajeno a la complejidad de las relaciones entre las dos mujeres, continuaba con su intento de mantener un ambiente agradable.

—¿Qué les parece un pequeño festín esta noche? Podemos invitar a algunos de nuestros más cercanos y disfrutar de una velada memorable antes de que Rania parta —propuso Luis, buscando animar el ambiente.

—Eso suena encantador, primo. Aynara, ¿qué opinas? —preguntó Rania, desviando su atención hacia la princesa.

Aynara, a pesar de las tensiones que la envolvían, asintió con una sonrisa forzada.

—Sí, suena bien. Hagámoslo especial —respondió, preguntándose cómo podría mantener las apariencias durante la cena, si sentía que el corazón iba a explotarle en ese momento.

Pero la noche llegó, y el castillo se iluminó con la suave luz de las velas. La mesa estaba adornada con flores y fina vajilla, creando un ambiente de elegancia. Aynara, Luis y Rania se

sentaron juntos, pero la atmósfera estaba lejos de ser relajada.

Durante la cena, Aynara luchaba por mantener la conversación fluida, pero su mente divagaba constantemente hacia la inminente partida de Rania. Cada sonrisa de Rania, cada risa compartida, cada caricia se sentía como un eco distante en el corazón de Aynara. La presión de sus responsabilidades, la imposibilidad de escapar de un matrimonio no deseado, todo se apoderaba de ella.

Rania, por otro lado, estaba consciente de la tensión que flotaba en el aire. Trataba de alegrar el momento con historias divertidas y gestos amigables, pero no podía evitar notar la mirada melancólica de Aynara, necesitaba hablar con ella a solas, estar a solas las dos.

Luis, intentando animar la ocasión, propuso un brindis.

—Por la amistad, la familia y los momentos inolvidables. Que esta noche sea un recuerdo eterno en nuestros corazones —dijo, alzando su copa.

Aynara forzó una sonrisa y siguió el brindis, pero sus ojos no podían evitar encontrarse con los de Rania.

En ese instante, un entendimiento silencioso pasó entre ellas. Rania sabía que Aynara estaba atrapada en un mundo de deberes y expectativas, y Aynara sabía que Rania estaba dispuesta a liberarse y perseguir la verdadera libertad.

Después de la cena, mientras paseaban por los jardines iluminados por la luna, Aynara finalmente encontró el coraje para abordar el tema.

—Rania, necesitamos hablar antes de que te vayas—anunció Aynara, buscando un rincón tranquilo donde pudieran compartir sus pensamientos.

Rania asintió, y se dirigieron hacia un rincón apartado, lejos de las miradas indiscretas. Aynara inhaló profundamente antes de hablar.

—Mi madre, mi reino, todos esperan que cumpla con mi deber y acepte este matrimonio por el bien de Nuevo México. Pero... yo no puedo hacerlo. No puedo sacrificar mi felicidad y libertad por las expectativas de otros. Yo te amo.

Rania la miró con compasión y amor, comprendiendo la lucha interna de Aynara.

—Aynara, entiendo tus responsabilidades, pero también entiendo que la verdadera libertad no se encuentra en complacer a los demás a expensas de tu propia felicidad...

Aynara tomó la mano de Rania, sintiendo el consuelo en ese simple gesto.

—No quiero perderte, Rania. Y tampoco quiero perderme a mí misma en este laberinto de deberes.

Rania acarició suavemente el rostro de Aynara.

—Sea cual sea tu decisión, estoy aquí para apoyarte. No importa cuánto tiempo tome, ni cuántas batallas enfrentemos, yo... yo siempre estaré a tu lado. No vas a perderme.

Aynara se aferró a esas palabras, sabiendo que en Rania encontraba la fuerza para desafiar cualquier cosa que se le presentara, aunque su relación era un secreto, algo prohibido, para ella era lo mejor que le había sucedido y no iba a renunciar a ella, no así de fácil. Ambas mujeres se tomaron de la mano, un gesto casual que expresaba todo lo que estaban sintiendo, tan solo eso, sentir sus manos les era suficiente para expresarse lo que sentían.

Rania se acercó a su oído, cerciorándose que nadie estuviera cerca.

—Tenemos que despedirnos bien —musitó juguetonamente— iré a tu habitación en una hora.

Aynara tragó saliva, sonrió para sí misma al observar que Rania desaparecía caminando por aquel jardín, introduciéndose de nuevo en el castillo.

Aynara regresó a la mesa con un leve rubor en las mejillas, pero la mirada melancólica había dado paso a una chispa de esperanza. La velada continuó con las apariencias, pero la certeza de que Rania estaría en su habitación dentro de una hora llenó el corazón de Aynara de anticipación y ansias.

La noche avanzaba, y los invitados iban retirándose uno por uno, así mismo, cumplida la hora, Aynara se despidió, dejando a Luis y a Rania solos en la sala. Rania intercambió solo un par de frases y disculpándose con Luis, alegando que tendría que viajar el día siguiente y necesitaba

dormir, se despidió de él.

No necesito tocar, la puerta entre abierta fue la señal precisa, Aynara aguardaba por ella, tras cerrar la puerta tras de sí, la tensión acumulada estalló en un beso apasionado. Los susurros de amor y promesas se entrelazaron en la habitación, donde Aynara y Rania se entregaron a la pasión y al deseo que mantenían oculto frente a todos a su alrededor, pero que era latente, que ellas podían tocar en el aire cada que estaban juntas.

Entre susurros de “te amo” y caricias, compartieron ese momento precioso, sabiendo que el mundo exterior no entendería su amor prohibido. Pero en ese instante, solo existían ellas, sus corazones latiendo al unísono, desafiando las expectativas y forjando un vínculo que trascendía los límites impuestos por la corona.

—No quiero que te vayas —decía Aynara con una mueca de tristeza, mientras Rania la llenaba de besos, uno tras otro

—Serán pocos días, mi amor —le respondió cariñosamente, tomando el rostro de Aynara con ambas manos —eres tan hermosa, la mujer más hermosa del mundo —afirmó.

Aynara se ruborizó, besándola con todo el amor que podía depositar en ese beso.

—Tú lo eres, mi princesa —agregó con dulzura— no te vayas —volvió a decir al sentir la boca de Aynara bajar por su cuello, Rania se detuvo, observándola con ternura.

—Créeme que no quiero, pero si no lo hago, ya conozco a mis padres, mandarán a alguien a buscarme aquí, ya ha pasado antes y a ti no quiero meterte en problemas, te prometo que solo serán unos días y estaré aquí, antes de... tu boda —su voz al pronunciar aquellas últimas palabras se tornó sombría, no le gustaba hablar de ese tema, pero era inevitable.

—¿Por qué tiene que ser todo tan difícil para nosotras? —preguntó Aynara con frustración, tomó la mano de Rania y comenzó a acariciarla, recorriéndola toda, era como si quisiera grabarse cada forma y grieta que la conformaba.

—¿Para nosotras las mujeres? ¿Para nosotras las mujeres que amamos a otras mujeres? —comenzó a preguntar Rania, un poco para ella misma también— no lo sé, tal vez lo es para ti y para mí que rechazamos todo lo que se nos ha impuesto, a lo que se supone venimos a este

mundo, ni siquiera nos han dejado decidir y desde antes tenemos ese destino predeterminado — Rania negó con el rostro, sentía la mano de Aynara en la de ella y eso era suficiente— tal vez cuando vas contracorriente como tú y como yo todo es difícil. ¿Sabes? A veces entiendo a tu madre, a la mía, han tenido que hacerse así porque de otra manera nadie las respetaría, estos reinos, estos malditos reinos se basan en eso, en imponerse contra otros, decir que algunos son familias reales porque así debe ser y otros son su... pueblo, sus esclavos mejor dicho. Y ellas como mujeres deben actuar así, si no...

Aynara frunció el ceño, no, ella no entendía a su madre ni a ningún padre o madre que fuera así como lo era Victoria.

—A mí me respetan —refutó— quiero decir, yo no tengo que actuar sintiéndome superior a nadie, cuando voy a visitar a los habitantes les pregunto como están, es decir hablo con ellos de igual a igual porque creo que así debería ser y ellos me respetan... No, yo no entiendo a mi madre, no puedo comprender su dureza, a veces siento que me odia, ¿sabes? —la voz de Aynara se cortó un poco, haciendo que Rania apretara su mano

—Pero, ¿crees que si supieran lo que eres, el pueblo me refiero, te seguiría respetando? Si supieran que amas a otra mujer y si lo supiera tu madre. ¡Dios! —Rania negó, solo el imaginarse a Victoria enterándose de todo la hacía estremecer.

—Pero no entiendo eso que tiene que ver con todo, todos podemos amar a quien queramos, quisiera cambiar eso, cambiar todo, las mujeres no tienen por qué estar condenadas a casarse desde antes de nacer con quien no quieren, no es justo, hay tantas cosas que quiero cambiar, tal vez puedo hacerlo —los ojos de Aynara se iluminaron, Rania la observaba fascinada, le gustaba escucharla hablar de lo que creía, de lo que era— el pueblo me respeta, puedo intentar al menos cambiar las cosas aquí.

—Creo que se te podría ir la vida en ello, mi amor —comenzó a decir Rania, no quería desilusionarla, pero ella ya conocía el mundo, conocía casi todos los reinos y sabía que estaban entretejidos unos con otros, que las tradiciones, las reglas y las normas venían de décadas y décadas atrás, cambiar eso era una tarea titánica, imposible si ella pudiera ponerle un adjetivo— Creo que estos reinos no fueron hechos para personas idealistas, menos para mujeres idealistas como tú y como yo... —agregó con resignación.

Aynara sonrió de medio lado, era joven y a pesar de todo, aún creía en que podía cambiar el

mundo.

—Pero al menos tengo que intentarlo —respondió.

Rania sonrió con orgullo, cada que la escuchaba hablar sabía porque estaba enamorada de ella.

—Es que tú, tú eres diferente, eres como una luz que brilla en todos lados.

Aynara abrió los ojos sorprendida y riendo agregó.

—Así que la princesa de Nueva Florencia es la mujer más cursi de todas.

Ambas rieron, Rania hizo una mueca de falso desagrado y le dio un ligero apretón en la mano a Aynara.

—No sé qué me pasa contigo —se sinceró— es como si... como si todo naciera para ti, todo lo que siento, me siento libre...

Aynara sonrió, una sonrisa llena de amor, que decía que ella se sentía de igual manera.

—¿Te has enamorado muchas veces? —volvió a preguntar.

Rania la observó algunos segundos y después llevo la vista al techo, aún con sus manos jugando respondió.

—Creo que antes me había enamorado...

—De Manuela —Aynara rodó los ojos, simulando enojo. Rania rio.

—Pero no así, no como ahora... ¿y tú, reina de los colibríes? Me niego a aceptar que nadie intentó seducirte antes —dijo con sorpresa...

Aynara sonrió.

—Sí... bueno sí lo intentaron, pero creo que yo siempre he estado en lo mío, ya sabes en la literatura, en la naturaleza, todo eso ocupaba mi tiempo, he ignorado a quienes querían algo

amoroso conmigo...

—Mi primo lleva años en la batalla —dijo con sarcasmo, rodó los ojos, pensando de nuevo en que pronto iban a casarse.

—Pero llegaste tú...

Ambas voltearon a verse, Aynara llevó su mano al rostro de Rania, acariciando cada parte de él...

—Tienes los ojos más bonitos que pueden existir —dijo, observando aquellos ojos tan azules que no dejaban de verla.

—¿Quién es la cursi ahora?

Ambas rieron, besándose entre risas, cada beso era un recordatorio de la chispa única que compartían, de la conexión tan grande y ellas podían sentirlo todo con cada mínimo roce.

—No quiero arruinar el momento —comenzó a decir Rania desprendiéndose del beso— pero, ¿qué pasará con nosotras? —preguntó, con la voz llena de dudas, no sabía que esperar de todo y por primera vez tenía miedo de lo que pudiera pasar.

Aynara tragó saliva, ella tampoco sabía muchas cosas, pero tenía un par que estaban claras como el agua y una de esas era que no iba a separarse de Rania.

—Yo... tengo un plan —respondió con seguridad. Rania frunció el ceño observándola. — intentaré hacer algunos cambios aquí y si no funcionan, entonces... escaparemos lejos de toda esta farsa, Eurasia es más libre, debe haber algún lugar, lejos de mi reino y del tuyo, un lugar para ti y para mí donde no tengamos que escondernos por siempre, solo necesitamos recursos, tiempo para juntar lo necesario si aquí todo falla...

Rania la observaba llena de curiosidad, no podía creer estarla escuchando hablar con esa seguridad, días antes Aynara estaba perdida y ella creyó que nunca escucharía esas palabras salir de su boca. De inmediato la besó, abrazándola con fuerza, aferrándose a ella, a su cuerpo sabía que ahí era donde pertenecía.

Capítulo 6. Distancia

Rania se había marchado apenas tres días atrás, al principio solo estaría fuera una semana, pero aquel día un mensajero llegó al castillo con una carta sellada con el emblema de Nueva Florencia. Aynara sintió un nudo en el estómago mientras rompía el sello y leía las palabras de Rania. La carta explicaba que los asuntos familiares se habían complicado, y su regreso a Nuevo México se demoraría más de lo anticipado, una semana más, o sea dos semanas lejos de ella, dos semanas que a Aynara le estaban pareciendo eternas y las mismas dos semanas que faltaban para su boda.

La noticia del prolongado alejamiento de Rania golpeó a Aynara con fuerza. Cada día sin ella se volvía más insoportable y la sombra de la inminente boda política se cernía como una nube oscura sobre su cabeza.

Aynara buscó consuelo en los paseos nocturnos por los jardines, donde los recuerdos de su tiempo con Rania se entrelazaban con las sombras de los árboles. La soledad la envolvía, y las cartas de Rania se convirtió en su único vínculo tangible con la mujer que amaba.

Las noches se volvían más largas, y Aynara sentía la presión de las expectativas y la responsabilidad. Los preparativos para la boda avanzaban a paso firme, y la gente del reino esperaba con expectación el enlace que sellaría alianzas políticas.

En Nueva Florencia, Rania enfrentaba obstáculos similares. La complejidad de los asuntos familiares prolongaba su estancia en la ciudad lejana, ciudad que ya no sentía propia, ese reino no era suyo, nunca lo había sido. Aunque luchaba por regresar, sus padres le estaban haciendo difícil el regreso.

Las cartas entre Aynara y Rania se convirtieron en su único consuelo. Cada palabra escrita era una promesa de amor y resistencia frente a las adversidades, era lo que las hacía aguardar, esperar por el reencuentro, sí, eran pocos días los que habían pasado, pero para ellas se sentía como una eternidad.

En la distancia, su conexión se fortalecía cada día más, eran el refugio de la otra, el lugar al que pertenecían y la distancia no había hecho más que fortalecer aquello.

Por su parte, Luis había incrementado su cercanía con Aynara, sabía que la boda estaba muy cerca y se sentía ansioso por ello, solo el pensar en compartir la vida con ella le nublaba la razón. Luis intensificaba sus esfuerzos por ganarse completamente el corazón de Aynara, le demostraba su cariño con regalos, uno tras otro, enormes ramos de flores, anillos de oro, collares de perlas, todo lo que estuviera a su alcance para demostrarle lo que sentía.

Pero la ausencia de Rania pesaba cada vez más en el corazón de Aynara, y aunque Luis se esforzaba por estar presente, ella no podía evitar comparar cada gesto con los recuerdos de su tiempo con Rania.

Los paseos nocturnos por los jardines se volvían más melancólicos, esos paseos que daba con Rania, ahora los hacía a lado de Luis; a Luis no le interesaban los colibríes en lo absoluto, no podía hablar con pasión de ellos como lo hacía, porque notaba enseguida su desinterés, aunque podían platicar de muchas cosas, la conexión que tenía con Rania era otra, muy superior y profunda a todo.

Tan solo pensar que pronto uniría su vida a aquel hombre la hacía estremecer. Será por poco tiempo, se decía, pensando en su plan, pensando que para lograrlo tenía que realizar algunos sacrificios y uno de esos era casarse. Una boda falsa, como todo lo que la rodeaba, como su madre, como los reinos establecidos tanto tiempo atrás.

Por supuesto que tampoco quería lastimar a aquel hombre, a pesar de todo sentía ese cariño por él, uno genuino de hermandad, pero él tampoco se detenía a preguntarle a ella qué era lo que quería, tampoco podía culparlo, todos habían sido criados igual, a veces no podía evitar pensar que todos eran robots en esas sociedades de mentira, desde que nacían tenían que comportarse de cierta manera, hablar, vestir, incluso pensar, aunque sabía que con ella nunca lo habían logrado.

De vez en cuando, cuando iba a visitar al pueblo, notaba que dentro de todo, ellos tenían libertad, tal vez no tenían riquezas y poder, pero tenían cierto tipo de libertad. Por supuesto que tampoco la suficiente y la que debían tener, por eso ella quería cambiarlo, quería que la vida en ese reino fuera mejor para todos. Suspiró, tal vez era cierto y como decía Rania era muy joven y muy idealista creyendo en la utopía de un mundo mejor.

Con todos esos pensamientos fueron transcurriendo los días, con la lejanía de Rania, pero a la vez la sentía más cerca que nunca, cada noche antes de dormir, leía la carta que le había

mandado desde Nueva Florencia. Ahí estaba Aynara, sentada en la pequeña mesa con una lampara encendida en plena madrugada, leyendo de nuevo aquellas palabras que le resonaban en el corazón:

“Mi amada princesa Aynara, no sabes lo mucho que te extraño. Las noches en Nueva Florencia son frías y solitarias sin tu presencia cálida a mi lado. A pesar de las adversidades que enfrentamos, quiero que sepas que mi amor por ti crece con cada día que pasa.

Los días aquí son difíciles, pero la luz de tu recuerdo ilumina mi camino. Extraño la calidez de tu risa y la suavidad de tu tacto, tu piel, tu cuerpo infinito, tus ojos grandes, tu alma pura. En medio de la complicada situación que enfrentamos, mi única certeza es que nuestro amor es más fuerte que cualquier desafío.

Sé que estás atrapada en un torbellino de deberes y expectativas, y mi corazón se aprieta al pensar en la carga que llevas.

Pero, querida Aynara, recuerda que estamos unidas por un lazo que ninguna distancia puede romper. Mantente fuerte, mi amor, que el día de nuestro reencuentro está cada vez más cerca.

Nueva Florencia puede ser una ciudad ajena, pero en cada rincón veo fragmentos de ti. Camino por sus calles pensando en los momentos que compartimos y los que aún nos esperan. No puedo evitar imaginarte aquí a mi lado, recorriendo cada lugar que yo recorro. La promesa de un futuro juntas me impulsa a superar cada obstáculo.

No dejes que las sombras de la incertidumbre nublen tu corazón. Eres mi luz, Aynara, y aunque la distancia nos separe físicamente, nuestro amor persiste como una llama eterna. Sigo luchando para regresar a tu lado, y cada día me acerca un paso más a ti.

Te amo más allá de las palabras, más allá de la distancia. Eres mi princesa, mi reina, mi amor eterno. Aguardo con impaciencia el día en que podamos abrazarnos de nuevo.

*Con todo mi amor,
Rania.”*

Cada vez que terminaba de leer las cartas, Aynara cerraba los ojos, sintiendo la presencia reconfortante de Rania a su alrededor.

Apretó la carta en su pecho. La certeza de su amor, expresado en esas líneas, se convertía en el ancla que le permitía enfrentar los días que se avecinaban. A veces se sentía tonta por estar así, no era tanto tiempo lejos la una de la otra, pero lo cierto era que después de haber compartido esos meses juntas ya nada era igual, ella, aquella mujer de ojos celestes, le había cambiado la vida para siempre.

...

Mientras los días pasaban, el reino continuaba preparándose para la boda, sin percatarse de la tormenta que se gestaba en el corazón de la futura reina. Victoria se erigía como la mandamás en aquella organización del matrimonio, pues Aynara ajena a todo, solo se limitaba en seguir las ordenes de su madre.

Victoria, con su visión pragmática, veía en la unión con Luis no solo una alianza política sólida, sino también la estabilidad y el poder que anhelaba para la corona. Cada detalle de la boda estaba meticulosamente planificado, desde la elección de las flores hasta la lista de invitados. Había invitado ya a todos los reinos con los que tenían alianzas, el nuevo reino incorporado de Nueva Florencia por supuesto que estaba incluido. Las personas más influyentes y poderosas iban a asistir a la boda, pues sería la ascensión de Aynara como la nueva reina de Nuevo México.

Los preparativos avanzaban con una eficiencia casi militar. Los sastres trabajaban incansablemente en el vestido de Aynara, diseñado para deslumbrar y cautivar a todos los presentes. Las conversaciones sobre alianzas y pactos políticos se entrelazaban con la elección de la música y los detalles decorativos del gran salón del castillo.

Aynara, mientras tanto, se veía atrapada en un torbellino de eventos que no podía controlar. Aunque intentaba mantener la compostura y seguir adelante, su corazón latía con fuerza, sintiendo la carga de las expectativas y la falta de sinceridad en su camino.

Se tomó un momento para darse un escape al pueblo, como solía hacerlo cuando su padre estaba vivo, se cambió el vestido tan estorbooso que le molestaba tanto usar, cambiándolo por uno más sencillo que le daba más libertad de movimiento.

Bajó las escaleras del castillo y salió al aire fresco de la tarde. Las calles del pueblo estaban animadas con la actividad cotidiana, y Aynara se mezcló con la multitud, tratando de encontrar un respiro en medio del caos que la rodeaba. Se sintió viva al alejarse de las formalidades del castillo y sumergirse en la autenticidad del pueblo que la vio crecer.

Los habitantes del pueblo la recibieron con sonrisas cálidas y saludos efusivos. Aynara, por un breve momento, se sintió liberada de las cadenas de la realeza, como si la simplicidad de la vida en el pueblo le ofreciera un refugio temporal.

La brisa llevó consigo los aromas familiares de las panaderías y las flores, recordándole los días de su infancia cuando las responsabilidades reales aún no pesaban así sobre sus hombros. Cuando paseaba ahí de la mano de su padre, cuando él estaba vivo. No pudo evitar sentir un nudo en la garganta al recordar aquello. A cada paso que daba recibía también las condolencias por aquella pérdida, habían pasado ya cinco meses de aquello y no había tenido oportunidad de volver a aquel pueblo por todo lo que había acontecido, así que escuchar las palabras de apoyo de las personas por la pérdida la reconfortaron en demasía.

Siguió caminando por las calles, conversando con los comerciantes y los lugareños. Las historias de la vida cotidiana la conectaron con una realidad que, por un momento, parecía olvidada. Al llegar a la plaza principal, donde resonaban risas y músicas, Aynara se permitió un instante de tranquilidad, se quedó a contemplar la vida que era bulliciosa, contemplar eso que salía de toda formalidad la llenó por un momento.

Esto aumentó cuando algunos jóvenes se acercaron a ella con flores, regalándoselas, eran muchos los que se sentían atraídos por la princesa. Aynara sonrió con emoción, sintiéndose feliz por esa acción.

En ese breve lapso de tiempo, Aynara pudo recordar quién era más allá de su papel como futura reina. La sinceridad de las personas del pueblo, su alegría y su resiliencia, le recordaron la razón por la cual anhelaba cambiar el destino de su reino.

La visita al pueblo se convirtió en un anclaje, un recordatorio de sus principios y la motivación para tomar decisiones difíciles, al menos iba a intentarlo, aquellas personas se merecían una vida mejor. Su padre se había dejado influenciar demasiado por su madre, ella no lo iba a permitir más, ni por Luis, ni por nadie. Al menos lo intentaría.

Con las flores en mano y el corazón renovado, Aynara regresó al castillo justo en el momento en el que Rania descendía del carruaje, su corazón latió con rapidez al verla de nuevo, ni siquiera podía creer que aquello estaba sucediendo...

La sorpresa y la alegría se reflejaron en sus ojos mientras se acercaba a Rania, rompiendo la formalidad de la distancia entre una princesa y otra. Las dos se encontraron en un abrazo apasionado, como si el tiempo y la distancia se hubieran disuelto en aquel momento mágico.

Capítulo 7. La boda

Rania había cumplido su palabra, había llegado un día antes de la boda, de aquella boda que era un tortura para ambas. El reencuentro entre Aynara y Rania fue como un rayo de luz que disipó la oscuridad que se había cernido sobre el castillo en los últimos días. Sus miradas se encontraron, y en ese instante, la conexión entre ellas se reavivó con una intensidad que ni el tiempo ni la distancia lograban desvanecer.

—Mi princesa, ¿me recibe con flores? —murmulló Rania jugando, al observar las flores en las manos de Aynara.

Aynara rio y negó con el rostro de forma juguetona también.

—No, son mías, me las han regalado.

Rania alzó ambas cejas, con curiosidad.

—¿Así que me voy dos semanas y ya tengo competencia? —bromeó.

—Oh, no, para nada —Aynara rio divertida— Estas flores son solo un regalo del pueblo. Parece que, incluso en mi ausencia, aún soy popular —respondió Aynara riendo, disfrutando del tono ligero de la conversación.

—Es que mi princesa es encantadora —reafirmó Rania, acercándose un poco a ella, parecía que se habían olvidado por un momento de su alrededor y solo existían ellas dos.

Las dos mujeres se sumieron en la complicidad de su complicado amor, encontrando consuelo en la ligereza de aquel momento. Aynara se acercó también a Rania y, con un gesto suave, le entregó una de las flores.

—Para ti, mi amor, porque has vuelto justo a tiempo para alegrar mi corazón, te he extrañado tanto.

Rania aceptó la flor con una sonrisa llena de amor y ternura, apreciando el gesto.

—Entonces, ¿cómo han sido estos días sin mí? —preguntó Rania, buscando el rostro de Aynara con complicidad.

—Interminables —susurró Aynara, acercándose más a Rania, dándole un abrazo—. Pero ahora que estás aquí, todo parece cobrar sentido de nuevo.

Otra vez, el mundo exterior parecía desvanecerse mientras se perdían en el brillo de sus miradas. Aunque una voz detrás de ellas hizo volver a la realidad.

—Aynara —la voz dura de su madre la hizo desprenderse de Rania y voltear a verla, mientras tanto Victoria las observaba escudriñándolas, observando las flores en las manos de ambas— así que has llegado ya —dijo con sequedad, dirigiéndose a Rania— bienvenida de nuevo —agregó, guardando las formas, que para Victoria era lo más importante.

Rania dibujó una media sonrisa, asintió, disimulando también para mantener las apariencias.

—¿Dónde estabas Aynara? He pasado toda la mañana buscándote, necesito que te midas el vestido, estamos con el tiempo encima...

Aynara se separó de Rania, sintiendo el peso de la realidad caer sobre sus hombros nuevamente. Miró a su madre con seriedad, tratando de ocultar el destello de tristeza en sus ojos.

—Lo siento, madre. Estaba... tuve que ir dar un paseo, necesitaba un respiro antes de los preparativos finales —respondió Aynara, tratando de no revelar la verdadera razón detrás de su ausencia.

Victoria asintió con frialdad, aunque su mirada aguda dejaba entrever que no estaba completamente convencida. Rania permaneció en silencio, observando la interacción con una comprensión silenciosa.

—Bien, no hay tiempo que perder, vamos...

—Vamos Rania —agregó Aynara, ante la mirada de desagrado de su madre que permaneció en silencio y caminó con prisa de nuevo, no se podía permitir ser descortés con una invitada, las apariencias lo eran todo.

Rania caminó detrás de ambas, con un paso lento, el solo hecho de pensar que la boda sería el día siguiente la hizo volver a la realidad por completo. Iba a ver a la mujer que amaba casándose con su primo, tragó saliva ante ese pensamiento.

Las tres mujeres entraron al salón donde los sastres del reino ya se encontraban con las prendas listas para ponerlas en el cuerpo de Aynara, específicamente hechas para ella. Isabella la ayudó a desprenderse del vestido sencillo que portaba, no sin antes ganarse una reprimenda de su madre por estar vestida así, teniendo tantos vestidos siempre optaba por ese estropajo amarillo, a los ojos de su madre eso era aquel vestido sencillo.

Aynara permaneció en silencio, solo acomodándose a las manos que la desvestían, se sentía como un títere en las manos de otros. Rania a su vez también estaba en silencio, sin quitarle los ojos de encima a Aynara, ante cada prenda quitada no podía evitar tragar saliva y sentir aquel calor recorrerle el cuerpo, de vez en cuando se encontraba con sus ojos grises y le sonreía, como diciéndole que ahí, aunque fuera en silencio, estaba ella a su lado.

Al fin Aynara quedó en su fina ropa interior, Rania la había observado durante muchos momentos así, la había observado de todas maneras, pero siempre le parecía que no podía ser más hermosa de lo que ya era, tenía que mantener la compostura, pero si por ella fuera en ese momento se lanzaría a sus brazos para recuperar esas dos semanas de lejanía.

Poco a poco fueron ayudando a Aynara a ponerse el vestido de boda, los sastres tenían que medir para los últimos arreglos que tuvieran que hacerle. Al fin quedó puesto por completo, Aynara estaba vestida de novia, Rania estaba frente a ella, sin palabras, pero sus ojos lo decían todo. Sus ojos brillaban, parecían un poco húmedos, le parecía que aquello que tenía enfrente era una revelación divina, una imagen que representaba lo más maravilloso y que la dejaba sin aliento. Aynara, aunque consciente de la presencia de Rania, estaba atrapada en la solemnidad del momento, la magnitud de lo que estaba por suceder comenzaba a pesar sobre ella.

Victoria, satisfecha con la apariencia de su hija, observaba con orgullo el vestido que realzaba la figura de Aynara. Mientras los sastres realizaban los últimos ajustes, Aynara se miró en el espejo, su reflejo revelaba una mezcla de emociones: la expectación de su futuro como reina, la tristeza oculta en sus ojos y la complicidad que compartía con Rania.

Rania se acercó lentamente a Aynara, su mirada intensa reflejaba un torbellino de sentimientos. Aynara le sonrió con ternura, buscando consuelo en medio de la tormenta que se avecinaba.

—Estás deslumbrante, Aynara. Serás la reina más hermosa que haya visto cualquier reino —dijo Rania en voz baja, aunque el gesto no pasó desapercibido para Victoria ni para Isabella. Aynara le sonrió con complicidad, ojalá pudiera ser ella con quien se casara, pensó y supo al observarse, que ambas habían pensado lo mismo.

Victoria frunció el ceño, no le gustó la mirada de Rania en su hija, aunque de nuevo, tenía cosas más importantes de las que debía ocuparse en ese momento. Isabella, tratando de suavizar las cosas, también habló.

—Mi princesa, está realmente hermosa, será la novia más bonita —Aynara sonrió con ternura, tomándola de la mano.

La voz de Victoria rompió el momento íntimo.

—Es momento de continuar, Aynara cámbiate de nuevo, iré a la cocina a cerciorarme que todo esté marchando bien, Isabella después de ayudar a Aynara, indícale a los sastres la salida.

—Claro que sí, mi reina.

Victoria se apresuró a la cocina, el tiempo transcurría y quería que todo marchara a la perfección. Mientras tanto en el salón Aynara comenzaba de nuevo la labor de desprenderse del vestido de bodas.

—Puedes ir con los sastres, Isabella, me quedaré con Rania —le indicó Aynara, Isabella sonrió sutilmente, hizo una reverencia y despidiéndose los sastres, les pidió que la acompañaran.

Rania ayudó a Aynara a ponerse el otro vestido y entre cada ayuda los roces se hacían presentes, era un juego, uno que desafiaba a la corona, que las ponía en peligro, pero que era inevitable.

Aynara, consciente de las caricias de Rania y de las miradas indiscretas que podrían acecharlas en cualquier momento, trató de mantener la compostura mientras se cambiaba de vestido. Rania, sin embargo, no podía evitar que su corazón latiera con fuerza ante la cercanía de Aynara, no podía controlar sus manos al tenerla ahí tan cerca, al estar solas.

—Deberíamos apresurarnos, mi amor. Mi madre podría regresar en cualquier momento —

advirtió Aynara con un susurro, aunque sus ojos reflejaban la pasión reprimida que ambas compartían.

Rania asintió con complicidad, pero sus manos seguían acariciando la espalda de Aynara, disfrutando de cada contacto fugaz. La conexión entre ellas era más fuerte que cualquier obstáculo que se interpusiera en su camino.

—No quiero que te cases con él, Aynara. Podemos encontrar una manera de estar juntas, de superar todo esto sin que tengas que casarte con él. No quiero que te toque, no puedo soportarlo —murmuró Rania, sus ojos buscaban con desesperación la mirada de Aynara.

Aynara sintió un nudo en la garganta al escuchar las palabras de Rania. La verdad de ellas resonaba en su interior, pero en ese momento, ¿qué podían hacer, a dónde irían? El plan apenas estaba fraguándose, no podía renunciar aún antes de intentarlo. Pero lo pensó, lo pensó en verdad, ¿y si se negaba a casarse acaso su madre la iba a matar? ¿La encarcelaría? ¿Sería capaz de eso? Sí, claro que sí, de eso y de muchas cosas más, de alejar a Rania de ella para siempre, lo sabía, su madre de alguna manera sospechaba o al menos Rania no era su persona favorita, así que tenía que ser todo por lo bajo.

Entonces podían escapar, pero ¿a dónde en ese preciso momento? Aynara hizo lo que mejor sabía hacer, pensar, contemplar todas las posibilidades y todas eran en ese momento como un laberinto sin salida.

Rania salió casi corriendo de la habitación, ya no podía más, quería llorar amargamente, Aynara fue detrás de ella, aunque la casa estaba llena de sirvientes haciendo su trabajo y aunque algunos notaron esta escena, cada quien seguía con su papel, un papel que era una máscara que servía para mantener algo establecido por quien sabe quiénes muchos años atrás.

—Yo tampoco quiero casarme —dijo Aynara tumbándose en la cama y con los ojos llorosos, a punto de desbordarse —no quiero Rania, quiero estar contigo, solo eso. —Las lágrimas ya no pudieron esperar, salieron una tras otra, Aynara lloró como nunca antes había llorado, ambas lo hicieron.

Rania se acercó rápidamente a Aynara, dejando que sus lágrimas se mezclaran en un abrazo que trascendía el peso de las circunstancias. El abrazo se convirtió en un refugio, en el consuelo mutuo que ambas necesitaban en ese momento de desesperación.

—Lo sé, Aynara. Lo sé. No deberíamos tener que vivir así, como prisioneras de las expectativas y las tradiciones. Pero mientras estemos juntas, sé que podemos superarlo. —Rania murmuró estas palabras con ternura, sintiendo el dolor compartido resonando entre ellas.

Aynara aferró con fuerza a ella, como si quisiera arrancarse de encima las ataduras que la aprisionaban. Su llanto era un lamento por las decisiones que les habían arrebatado la libertad, pero también una expresión de la fuerza de su amor.

Rania levantó el rostro de Aynara con suavidad, secando con sus pulgares las lágrimas que corrían por las mejillas de la princesa.

—Huyamos Rania, podemos escapar de todo esto, de las responsabilidades y las expectativas. Juntas, podemos encontrar un lugar donde nuestro amor no sea condenado, donde podamos ser libres de amarnos como queramos —dijo de pronto Aynara, desbordándose, todo le cayó encima, la boda, el solo pensar en lo que seguía después, aquellas dos semanas sin Rania y lo que había sentido, sentía que se ahogaba en aquel lugar. Sí, minutos atrás había dicho que no tenían a donde ir, pero ya encontrarían la forma. Lo harían juntas.

Rania perpleja asintió, sintiendo la esperanza brillar en medio de la oscuridad. La idea de una fuga, de enfrentar el mundo juntas, se volvía una posibilidad tangible. Pero también sabían que tal decisión tendría consecuencias, que el camino hacia la libertad no sería fácil.

—Aynara, estoy dispuesta a arriesgarlo todo por nosotras. No quiero vivir esta mentira. No quiero vivir en una corona si significa perder lo único que realmente me importa.

Aynara sonrió con amor y complicidad.

—Entonces, mi princesa, escapemos esta noche. Dejemos atrás este castillo y esta farsa. Juntas, vayámonos de aquí.

La determinación llenó sus corazones mientras se miraban, sabiendo que el viaje que tenían por delante no sería fácil, pero que valdría la pena por el amor que compartían. Se abrazaron, un abrazo que les hablaba del amor que sentían, un amor lleno de pureza y que aunque era prohibido, era lo más real en ese mundo lleno de apariencias y falsedad.

El abrazo se convirtió en besos, uno tras otro, las lágrimas saladas se mezclaron con su saliva, sus lenguas se reencontraron de nuevo, recuperando el tiempo perdido, poco a poco Aynara se colocó arriba de Rania y las ganas fueron convirtiéndose en caricias, en jadeos, en ruidos, en respiraciones entrecortadas, en pieles y cuerpos encontrándose una y otra vez, chocando como meteoritos para desvanecerse en gritos ahogados, en explosiones silenciosas, que quedaban ahí, como prueba del amor que existía entre ambas, amor que cada día crecía un poco más.

...

La oscura noche envolvía el castillo con un manto de silencio, mientras Aynara y Rania, decididas a cambiar su destino, se movían con cautela por los pasillos. Sigilosamente, evitaban las miradas indiscretas de los guardias y las sirvientas que aún rondaban el lugar. En cada paso resonaba el eco de su determinación y la esperanza de una vida juntas, lejos de las restricciones impuestas.

Aynara llevaba consigo una pequeña bolsa con algunas pertenencias esenciales, mientras Rania sostenía el corazón acelerado por la anticipación. Sus manos se entrelazaron con firmeza, compartiendo un cómplice silencio que hablaba de su amor y su deseo de libertad. Sus pasos presurosos ya estaban en el jardín, el jardín de los colibríes que daba hacia la salida al pueblo, estaban a punto de irse, lo demás lo verían sobre la marcha.

Sin embargo, en la penumbra de aquel jardín solitario, la voz de Victoria, la madre de Aynara, se hizo eco de manera helada.

—¿A dónde creen que van?

Las princesas se detuvieron en seco, congeladas por la sorpresa y la aprehensión. Victoria emergió de las sombras, sus ojos lucían negros y fríos como el acero, desenmascarando su

fachada de cordialidad.

—Madre, por favor, entiende. No queremos esta vida impuesta sobre nosotras. Queremos ser libres para amarnos... yo, yo la amo —afirmó Aynara con la voz temblorosa, tratando de apaciguar la ira que ya se dibujaba en el rostro de su madre.

Victoria soltó una risa sarcástica, mientras sus ojos escudriñaban a las dos jóvenes, observándolas tomadas de la mano, la ira la envolvió.

—Libres dices, ¿la amas? —volvió a reír— No entiendes nada, Aynara. La libertad y el amor es un lujo que las reinas no pueden permitirse. Las decisiones que tomo son por el bien del reino.

Rania, sintiendo la tensión en el aire, apretó la mano de Aynara con más fuerza, ofreciéndole apoyo, ahora fue su turno de hablar.

—Victoria, por favor, hay formas de forjar alianzas y mantener la felicidad de nuestro pueblo sin sacrificar nuestras vidas —intervino con la voz firme, buscando una solución pacífica.

Victoria, sin embargo, no estaba dispuesta a ceder, le dio una mirada fulminante.

—Contigo no quiero hablar, libertina —afirmó con dureza— No permitiré que arruines todo por esta mujer —se dirigió a Aynara— por un capricho romántico, por una perversión como esta, Aynara, eres la futura reina de Nuevo México, y esta unión con Luis es fundamental para la estabilidad y el poder que necesitamos. Si decides irte, habrá consecuencias...

En ese momento, varios guardias, los más fieles de Victoria, se unieron a ella, rodeando a las princesas y cortando cualquier ruta de escape.

—Temo que no tienes opciones, Aynara. No tienen opciones.

Aynara cerró los ojos con fuerza, aquello, aquello era una pesadilla, no podía ser otra cosa, no, no estaba pasando, aquello no era real. Vio todo como una película, un guardia tomando a Rania por el brazo, alejándola de ella, su madre acercándose y llevándola como un trapo hacia dentro del castillo, la oscuridad detrás de ella y las luces resplandecientes dentro que sus ojos no soportaban.

Victoria aventó a Aynara en el sofá, llena de furia y con una sonrisa despiadada, miró fijamente a Aynara, aumentando la presión sobre su corazón ya afligido.

—Oh, mi querida hija, crees que puedes desafiar las tradiciones y la estabilidad del reino sin consecuencias. Permíteme explicarte las ramificaciones de tus acciones. Si decides huir con esa... mujer, no solo sellarás tu destino, sino también el suyo.

Las palabras de Victoria resonaron con un tono amenazador mientras Aynara volvía en sí, ¿Rania, dónde estaba Rania?

—Encerraré a Rania en las mazmorras más profundas de este castillo. Nadie sabrá de su paradero, y su existencia se desvanecerá en la oscuridad. La condenaré a una vida de soledad y desesperación.

Aynara sintió cómo el nudo en su estómago se apretaba aún más. La idea de perder a Rania de esa manera era insoportable. ¿Cómo su madre podía ser ese ser tan cruel y despiadada? El llanto se apoderó de ella, un llanto que no la dejaba pensar, solo quería que Rania estuviera bien.

—¿Dónde está ella? —preguntó entre sollozos —¡no le hagas nada! —gritó, llena de desesperación.

—Aynara, Aynara, siempre complicándolo todo —dijo Victoria con sarcasmo— todavía tienes una opción que nos conviene a todos, hija mía. Cásate mañana, esto no va a salir de nosotras y mis guardias más fieles nunca dirán nada. Mantén las apariencias y en secreto haz lo que te plazca que no me interesa en lo absoluto, pero no pongas en riesgo el reino que a tu padre y a tu abuelo les llevó décadas fortalecer.

—Solo déjame verla —la voz de Aynara era de súplica, estaba dispuesta a arrodillarse ahí frente a ese monstruo si era necesario solo por Rania.

Victoria la contempló, no sabía en qué momento se había convertido en ese ser tan despiadado, pero lo cierto era que tampoco se lo preguntaba, la vida era como era y no podía perder tiempo en intentar cambiar lo que ya estaba hecho. Las cosas eran así y así tenían que ser.

—¿Vas a casarte? —preguntó inquisitivamente— de eso depende todo.

Aynara cerró los ojos, sintiendo un hueco en el estómago, no podía creer que esa mujer fuera su madre, tras algunos minutos en silencio, habló.

—Lo haré, voy a casarme, solo no le hagas daño a ella, solo no me separes de ella...

Victoria la escuchó inaudita, experimentó por un momento una especie de envidia al darse cuenta del amor que su hija experimentaba por aquella mujer y que Rania sentía también por Aynara, un amor que ella desconocía en lo absoluto.

—Vamos —le dijo, sabiendo que la palabra de Aynara era cierta. Aynara caminó de prisa detrás de ella, descendieron a la parte baja del castillo. Aquel castillo era inmenso, así que lo que sucedía en esa parte del lugar, era desconocido para la mayoría de la enorme casa, era como tener pequeñas casas propias separadas, como si un pasillo pudiera llevar a otra dimensión.

—Abre —le ordenó Victoria a uno de los guardias el cual asintió.

Ahí dentro se encontraba Rania, sus ojos rojos envueltos por el llanto y su expresión asustada le rompieron el corazón a Aynara, ver eso le estaba doliendo en el fondo de su alma, mucho más que las bofetadas de su madre, que sus palabras hirientes, que el rechazo de esta desde que había nacido, ver a Rania así era insoportable y no podía permitirlo.

—Rania —se abalanzó hacia ella, abrazándola con fuerza, tocando su rostro agregó— ¿estás bien? ¿Te han hecho algo?

—Nadie le ha hecho nada, niña —interrumpió Victoria con frialdad— este espectáculo no pueden darlo delante de nadie, ¿me escuchan?

Aynara tragó saliva, por primera vez sintió que en verdad le tenía miedo a su madre. Asintió con pesadez. Les indicó que salieran de la habitación y se marcharan, ambas se fueron juntas y Victoria no puso oposición, estaba cansada y faltaba poco ya para el amanecer, quería dormir al menos unas pocas horas.

—Lo siento tanto —dijo Aynara al entrar en su habitación, Rania se encontraba sentada en la cama, intentado recuperarse de lo que había pasado— todo esto es mi culpa.

Rania levantó la mirada, sus ojos encontraron los de Aynara, llenos de dolor y remordimiento. Se

acercó a ella, tomando su rostro entre las manos.

—No es tu culpa, Aynara. No te culpes por las acciones de tu madre. No puedo soportar verte sufrir así.

Aynara se dejó abrazar por Rania, buscando consuelo en sus brazos. La habitación estaba sumida en un silencio tenso, roto solo por el susurro de sus respiraciones entrecortadas.

—Lo siento tanto, Rania. No sabía que sería así de cruel. Pero no permitiré que te hagan daño, lo prometo.

Rania le acarició el cabello con ternura, intentando calmarla.

—Haremos frente a esto juntas. No importa lo que suceda, no dejaré que te obliguen a sacrificar tu felicidad.

Aynara se separó de Rania, mirándola con determinación.

—No, yo no puedo dejar que te haga daño. Esta noche fue solo una advertencia, pero no puedo soportar la idea de perderte. No podría soportarlo.

Rania le dedicó una sonrisa tranquila, tratando de infundirle calma.

—No vamos a permitir que nos separen. Encontraremos una manera de estar juntas, incluso si escondemos nuestro amor en las sombras. No me importa, mi amor, no me importa estar escondida entre las sombras si eso significa estar contigo.

Ambas compartieron un beso lleno de promesas y complicidad. La noche había traído consigo amenazas y sufrimiento, pero también había fortalecido el vínculo entre las dos princesas, un vínculo que resistiría cualquier tormenta.

Se acostaron abrazándose con fuerza, sabiendo lo que el día que estaba por comenzar les depararía, en ese momento no tenían de otra más que seguir con todo como debía ser hecho.

Pero Aynara estaba más segura que nunca de seguir con su plan, de manera silenciosa, asintiendo a todo lo que su madre dijera, pero por dentro confabulando para hacer lo que ella quería hacer. La sombra de su madre era como un fantasma que la atormentaba, lo había hecho desde niña, no

pudo evitar preguntarse si ocurría lo mismo con su padre, tal vez lo había obligado de la misma manera que a ella a hacer lo que Victoria quería, un punto más se agregó a su plan, encontrar algún punto débil en esa mujer.

Sí, era su madre, en el título y ante todos lo era, pero Aynara en ese preciso momento dejó de considerarla así, el mínimo respeto que aún le guardaba había desaparecido para siempre.

Antes del amanecer, ambas se levantaron pues no tardarían mucho en llegar a vestirla y arreglarla para la boda. Rania se despidió, yéndose a su habitación con sigilo, aunque ya el sigilo le parecía estaba de más, todo estaba de más en ese lugar de apariencias y falsedades, una tras otra.

Isabella no tardó en llegar a la habitación de Aynara, junto con otras doncellas que la ayudarían a vestirse.

La habitación era un caos, había mujeres por todos lados ayudándola a estar lista, entre telas y perfumes, pero su mente estaba en otra parte.

Las palabras de su madre resonaban como un eco persistente en su cabeza. Aynara se esforzaba por mantener la compostura, pero la tensión era palpable en el aire.

Isabella, con su habitual sonrisa cálida, intentó aliviar la atmósfera pesada en la habitación.

—Oh, mi princesa, hoy serás la novia más hermosa que jamás haya existido. No hay duda de que deslumbrarás a todos con tu belleza.

Aynara le dedicó una sonrisa forzada, agradeciendo el intento de Isabella por reconfortarla. Pero sus pensamientos seguían centrados en el oscuro ultimátum de su madre y en el rostro desgarrador de Rania cuando estaba encerrada en la habitación secreta.

Mientras tanto, en la habitación de Rania, el bullicio de las doncellas y las ansias de Luis eran un contraste con el torbellino de emociones que Rania experimentaba. El día que tanto temía estaba a punto de llegar, y se sentía atrapada en un juego del que no quería ser parte.

Cuando Rania salió de su habitación, vestida en los tonos más finos y elegantes, su belleza capturó la atención de todos los presentes. Luis la miró con orgullo, sin conocer los dramas que habían ocurrido en las sombras del castillo, ajeno a todo, le pidió que fuera a la habitación de Aynara, que se cerciorara de que todo marchaba bien ahí dentro.

Rania tocó la puerta un par de ocasiones, hasta que le abrieron y entró, sus ojos chocaron con los de Aynara, quien al verla vestida así tan elegante y bella no pudo más que dibujar una sonrisa en su rostro, el vestido azul que portaba resaltaba sus formas y combinaba a la perfección con sus ojos azules. Era la mujer más hermosa que había visto en toda su vida y que tal vez, vería también, eso sintió, en el fondo de su alma podía sentirlo.

—Princesa Rania, está usted muy hermosa —dijo Isabella con sinceridad, lo cierto es que en el silencio de aquellas paredes ruidosas Isabella había aprendido a apreciar a Rania también, ella, siendo la doncella más cercana a Aynara la quería casi como una hija, la había visto crecer y se daba cuenta del amor que Aynara y Rania sentían la una por la otra, así que si se podía decir, ella las apoyaba.

Aynara estaba sin aliento observándola, se encontraba sentada siendo peinada y maquillada por varias manos, pero no podía despegar los ojos de Rania, su belleza era descomunal.

—Gracias Isabella —le dijo, dándole un ligero apretón en el brazo. Otra cosa que compartía con Aynara era esa cercanía hacia quienes llamaban la servidumbre, Rania los trataba como iguales y aquello para Victoria tampoco había pasado desapercibido, no le gustaba su espíritu tan suelto, como solía decir. —Mi primo me mandó a ver que estés bien y que no necesites nada —dijo Rania intentando pasar desapercibida para todas las miradas que se encontraban en aquella habitación.

Isabella asintió con gratitud hacia Luis, agradecida de que al menos alguien más se preocupara por el bienestar de Aynara. Rania se acercó a la princesa, sintiendo la tensión que flotaba en el aire, una tensión que no pasaba desapercibida.

—¿Cómo te sientes, Aynara? —preguntó Rania en un susurro, consciente de que no podían permitirse mostrar abiertamente sus sentimientos en ese momento.

—Estoy bien, Rania. Solo quiero que todo esto termine —respondió Aynara, desviando la mirada hacia el suelo mientras Isabella continuaba con su labor.

Rania tomó la mano de Aynara con suavidad, transmitiendo un gesto de apoyo. Aunque las palabras eran escasas, sus ojos hablaban un lenguaje compartido lleno de amor y complicidad.

—Estaremos juntas después de esto, lo prometo —le susurró Rania inclinándose hacia ella, y Aynara asintió con determinación.

Isabella finalizó su trabajo, dejando que Aynara se levantara y admirara su reflejo en el espejo. El vestido de novia resplandecía en su figura, pero su mirada reflejaba una mezcla de tristeza y desesperación.

—Aynara, estás deslumbrante —murmuró Rania sin poder evitarlo, admirando a la mujer que amaba y que estaba a punto de casarse con otro, un hombre que ni siquiera entendía lo afortunado que era.

Aynara le correspondió con una sonrisa y un asentimiento ligero con la cabeza, después de hacerles una reverencia, Isabella habló.

—Es hora, princesa —anunció, mientras otras doncellas se apresuraban a preparar el camino hacia el altar.

Aynara asintió y, junto a Rania, salió de la habitación. La luz del pasillo contrastaba con la penumbra que habían compartido momentos antes. Rania la acompañó en silencio, caminando detrás, mientras avanzaban hacia su destino.

En el gran salón, la expectación estaba en el aire. Los invitados murmuraban entre ellos, se sentían vislumbrados por la belleza de Aynara, sin conocer la complejidad de los sentimientos que se escondían detrás de las elegantes vestiduras y las sonrisas forzadas. Estaban presentes los reyes de todos los reinos aliados, incluyendo a los padres de Luis y de Rania, las princesas y príncipes, artistas, científicos, la gente más influyente estaba ahí en aquella boda. Victoria lucía triunfante.

Aynara tomó su lugar, con Rania junto a las doncellas, en un gesto que desafiaba discretamente las normas, un gesto que nadie más comprendía, solo Victoria que observaba aquello con enfado.

Luis no podía creer que ahí en ese instante esa mujer que tenía a lado se iba a convertir en su esposa, en ese momento se sentía el hombre más envidiado de todos, podía notar cómo se hablaba de la belleza de Aynara, la nueva reina, pero iba a ser suya, solo de él o al menos eso creía. Había sido enseñado a que las mujeres eran también un accesorio para los reyes, uno que se tenía que presumir y no podía evitarlo, después de todo eso había aprendido también. La

ceremonia comenzó, y aunque las palabras del oficiante caían como un susurro, Aynara ya estaba sumergida en sus propios pensamientos.

El destino estaba sellado por las tradiciones y las expectativas, pero en el corazón de ambas princesas ardía la chispa de la rebelión, una llama que, a pesar de todo, prometía luchar por un amor que trascendería las sombras de un reino regido por secretos.

La ceremonia continuaba, marcada por rituales que simbolizaban la unión de Aynara y Luis. Sin embargo, sus corazones estaban en otro lugar, conectados por una promesa no pronunciada pero entendida entre miradas furtivas y manos que se buscaban en la penumbra del compromiso impuesto.

Mientras el oficiante pronunciaba las palabras que unían a Aynara y Luis en matrimonio, Rania luchaba por ocultar la angustia en su rostro. Su mirada se cruzó con la de Aynara en repetidas ocasiones, encontrando consuelo en el contacto visual que compartían.

Aynara, por su parte, mantenía la compostura en medio de las festividades, pero su mente estaba en otro lugar. Los ecos de la conversación con su madre resonaban en su cabeza, recordándole las amenazas y las consecuencias que recaían sobre su amor con Rania.

Finalmente, llegó el momento crucial en el que se intercambiarían los votos. Luis expresó sus palabras con sinceridad, mientras Aynara, con voz firme pero llena de conflicto interno, dijo las palabras tradicionales que la unían a él. Rania, desde su lugar, sentía cómo esas palabras resonaban en el aire, traspasándola, los ojos se le llenaron de lágrimas, estaba intentando contenerse pero era más difícil de lo que había pensado.

Los anillos fueron intercambiados, sellando simbólicamente el compromiso. Aynara sintió el peso de ese pequeño objeto en su mano, un recordatorio tangible de la encrucijada en la que se encontraba.

El oficiante anunció el beso que sellaría el matrimonio, y Aynara se volvió hacia Luis. Sus labios se encontraron en un gesto que, aunque cumplía con la tradición, carecía de la pasión que solo un verdadero amor podría conferir.

Rania ante eso no pudo más, con sigilo abandonó la sala, las lágrimas ya estaban saliendo una tras otra, la mujer que amaba, su mujer, acababa de casarse con su primo y solo podía pensar en lo que seguiría después, en las manos de ese hombre en el cuerpo de ella, en las noches

siguientes, en los días hasta que pudieran escapar o arreglarlo todo. Aquello la superó, llegó a la cocina donde estaba toda la comida aun sin servir y tomó una botella de vino, abriéndola y sirviéndose una copa y luego otra y otra más.

Rania, en medio de su dolor, se refugió en el amargo consuelo del vino, permitiendo que sus pensamientos se desvanecieran en cada sorbo. En la sala de banquetes, la celebración continuaba, ajena al tormento que embargaba el corazón de la princesa de Eurasia desterrada de su amor. Cuando al fin tuvo valor, Rania regresó con los invitados, aunque ya se encontraba un poco ebria.

En el salón, Aynara continuaba con las festividades, pero su mirada buscaba desesperadamente a Rania entre la multitud. Las luces brillantes y la música alegre no lograban ocultar la sombra que se cernía sobre ella. Luis, aún ajeno al conflicto interno de su esposa, intentaba guiarla en el baile, pero su mente y su corazón estaban lejos de ese salón de celebración. Llegaron al centro y como era costumbre, las familias y personas allegadas se acercaron a felicitarlos, Victoria, dando muestras de su increíble actuación, beso en ambas mejillas a su hija, deseándole toda la felicidad del mundo, Aynara le siguió el juego, imitando su hipocresía.

Rania, con la mirada nublada por el dolor y el alcohol, se acercó discretamente a la pareja real. Aynara notó su presencia y un escalofrío recorrió su espalda, ya la conocía casi a la perfección para saber que estaba ebria. Rania le ofreció una sonrisa forzada, intentando disimular la tormenta emocional que se desataba en su interior.

—Mi reina, mi rey, les deseo toda la felicidad en su matrimonio —dijo Rania con amargura en sus palabras, haciendo una reverencia y retirándose de nuevo hacia las sombras.

Aynara quería correr hacia ella, romper con todo y huir juntas, pero las miradas curiosas y las expectativas de la realeza la mantenían atada. Siguió el protocolo, sonriendo a los invitados y aceptando felicitaciones, pero su corazón estaba con ella. No podía evitar desviar de vez en cuando los ojos hacia ella, incluso cuando estaba ahí en el baile tradicional de los novios. Y tal y como lo marcaba la tradición, tenían que bailar con sus respectivos padres.

—¡Prima! —gritó Luis dirigiéndose a Rania, pidiéndole bailar con ella.

Rania, con la mirada aún nublada por la mezcla de dolor y alcohol, asintió con resignación y aceptó la invitación de Luis para el baile. Aynara, desde la distancia, observaba con angustia la

escena, sus ojos buscaban con desesperación los de Rania, pero la multitud y las formalidades del evento lo impedían.

El baile continuó con gracia, pero los movimientos de Rania eran mecánicos y carentes de alegría. Luis, ajeno al verdadero tormento que vivía su prima, intentaba guiarla con entusiasmo, pero la conexión entre ellos era superficial.

Aynara, por otro lado, se vio forzada a bailar con el padre de Luis, el Rey de la Nueva España, mientras luchaba por mantener la compostura. Cada paso en la pista de baile la alejaba más de la mujer a la que su corazón anhelaba. El vestido suntuoso y las joyas brillantes que adornaban a Aynara no lograban disfrazar la tristeza en sus ojos.

Mientras tanto, Rania, en medio del baile, luchaba por contener las lágrimas que amenazaban con escapar. La música resonaba en su mente como un recordatorio constante de lo que acababa de perder. El alcohol le confería una valentía efímera, pero en lo más profundo de su ser, el dolor seguía latente.

El baile continuó, marcando cada segundo de una noche que se suponía debía ser de celebración. Sin embargo, para las dos princesas, era una danza entre la felicidad aparente y la tristeza oculta.

Rania se separó de Luis, acercándose a Aynara, pidiendo bailar con la novia. Un poco extraño ante tal petición, el rey de Nueva España le cedió su lugar, pero Luis observaba todo extasiado, para el ambas se habían vuelto las mejores amigas.

Rania tomó la mano de Aynara con delicadeza, y puso la otra en su cintura, Aynara sintió que temblaba, juntas comenzaron a moverse al compás de la música. Aunque el resto de los invitados observaba con cierta sorpresa, las dos princesas bailaban con una conexión que iba más allá de las formalidades. Era una danza llena de sentimientos reprimidos y anhelos compartidos. Victoria miraba la escena con desagrado, pero no podía hacer nada en ese momento, tenía que mantener las apariencias.

En el centro del salón, Rania miró a Aynara con determinación, sus ojos reflejaban la tormenta de emociones que llevaban consigo. Aynara, por su parte, devolvía la mirada con amor y tristeza, reconociendo la complejidad de la situación en la que se encontraban.

—Rania, no bebas más, por favor —le suplicó Aynara susurrándole, aprovechando la cercanía y

el ruido de la música y de la gente a su alrededor bailando también.

Rania permaneció en silencio, solo observándola, en ese momento las palabras no podían salir de ella, solo quería quedarse así, por la eternidad bailando con ella. Pero como pasa con todo, la música terminó y Luis se acercó llevándose a su esposa.

Aynara se vio obligada a volver a la formalidad del evento, siendo llevada por Luis a continuar con el baile tradicional de los recién casados. Mientras tanto, Rania retrocedió hacia las sombras, observando la escena con una mezcla de dolor y resignación.

La música continuó, pero para Rania, el sonido se desvanecía en comparación con el latido pesado de su corazón. Se alejó discretamente de la multitud y se refugió en un rincón, donde podía contemplar la celebración desde la distancia. La botella de vino seguía siendo su única compañía en ese momento de soledad.

Aynara, por su parte, luchaba por ocultar sus verdaderos sentimientos. Mientras seguía los pasos de baile con Luis, sus pensamientos se desviaban constantemente hacia Rania. La presión de las expectativas y las tradiciones reales pesaba sobre ella, pero en su corazón, el deseo de liberarse y estar con la persona que amaba era más fuerte que nunca.

La noche avanzaba entre bailes y felicitaciones, pero para Aynara y Rania, estaba marcada por la tristeza y la distancia impuesta. En un momento en el que Luis charlaba con sus padres y con Victoria, Aynara aprovechó para escabullirse a donde estaba Rania, lejos de todos, en ese lugar apartado de todas las miradas y la gente.

—Rania, por favor, necesitamos hablar —susurró Aynara, acercándose a ella con precaución.

Rania asintió, sus ojos reflejaban la vulnerabilidad y el dolor acumulado.

—Lo siento, Aynara. No debería haber venido a este evento. Verlos casarse fue más difícil de lo que imaginé —confesó Rania, con la voz entrecortada.

Aynara tomó las manos de Rania con suavidad, mirándola con ternura.

—Rania, te amo, a ti, solo a ti, solo tenemos que ser cuidadosas, mi madre estará atenta a cada paso que demos, solo te pido unos días, mi amor, por ahora, necesitamos mantener las

apariencias, pero eso no cambia lo que siento por ti, tú eres mi único amor...

Rania asintió, aceptando las palabras de Aynara, pero la tristeza persistía en su mirada.

—Prométeme que esto no será para siempre. Prométeme que encontraremos una manera de estar juntas sin importar nada más.

Aynara apretó las manos de Rania con determinación, depositó un ligero beso en ellas.

—Te lo prometo, Rania. Encontraremos nuestro camino, juntas.

La promesa resonó en el aire, marcando un compromiso entre las dos princesas destinadas a enfrentar desafíos en un reino lleno de secretos y mentiras. Con esa promesa, se separaron, cada una llevando consigo la esperanza de un futuro donde su amor pudiera florecer con libertad.

La boda entonces llegó a su fin y los esposos se trasladaron a su habitación, el matrimonio tenía que consumarse.

La noche envolvía el castillo con su manto oscuro, mientras la luna lanzaba su luz plateada sobre las torres y los jardines. Aynara, vestida con la pesada pero exquisita indumentaria nupcial, caminaba por los pasillos hacia sus aposentos matrimoniales. El nerviosismo y la tensión se reflejaban en su rostro, pues aunque se encontraba comprometida con Luis por las leyes y tradiciones, su corazón, su cuerpo, todo su ser anhelaba a alguien más.

Luis, esperándola en la cama, estaba vestido con atuendos reales, listo para consumir el matrimonio. La expectación pesaba en el aire mientras Aynara salía del pequeño baño, su mirada evitaba encontrarse con la de su esposo. Rania, por otro lado, se hallaba en su propia estancia, en una mezcla de emociones, su cabeza era un torbellino.

En la habitación nupcial, las luces titilaban suavemente, creando una atmósfera íntima. Luis se acercó a Aynara con una sonrisa expectante, intentando hacer que el momento fuera lo más cómodo posible. Sin embargo, la tensión entre los dos era palpable. Aynara, luchando contra sus propios sentimientos, intentó encontrar la fuerza para seguir adelante. Sintió la boca de Luis en la de ella y apretó los ojos, su cuerpo tal vez estaba ahí, pero en su interior, en su mente, en su corazón, ella ya estaba en otro lado.

Mientras tanto, en la habitación de Rania, las velas iluminaban débilmente el espacio. Rania, con la mirada perdida en el resplandor titilante, no podía dejar de pensar en lo que estaba sucediendo ya, tenía que dejar de torturarse así, pero el alcohol no le ayudaba en lo absoluto. Se levantó de la cama, tomando la botella que había ingresado de contrabando a su habitación, bebiendo de ella. Se limpió las lágrimas, corriéndose todo el maquillaje de los ojos, que ahora lucían como si alguien le hubiera dado un golpe.

De vuelta en la habitación de Aynara, la noche nupcial avanzaba entre gestos protocolarios y palabras de afecto dichas por Luis y Aynara intentado replicarle, pero la pasión genuina no existía. Aynara, desconectada de la realidad inmediata, recordaba la promesa que había hecho a Rania y la dificultad de lo que estaba sucediendo, era más difícil de lo que nunca pensó. Su cuerpo estaba tenso, así que cada movimiento era doloroso e incómodo, quería que eso terminara lo antes posible.

En la habitación de Rania, el tiempo pasaba lentamente. Cada instante que Aynara pasaba con Luis era como una puñalada en el corazón de Rania. Decidió salir al jardín, a aquel jardín de colibríes, no podía estar ni un segundo más ahí dentro y sabía que no iba a poder dormir.

Bajo el manto de estrellas y la suave luz de la luna, Rania caminaba entre los senderos del jardín. Sus pasos resonaban en la quietud de la noche, mientras las lágrimas se confundían con la frescura del viento nocturno. Las sombras danzaban en las paredes del castillo, pero Rania anhelaba la oscuridad, quería perderse en ella, lejos de la realidad que la aprisionaba.

En la habitación de Aynara, la noche nupcial avanzaba inexorablemente. Cada momento con Luis era una farsa, una representación de la felicidad que debía sentirse en esa unión. Mientras la promesa de amor verdadero se desvanecía en cada gesto, Aynara se sentía atrapada en un laberinto de mentiras.

Rania, en el jardín, se sentó en un banco bajo la sombra de un antiguo árbol. Miró hacia el cielo estrellado, buscando respuestas en las constelaciones. La botella de vino seguía siendo su única compañía, y cada sorbo parecía alejarla temporalmente del dolor que la embargaba.

De vuelta en la habitación nupcial, Aynara, al notar la ausencia de Rania, al saber que quien la tocaba y la besaba no era ella, comenzó a sentir el peso de la soledad en medio de la intimidad conyugal. La complicidad y el amor compartido en la promesa con Rania se desvanecían en la

realidad del lecho matrimonial. Aynara cerró los ojos, derramando algunas lágrimas y al fin todo terminó, un Luis agitado se recostó a su lado, llenándola de palabras de amor y quedándose dormido, a Aynara le costó un poco más de trabajo conciliar el sueño.

Mientras Rania se sumía en sus pensamientos, un murmullo distante y alegre llegó a sus oídos. Se acercaba un grupo de invitados que, a diferencia de ella, aún buscaban la celebración y la diversión en la noche. Entre ellos se encontraba un apuesto príncipe de una tierra vecina, que notó la presencia solitaria de Rania bajo la luz de la luna.

El príncipe se acercó con una sonrisa amistosa, capturado por la belleza de Rania, observó sus ojos rojos y la copa de vino y sin decir nada al respecto, agregó.

—¿Te gustaría acompañarnos? La noche es joven, y la diversión no ha hecho más que comenzar —dijo el príncipe, con un tono jovial.

Aunque inicialmente reticente, Rania, seducida por la idea de escapar temporalmente de su dolor, aceptó la invitación. Se unió al grupo de nobles que, a pesar de la hora avanzada, aún buscaban la euforia y la música.

La fiesta continuó en el castillo de uno de los príncipes vecinos, y Rania que aunque había dejado por unos meses ese mundo, era experta en ello, se vio envuelta en un torbellino de bailes y risas. Los príncipes y princesas, en su afán de celebrar, hicieron que la noche se prolongara hasta las primeras luces del amanecer.

Rania, en medio de la algarabía, intentaba dejar atrás las sombras que la atormentaban. Bailó, rio y compartió historias con los demás invitados, dejando que la música y la compañía efímera disiparan por un momento su pesar. La mañana llegó con la luz del sol tiñendo el horizonte. La fiesta, ahora en su punto álgido, continuaba en los jardines vecinos, Rania, cansada y con la resaca del vino que la acompañó toda la noche, se encontró entre risas y rostros conocidos y desconocidos.

El príncipe que la había invitado, aún encantado por su presencia, se acercó y le propuso dar un paseo por los jardines bajo la luz del día. Rania aceptó, todavía tenía demasiado alcohol en el cuerpo y una caminata le haría bien, se dijo.

—Tú no eres de por aquí, ¿verdad? —Preguntó el príncipe con interés, fijándose en sus ojos

azules y su cabello pelirrojo, su piel blanca resplandecía en el sol. —Eres de Eurasia, ¿cierto?

Rania asintió con una media sonrisa.

—En realidad soy de todos lados —bromeó.

El príncipe rio también y en un momento se acercó a ella, intentando besarla o más bien robándole un beso en el intento.

—Yo... no... no... —Rania se hizo para atrás con rapidez.

—Lo... lo siento —replicó el príncipe— pensé que querías pasar un buen momento... —Rania lo observó por primera vez poniéndole atención, era un príncipe muy bien parecido, su piel apiñonada reflejaba juventud, era muy alto y podía notarse lo atlético de su cuerpo, su cabello corto y negro lucía desordenado, sus ojos eran pequeños pero expresaban mucho. Tal vez en otro momento, tal vez en otra vida, tal vez si le gustaran los hombres, pensó aun con el alcohol corriendo por sus venas.

—Tengo que irme —dijo con el tono apresurado mientras caminaba dirigiéndose al castillo vecino, aquel castillo que guardaba ese amor prohibido que en ese momento sentía la estaba haciendo perder la razón.

Rania se adentró en el castillo, tratando de escapar de la incómoda situación con el príncipe y, al mismo tiempo, de las emociones que la atormentaban. Cada paso resonaba en los pasillos, y su mente estaba llena de pensamientos tumultuosos sobre la noche anterior y el amor que sentía por ella.

Al llegar a la sala principal, los sirvientes la recibieron con gestos respetuosos, pero Rania apenas los notó mientras se dirigía hacia su habitación.

Al entrar ahí, Rania se topó con Victoria, con su mirada aguda pudo percibir el rostro de Rania, que le hablaba de la borrachera del día anterior, la miraba con frialdad.

—Espero que hayas disfrutado de tu noche de fiesta. Pero recuerda tu lugar, Rania. Este matrimonio es crucial para la estabilidad de nuestros reinos. Debes comportarte como una princesa y dejar de lado tus impulsos infantiles.

Rania rodó los ojos.

—Victoria, no tengo tiempo para tus juegos. Déjame en paz, yo no te tengo miedo —le dijo señalándola con el dedo

Victorio rio con falsedad.

—Tu cara la noche pasada no me dijo lo mismo, querida. ¿Quieres que llame a los guardias de nuevo?

Tengo el poder de desaparecerte en cualquier momento si me desafías, aprende de Aynara, que finalmente hizo lo que se esperaba de ella.

Rania tragó saliva ante el comentario.

—Si me desapareces mis padres van a saber que algo me pasó, ¿recuerdas tus alianzas?

—Vamos Rania, ambas sabemos que no puedes importarle menos a tus padres.

Rania apretó el puño, si pudiera en ese mismo instante...

—Pero sí, las alianzas son importantes. Ahora compórtate como lo que eres —le dijo, mientras le daba una palmada en el hombro y se marchaba de ahí.

Rania se quedó allí, con la rabia ardiendo en su interior. Victoria, la mujer que representaba todo lo que ella odiaba de aquellos reinos, parecía disfrutar cada momento de su tormento. Pero Rania sabía que no podía dejarse vencer por la ira. Respiró profundamente, tratando de controlar sus emociones, caminó hacia su habitación, necesitaba darse una ducha de inmediato.

...

En la habitación nupcial, Aynara se preparaba para el nuevo día. El vestido de novia y la corona de flores aún adornaban la habitación, recordándole la farsa en la que estaba atrapada. Luis al fin despertó, mostrando una mezcla de alegría y satisfacción por la noche anterior.

—Mi amor, anoche fue mágico. Estoy feliz de haberte hecho feliz —dijo Luis con una sonrisa radiante.

Aynara asintió débilmente, incapaz de mirarlo directamente a los ojos. Luis se acercó, dándole un beso en la mejilla, pues Aynara había girado el rostro un poco. Se levantó, dirigiéndose hacia el baño y aprovechando que se estaba dando una ducha, Aynara salió de la habitación, necesitaba aire o se iba a asfixiar ahí.

Al salir a lo lejos observó a Rania caminando por los pasillos, lucía desaliñada, con la ropa del día anterior, Aynara frunció el ceño al verla, ¿qué estaba ocurriendo?

Aynara, sin pensarlo, se apresuró a alcanzar a Rania, cuestionando con la mirada lo que veía. Rania levantó la vista al notar la presencia de Aynara, sus ojos reflejaban una mezcla de tristeza y desesperación.

—Rania, ¿qué está pasando? ¿Por qué estás así? —preguntó Aynara, preocupada.

Rania la observó, vestida aún con el camisón, desvió la mirada de ella. No pudo evitar que el enojo acumulado por Victoria y por todo lo anterior, por el alcohol, la resaca, la abrumara, descargándolo en Aynara al verla así.

—¡Puedes dejarme en paz de una vez! —alzó la voz. Aynara frunció aún más el ceño, sin entender nada. —Regresa a con tu esposo, ahí es donde perteneces, ¿no? —espetó—Yo... yo solo quiero que me dejen en paz. —volvió a decir Rania dejando a una Aynara ahí parada, mientras ella se dirigía a su habitación.

Aynara se quedó inmóvil, sorprendida por la reacción de Rania. Sus palabras resonaban en el

pasillo, dejando una sensación de amargura en el aire. La confusión se apoderó de Aynara, incapaz de comprender el repentino cambio en el comportamiento de la mujer a la que amaba.

Con paso vacilante, Aynara decidió seguir a Rania hasta su habitación. La puerta estaba entreabierta, y al entrar, encontró a Rania frente a un espejo, mirándose a sí misma con desprecio.

—Rania, por favor, necesitamos hablar. No entiendo qué está pasando —suplicó Aynara, intentando acercarse con cuidado.

Rania se giró bruscamente, con una expresión de dolor en su rostro.

—¿No entiendes qué está pasando? ¿En verdad dices eso? ¡Lo que está pasando es que todo esto es una farsa, Aynara! Nosotras, este castillo, los reinos... todo es una ilusión que nos ahoga. Y tú... tú tienes que seguir con tu esposo, seguir la farsa como si nada estuviera mal —dijo Rania con amargura.

Aynara se acercó más, su corazón latía con fuerza, sintiendo el abismo que se abría entre ellas.

—Rania, lo siento, yo, yo quiero estar contigo, solo tenemos que buscar una solución, te juro que... —intentó explicar Aynara, con lágrimas en los ojos.

Rania soltó una risa sarcástica.

—¿Solución? No hay solución en un mundo que nos quiere separar. Eres una princesa, Aynara, y yo... yo también... nacimos siéndolo, nacimos con un destino hecho... —la voz de Rania se entrecortó, parecía resignada.

Aynara tomó las manos de Rania con desesperación.

—No te rindas, por favor. Encontraremos una manera de estar juntas, pero necesitamos tiempo y...

Rania apartó bruscamente las manos de Aynara y la miró con dureza.

—No sé si puedo esperar más tiempo, no sé cuánto más podré soportarlo, verte con él, que te toque, que te bese delante de mí...

Aynara tragó saliva, sabía que aquello, esa maldita boda había sido mucho más difícil de lo que había pensado para Rania, para ella misma, quería consolarla y prometerle que iban a estar juntas, quería abrazarla, Rania no la dejó hablar...

—Ahora es mejor que te retires, tu esposo o tu madre pueden notar que estás aquí —le dijo con la voz seria.

Aynara sin poder en ese momento hacer nada más, asintió con tristeza, saliendo de su habitación y sintiendo que una lágrima le caía por la mejilla.

—¿Dónde estabas, Aynara? —preguntó Luis, con una mirada inquisitiva, se encontraba afuera de la habitación cuando ella llegaba también.

Aynara, con la mirada nublada por las lágrimas, luchó por encontrar las palabras adecuadas para explicar la situación. Luis la miraba con expectación, notando la angustia en su rostro.

—Luis, por favor, necesito tiempo para entender todo esto. No es fácil para mí, y necesito espacio —dijo

Aynara con sinceridad, evitando mirarlo directamente a los ojos.

Luis frunció el ceño, confundido y preocupado por la extraña situación. La tensión en el pasillo era palpable cuando Aynara se alejó, dejándolo con más preguntas que respuestas.

Capítulo 8. La reina de Nuevo México

Aynara de alguna manera había encontrado la forma de salir de esa situación sin que su madre se enterara, después le había explicado a Luis que estaba así por la boda y por su inminente designación como la nueva reina de Nuevo México, aquello la tenía abrumada. Luis, no teniendo aun motivos para dudar de sus palabras le creyó, comprendiendo que todo lo que estaba sucediendo era demasiado para ella.

Él como su esposo y ahora como rey también, tenía muchas cosas de las cuales encargarse, por supuesto que el mando lo iba a tener ella como hija directa del rey muerto, pero él, al haberse casado, también tendría responsabilidades de las que encargarse.

Aquel día era el día indicado, el día de la ceremonia que la nombraría finalmente la reina de Nuevo México.

La ceremonia de coronación se llevó a cabo en el impresionante salón del castillo, decorado con ricos tapices y banderas reales. Grandes candelabros colgaban del techo, iluminando la sala con una luz dorada que resaltaba la majestuosidad del evento.

La audiencia se encontraba vestida con trajes ostentosos, creando una atmósfera de solemnidad y elegancia. La audiencia estaba conformada por los reyes de los reinos aliados, todos y cada uno, así como los príncipes y princesas, y todas las personas influyentes y aliadas, todos invitados de honor. Era la presentación de Aynara ante el mundo, Nuevo México se había convertido desde años atrás en uno de los reinos más importantes, así que aquel evento era fundamental.

Los suntuosos trajes de los asistentes destacaban en la sala, una paleta de colores que reflejaba la diversidad de los reinos reunidos. Joyas resplandecientes y telas finas conferían un aire de opulencia a la ceremonia, cada detalle meticulosamente planificado para honrar la ocasión.

Los grandes candelabros colgaban majestuosamente del techo alto, bañando la sala en una luz dorada que destacaba los detalles ornamentales del salón. Los murmullos de los nobles y aristócratas llenaban el aire, mientras esperaban con anticipación el momento cumbre de la ceremonia.

El trono real estaba ubicado en un estrado elevado, adornado con telas lujosas y el escudo de Nuevo México.

Aynara, con su vestido ceremonial de blanco y oro, se encontraba en el centro de la atención. Su presencia irradiaba una mezcla de gracia y responsabilidad, la futura líder de Nuevo México. Luis, a su lado, compartía la mirada expectante de los presentes, consciente de la importancia del evento.

Victoria levantó la corona real, resplandeciente con gemas incrustadas, y se acercó a Aynara. La sala quedó en silencio mientras Victoria colocaba la corona sobre la cabeza de su hija, simbolizando la transición del poder.

Aunque la relación entre ellas estaba tensa, la formalidad del evento prevalecía.

—Aynara, hija mía, es el momento de asumir tu deber como reina. Que esta corona sea tu guía y tu responsabilidad —dijo Victoria con solemnidad, colocando la corona en la cabeza de Aynara.

A medida que la corona se posaba en la cabeza de Aynara, la sala estalló en aplausos y vítores, marcando el inicio de una nueva era para Nuevo México. Los nobles presentes inclinaron la cabeza en señal de respeto, y los músicos aumentaron la intensidad de sus melodías festivas.

Aynara se mantuvo en pie con gracia, pero su mente estaba en otro lugar. Aunque asumía su papel con dignidad, sus pensamientos se dirigían hacia Rania y las complicaciones que su corazón enfrentaba. Tuvo que expresar sus juramentos y agradecimientos a la corona recién colocada en ella.

La ceremonia alcanzó su apogeo con la emisión de los votos de lealtad y protección por parte de los nobles y representantes de los reinos aliados y como era costumbre ofrecieron sus regalos a la recién nombrada reina y al reino de Nuevo México.

Prendas de la mejor tela que podía existir, joyas de un valor incalculable y objetos de arte magníficos fueron presentados a Aynara como muestra de respeto y alianza. Cada regalo llevaba consigo la historia y la tradición de los reinos que los ofrecían, contribuyendo a la riqueza cultural de Nuevo México. Hasta que una decena de doncellas jóvenes desfilaron enfrente de Aynara, haciéndole una reverencia tras otra, también eran un regalo para ella. Aynara cruzó mirada con ellas y los ojos de estas marcaban eso que a ella le incomoda, una veneración

absoluta, viéndola como un ser superior, la corona les daba ese poder a quien la portaba, ni siquiera entendía cómo podía permitirse que regalaran a doncellas de esa manera.

A diferencia de todos, a Aynara le incomodaba todo eso en gran medida. Y no pudo evitar notar en un par de doncellas aquello a lo que Rania se había referido una vez, esa mirada, mirada que le decía que esas doncellas eran como ella, como Rania. Aunque su mirada a quien buscaba era a ella, a la princesa de ojos azules más hermosa que podía existir, pero no estaba por ningún lado, no la veía entre la multitud.

Sintió un hueco en el corazón, quería arreglar las cosas con ella, no soportaba estar así.

Por su parte, Luis, a su lado, también recibía muestras de reconocimiento y regalos de los reinos aliados. Era una ocasión en la que las alianzas se fortalecían, y los lazos entre Nuevo México y sus vecinos se estrechaban aún más.

Entre los regalos, destacaba una corona de esmeraldas y zafiros, diseñada con maestría, que representaba la unión de la tierra y el cielo. Era el regalo de Nueva Florencia, simbolizando la conexión entre Nuevo México y sus aliados distantes.

Después de la presentación de regalos, la celebración continuó con bailes y entretenimientos y Aynara aprovechando el bullicio y que Luis y su madre platicaban con algunos reyes, príncipes y princesas, logró escabullirse, necesitaba respirar, necesitaba aire fresco. Y fue al mejor lugar para lograr calmar su mente y corazón agitados, a su amado jardín de colibríes. Con pasos decididos, atravesó los pasillos del castillo hasta llegar a los serenos jardines, donde la luz se filtraba entre las ramas de los árboles.

Mientras Aynara se adentraba en el jardín de colibríes, la suave brisa de la tarde acariciaba su rostro. Las flores perfumaban el aire, creando un ambiente mágico que contrastaba con la solemnidad de la ceremonia. Al llegar al rincón donde la fuente destellaba con la luz del atardecer, encontró a Rania mirando pensativa el agua que caía en cascada.

—Rania —llamó Aynara con ternura al acercarse, pero Rania apenas la miró. También un poco avergonzada por haber desquitado todo su enojo y frustración en ella, al final de cuentas Rania entendía lo complicado que era todo también para Aynara y ella la amaba, eso estaba por encima de todo.

—No deberías estar aquí, Aynara. La ceremonia es tu momento, tu día como reina. No deberías estar perdiendo tu tiempo conmigo —dijo Rania, evitando el contacto visual.

Aynara se detuvo frente a ella, tomando suavemente las manos de Rania para obligarla a mirarla.

—Mi día como reina no tiene sentido si no puedo compartirlo contigo. En realidad nada lo tiene, sabes que esto, la corona, no me interesa en lo absoluto...

Rania la observó vestida así, como la nueva reina de Nuevo México y no pudo evitar dibujar una sonrisa, sonrisa que mezclaba emociones, por un lado le parecía que Aynara no podía estar más guapa, aquel maquillaje que portaba no hacía más que realzar su belleza natural, sus ojos se veían más grandes que nunca, su boca solo la invitaba a llenarla de besos y su ropa la hacían lucir como una revelación. Y por otro lado estaba la tristeza y frustración de saber lo que esa corona en su cabeza significaba para ellas.

Rania con un suspiro se liberó de las manos de Aynara.

—Rania, por favor, háblame —suplico Aynara con la voz en un hilo —no me castigues así, tú no... por favor.

Rania cerró los ojos, ver así a la mujer que amaba le rompía el corazón, resopló...

—Es que Aynara... este mundo, todo, nos separa. No puedo ser parte de tu vida pública y noble. No puedo ser quien comparta tu trono. Es tiempo de aceptar eso.

Aynara luchó contra las lágrimas que amenazaban con escapar.

—No te pido que compartas el trono, solo te pido que compartas mi corazón. Rania, te amo, y no dejaré que nada ni nadie nos separe.

Rania abrió los ojos, sintiendo la verdad en las palabras de Aynara, encontrándose con los ojos de esta, llenos de lágrimas.

—Tal vez... nuestro amor es un sueño imposible en este mundo, Aynara. No quiero ser la causa de que sacrifiques todo por mí.

—No es un sacrificio si es contigo, Rania. Encontraremos una manera de superar todo esto. Yo solo... te necesito a mi lado —declaró Aynara con determinación.

Rania, con la mirada aún llena de dudas, se permitió un momento de silencio antes de responder.

—Aynara, tal vez ha llegado el momento de ser realistas y aceptar que aunque nuestro amor es hermoso, no puede existir en este reino. Quizás en otra vida. Tal vez tengo que regresar a mi vida en Nueva Florencia, tal vez eso es lo mejor... —dijo con la voz entrecortada, las lágrimas comenzaban a salir.

Aynara no estaba dispuesta a aceptar esa resignación.

—No, no, Rania, por favor... no habrá otra vida si no luchamos por esta. Juntas —Aynara sonaba desesperada— ¿Me prometes que intentaremos encontrar un camino? Solo eso, intentarlo tú y yo, no te des por vencida, por favor, prométemelo —Suplicaba, con las manos de Rania entre las suyas, sintiendo que temblaban, así como ella lo hacía.

Rania la miró con tristeza, pero finalmente dejó que su alma hablara, dejó que el amor que sentía y que era más fuerte que lo que sus palabras decía, ganara, con calma, asintió con un suspiro.

—Lo prometo.

Aynara acarició suavemente la mejilla de Rania con el dorso de sus dedos, sellando la promesa con un gesto lleno de amor y ternura. Sabían que el camino sería difícil, pero estaban dispuestas a enfrentarlo juntas. La besó, diciéndole con ese beso cuanto necesitaba sentirla, ambas lo hicieron, dejaron que aquel beso secreto dijera todo eso que necesitaba ser expresado.

Cada una regresó por su cuenta al castillo, Aynara incorporándose a la ceremonia disculpándose por haberse retirado al baño y Rania con sus padres, no había estado presente en toda la ceremonia, pero estos la habían llamado y tuvo que ir la última parte antes de que el evento terminara.

Finalmente la ceremonia concluyó y lo peor venía de nuevo para Aynara, tener que compartir otra noche con Luis. Aunque esa ocasión no fue tan horrible como la anterior, por supuesto que fue mala y no sintió nada más que incomodidad, pero al menos la conmoción por ser la primera vez con él no estuvo presente como lo estuvo la noche de bodas. Y también había otra cuestión que aliviaba a Aynara, Luis a partir del día siguiente tendría que ocuparse de muchos asuntos, incluso viajar fuera de Nuevo México, por lo que por algunos momentos al menos sería libre.

La mañana siguiente trajo consigo nuevas responsabilidades para Aynara como reina. Reuniones, audiencias y decisiones que marcarían el rumbo de Nuevo México. Sin embargo, a pesar de sus deberes, su mente siempre volvía a Rania; la princesa de ojos azules se había convertido en el faro que iluminaba su vida, y estaba decidida a luchar por su amor, a pesar de todo, incluso del reino y de su madre

A medida que los días transcurrían, Aynara y Rania exploraban estrategias para mantener su relación en secreto. Encuentros clandestinos en el jardín, mensajes codificados y miradas furtivas se convirtieron en su forma de comunicación. Sin embargo, la tensión persistía, ya que sabían que cualquier descuido podría ponerlas en peligro.

El amor entre Aynara y Rania florecía en medio de la adversidad, pero los vientos de la intriga y la traición se cernían sobre ellas. En su búsqueda por la felicidad, las princesas estaban a punto de enfrentar desafíos que pondrían a prueba no solo su amor, sino también su capacidad para cambiar el destino de un reino arraigado en la tradición y las expectativas reales.

Aynara tenía a un séquito de sirvientes a su disposición, incluidas las doncellas nuevas, por supuesto que Isabella no había perdido el favoritismo de Aynara, pero ahora como reina tenía a más personas a su servicio. A Aynara le parecía excesivo, demasiado presuntuoso y ostentoso todo lo que la rodeaba. Dentro de esas doncellas había dos en particular, una que Aynara podía notar intentaba acercarse a ella más de la cuenta, aunque ella siempre la evitaba y otra que se había dado cuenta que no le quitaba los ojos de encima a Rania. Sucedió una ocasión en la había encontrado a Rania con la doncella en el jardín, no el suyo, el de colibríes, sino el principal, y aquello desató en ella unos celos que hasta el momento desconocía sentir.

Una suave brisa mecía las hojas de los árboles en el jardín principal mientras Aynara caminaba con gracia entre las flores. Sus ojos buscaban la serenidad que solía encontrar en los árboles,

pero algo en el aire parecía tenso. A lo lejos, entre los arbustos, notó una figura conocida.

Se acercó con cautela y, entre las sombras de las ramas, presencié una escena que la dejó sin aliento. La doncella, con manos temblorosas, colocaba con delicadeza un exquisito collar alrededor del cuello de Rania. Las miradas entre ambas irradiaban simpatía, sabía que Rania ahí en esos momentos de soledad había entablado una amistad con aquella joven, y, para Aynara, fue como si el mundo se detuviera.

La sensación de celos la envolvió como una tormenta, y su corazón latía con fuerza. No entendía por qué aquel gesto aparentemente inocente le provocaba tanto dolor. Los ojos de la doncella brillaban con admiración, podía notar lo que sus ojos expresaban, a la doncella le gustaba Rania, mientras esta le agradecía con una sonrisa sincera.

Al notar la presencia de Aynara, Rania alzó la mirada y encontró los ojos de la reina, sus ojos azules conectaron con los de Aynara, notó su expresión, la conocía a la perfección, estaba molesta, ¿celosa, tal vez? Se preguntó.

—Oh, Aynara, no sabía que estabas aquí —dijo Rania con una sonrisa nerviosa, apartándose de la doncella.

La doncella, por su parte, mostró un gesto de respeto y se retiró discretamente, Aynara la miraba fulminante, pero la ignoró cuando se despidió, las dos princesas se quedaron a solas.

Aynara, luchando contra la mezcla de emociones en su interior, dio unos pasos más cerca de Rania.

—No quería interrumpir. Parecía un momento... especial —murmuró Aynara, sin poder ocultar la tensión en su voz.

Rania bajó la mirada, como si sintiera la incomodidad en el aire.

—Fue solo un regalo, un gesto amable la doncella. No tiene mayor significado —intentaba explicarle lo que era cierto, aunque había desarrollado una amistad con ella y podía notar los ojos de la doncella cuando la observaba, la verdad era que Rania no sentía más que un aprecio, aquella doncella llamada María, se había convertido en un refugio amistoso en medio de la soledad de ese enorme castillo, de cuando no podía estar con Aynara. Pero la única que estaba en su corazón, a la única que amaba y deseaba con todo su ser era a ella, solo a ella. Por supuesto

que notaba la belleza de la doncella, pero solo eso, no llegaba a nada más.

Aynara quería creer en esas palabras, pero la sombra de los celos y la inseguridad seguían latentes en su interior. Una única pregunta resonaba en su mente: ¿había perdido a Rania en medio de su lucha por el trono y la igualdad? La incertidumbre se apoderó de ella.

Le pidió a Rania que caminaran hacia el jardín de los colibríes, alejándose de las posibles miradas curiosas. Y eso hicieron, Rania sentía la tensión que provenía de Aynara. Llegaron al jardín y después de un silencio que lució incómodo Aynara habló.

—¿Te gusta? —preguntó de pronto Aynara, intentando reprimir lo que estaba sintiendo, esos celos que nunca había sentido.

Rania, percibiendo la incomodidad en la voz de Aynara, se sorprendió por la pregunta directa. Sus ojos se encontraron, y la mirada intensa de Aynara dejaba entrever sus verdaderos sentimientos.

—¿Qué? —comenzó a decir Rania sin comprender muy bien, hasta que lo entendió— ¡Dios, no! Aynara, ella es solo una amiga, una doncella agradable con quien comparto algunas conversaciones. No hay nada más entre nosotras, te lo prometo, yo, ¡Dios, no! ¿Cómo puedes pensar eso, mi amor? —Rania se acercó, tomando las manos de Aynara entre las suyas, buscando disipar las dudas de Aynara.

Aynara, al escuchar esas palabras, sintió un alivio en su pecho. El manto de incertidumbre comenzó a desvanecerse, y una sensación de seguridad volvió a su ser.

—Lo siento, Rania —respondió pesadamente, agachando la cabeza, recargándola en las manos de ambas—Es solo que... estos sentimientos son nuevos para mí, y me asustan un poco y el hecho de perderte... —confesó Aynara, buscando la comprensión de su amada.

Rania sonrió con ternura, alzando el rostro de Aynara y acariciando suavemente la mejilla.

—No, Aynara, no vas a perderme. Mi corazón solo te pertenece a ti. No siento más que amistad por ella. Eres la única que ocupa mi corazón de esa manera —declaró Rania, besando las manos de Aynara, intentando demostrarle la verdad de sus palabras.

Aynara sonrió, sintiendo que un peso de su alma se le quitaba de encima.

—Así que mi reina es celosa —comenzó a bromear Rania, al notar que el ambiente entre ambas se relajaba.

Aynara negó con el rostro, avergonzada se sonrojó. Por fin comprendió lo que Rania sentía cada que la veía al lado de Luis, se maldijo por no poder detener eso.

—Cuando la vi tocándote el cuello, juro que quería matarla —se sinceró, haciendo que Rania soltara una carcajada.

Juntas, todo era más sencillo, como si las cosas complicadas que las rodeaban desaparecieran de pronto, solo para concentrarse en ellas, en lo que sentían, en su amor.

En el tranquilo jardín de colibríes, las dos princesas renovaron sus votos de amor y lealtad. Aynara, todavía aprendiendo a manejar sus propios sentimientos, se aferraba a la certeza de que, con Rania a su lado, podría superar cualquier obstáculo que se interpusiera en su camino.

Capítulo 9. El plan

Aynara, como recién coronada reina, decidió poner su plan en marcha. Su visión para Nuevo México iba más allá de las antiguas tradiciones y normas restrictivas. Quería un reino donde la igualdad y la paz florecieran, donde las personas tuvieran mejores condiciones de vida y donde el amor no fuera dictado por las etiquetas reales. Esa era su apuesta.

Descubrió que siendo reina tenía acceso a cosas que ni siquiera había imaginado, no solo el poder de mandar y tener a tantas personas a su completa disposición, que era lo que menos le importaba, si no todo ese conocimiento en libros, el acceso a personas, consejeros de reyes se llamaban, a quienes podía consultar.

Con cada día que pasaba, Aynara se sumergía más en las complejidades de la política y la administración del reino. Había entramados, entramados muy complejos, secretos escondidos en esos castillos, uno peor que el otro y dentro de todo eso comenzó a encontrar la verdad el matrimonio de su padre fallecido y de su madre, la despiadada Victoria. Por supuesto que todo esto lo desconocía Victoria, Aynara había aprendido a moverse en las sombras, ocultándose de su madre y de sus espías leales.

El sol se ponía en el horizonte mientras Aynara se paraba frente al imponente castillo, mirando hacia la multitud reunida en la plaza del pueblo. Ciudadanos de todos los rincones de Nuevo México se congregaban para escuchar las palabras de su nueva reina. El murmullo ansioso se desvaneció cuando Aynara alzó la mano, indicando que estaba lista para hablar.

—Mis amados ciudadanos de Nuevo México —comenzó Aynara, su voz resonando con firmeza y calidez—, hoy marca el comienzo de una nueva era para nuestro reino. Como su reina, tengo el deber y la determinación de guiar a nuestro pueblo hacia un futuro lleno de prosperidad, igualdad y paz.

Aynara delineó sus planes para mejorar las condiciones de vida de los ciudadanos, formular nuevas leyes que protegieran sus derechos y promover la equidad en todos los aspectos del reino. Habló de construir escuelas, mejorar la atención médica y asegurar que cada individuo, independientemente de su origen, tuviera la oportunidad de prosperar.

Rania la escuchaba desde dentro del castillo y sintió una ráfaga recorrerla, la amaba, amaba su determinación, sus ganas de hacer el mundo un lugar mejor, pero sabía que aquello podía traerle peligro, ella conocía a los reinos y ninguno, al menos de los que conocía, quería perder el mínimo poder para dárselo a su pueblo.

Mientras Aynara pronunciaba sus palabras cargadas de esperanza y cambio, Rania observaba desde una ventana en el castillo, sintiendo una mezcla de admiración y preocupación por la audaz decisión de su amada. Rania sabía que las transformaciones propuestas por Aynara desafiarían las normas establecidas y despertarían la resistencia de aquellos que preferían mantener el statu quo.

La multitud respondió con vítores y aplausos, pero no todos estaban contentos. Entre la audiencia, algunos nobles y representantes de reinos vecinos intercambiaron miradas de desaprobación.

En las sombras del castillo, Victoria se enteró de la asamblea improvisada. Su rostro se endureció, y la furia brilló en sus ojos. Había sido desconocedora de los planes de su hija y ahora se sentía desafiada, como si el trono que ella tanto había codiciado estuviera siendo arrebatado por las ambiciones progresistas de Aynara.

¿Quién se creía esa mocosa malcriada para desafiarla así? Victoria iba a atacar, eso no se iba a quedar así, lo sabía muy bien.

La asamblea finalizó y Aynara se sentía satisfecha, había algunos consejeros y miembros de la corte que la apoyaban, no eran mayoría, por supuesto que no, pero en ese momento ella era la reina y su palabra era ley.

La puerta del salón donde se encontraba se abrió intempestivamente, era su madre, Victoria y con el rostro enrojecido comenzó a hablar.

—¿Recuerdas lo que sucedió la última vez que osaste desafiarme, hija mía? —le preguntó con rabia, trayendo el recuerdo de la amenaza de encerrar a Rania, cuando el guardia se la llevó encerrándola en las habitaciones secretas inferiores.

Aynara enfrentó la mirada desafiante de su madre, sin retroceder ante la intensidad de sus palabras. A pesar de la furia de Victoria, la nueva reina mantenía la calma y la determinación en

su mirada. Tal vez, solo tal vez aquello que Victoria había deseado -que Aynara subiera al reino- al mismo tiempo podía ser su perdición. Estaba tan cerca de descubrir los secretos de su madre, tan cerca, solo tenía que esperar un poco más.

—Madre, estas decisiones son por el bien del reino. No puedo permitir que nuestras tradiciones anticuadas impidan el progreso y la igualdad que tanto necesitamos —respondió Aynara, intentando tranquilizar el ambiente.

—Así que lo que pueda sucederle a esa... libertina no te interesa en lo absoluto —dijo Victoria, refiriéndose a Rania.

—Rania no es una "libertina" —Aynara se puso de pie— no voy a permitirte que te expreses mal de ella. Libertino tampoco es el deseo de mejorar nuestras vidas. No entiendo por qué te opones a algo que beneficiaría a todos en este reino, madre —contestó Aynara con determinación.

Victoria apretó los dientes con fuerza, y su mirada desafiante se intensificó.

—No te equivoques, Aynara. Esto no es por el bien del reino, es un capricho tuyo, y no voy a permitir que arrastres nuestro linaje por el fango con tus ideas absurdas.

Aynara frunció el ceño, consciente de las amenazas encubiertas en las palabras de su madre. Sin embargo, la joven reina estaba decidida a cambiar el rumbo de Nuevo México.

—Mi deber como reina es trabajar por el bienestar de nuestro pueblo, y eso es precisamente lo que haré, incluso si eso significa desafiar las tradiciones obsoletas y los caprichos de unos pocos. La era de gobernar por miedo ha terminado, madre.

Victoria, furiosa, dio un paso hacia Aynara.

—Te estás precipitando hacia tu propia destrucción. La debilidad no tiene lugar en el trono.

Aynara mantuvo su compostura y, con un tono más tranquilo, respondió:

—No confundas la compasión y la justicia con debilidad, madre. Mis decisiones están basadas en la creencia de que todos merecen una vida digna y llena de oportunidades. Si eso me lleva a mi "destrucción", como dices, al menos será por un propósito noble.

—Veamos si opinas lo mismo cuando esa destrucción no sea solo tuya, hija mía.

Victoria, incapaz de contener su enojo, se retiró de la sala con un último vistazo desafiante a su hija.

Aynara sabía que la batalla apenas comenzaba, resopló, llevándose las manos a la cara. Rania, en su mente fue lo primero que se posó, tenía que cuidarla ahora más que nunca.

...

—Creo que estoy a punto de encontrar algo muy grande en contra de mi madre y no sé si de mi padre también —le confesó a Rania, ambas se encontraban en la habitación de Rania, Aynara tenía la cabeza recostada en las piernas de Rania, quien le acariciaba la larga melena negra y ondulada con devoción.

Rania frunció el ceño, continuó acariciando el cabello de Aynara con ternura.

Aynara se incorporó, apoyándose en un codo mientras sostenía la mirada de su amada.

—Sabes que te amo, ¿verdad? No quiero que te lastimen por mi causa, no voy a permitirlo...

Rania sonrió con complicidad, la amaba como nunca imaginó que podría amar a alguien.

—Y yo te amo, Aynara. No importa lo que descubras, enfrentaremos juntas cualquier desafío que se presente. ¿A qué te refieres con lo de tu madre? —preguntó interesada.

—Creo que mi madre chantajeaba a mi padre con algo, obligándolo a hacer exactamente lo que ella quería, un poco lo que pretende hacer conmigo; esos documentos revelan cosas, hay cartas faltantes, tengo que encontrarlas. ¿Sabes? Siempre intuí que mi padre no la amaba o al menos no como debería ser y que ella ni siquiera sentía cariño por él, ni por mí y a estas alturas creo que por nadie. No tengo un solo recuerdo de ella abrazándome o dándome un beso o alguna palabra de aliento —la voz de Aynara se quebró un poco, aunque aquello ya no le dolía tanto como antes, aún le costaba hablar del desamor de su madre hacia ella.

Rania acarició suavemente el rostro de Aynara, sintiendo la tristeza que emanaba de sus palabras.

—Lo siento, mi amor. No merecías eso, nadie lo merece. Pero ahora estás aquí, eres la reina que Nuevo México necesita, aunque esos idiotas, incluyendo a tu madre, no lo entiendan.

Aynara rio, solo por esos momentos junto a ella, todo valía la pena. Se acercó poco a poco y con un movimiento rápido se colocó arriba de ella, besándola, Rania sorprendida ante esto sonrió, haciendo que Aynara besara su sonrisa. Ambas comenzaron a besarse ya sin parar, sus cuerpos se llamaban el uno al otro, como si fueran imanes, sus manos comenzaron a desvestir a la otra, danzando por la piel, tocando todo a su paso, sus piernas se encontraron, amoldándose a la perfección, ya se conocían de memoria, ya se sabían con precisión.

El movimiento de sus cuerpos fue inevitable y entre cada jadeo y palabra de amor, su amor quedaba grabado en las paredes de aquella habitación del castillo viéndolas amarse como si fuera el último día de sus vidas.

La noche cayó y ellas aún despiertas se contemplaban, cada que lo hacían parecía que sus ojos nunca antes habían visto, que habían estado ciegos hasta encontrarse, así lo sentían.

Aynara tuvo una idea, aprovechando que todos dormían decidió salir con Rania, escaparon del castillo, decididas a crear sus propios recuerdos lejos de las expectativas y presiones que les imponían. Se aventuraron hacia el pueblo que, para Aynara, se había convertido en un símbolo de libertad y autenticidad.

Con las calles iluminadas por farolillos y la música proveniente de la plaza principal, se permitieron ser ellas mismas, lejos de las miradas críticas y de las sombras de la política. Por supuesto que Aynara se había disfrazado o al menos se había colocado un sombrero y una

bufanda que le cubría un poco el rostro y Rania había hecho lo mismo, se había amarrado el cabello, aunque lo cierto era que a esa hora no había tanta gente en el pueblo que pudiera reconocerlas muy bien.

Juntas, recorrieron los lugares que habían marcado la infancia de Aynara. Visitaron la panadería donde solía comer pasteles de frutas y la fuente en la que arrojaban monedas para pedir deseos. Rania, aunque ajena a esos recuerdos, compartía la alegría de Aynara al verla conectarse con su pasado y encontrar consuelo en la simplicidad de aquellos momentos.

En un gesto impulsivo, Aynara tomó la mano de Rania y la condujo hacia el centro de la plaza, donde comenzaron a bailar bajo la luz de la luna. Entre risas y miradas cómplices, sellaron su amor en ese espacio libre de etiquetas y formalidades. En ese instante, el peso de las responsabilidades desapareció, y solo quedó la promesa de un amor genuino que desafiaba las barreras impuestas por la sociedad.

Bajo la luz titilante de los farolillos y la suave melodía que emanaba de la plaza, Aynara y Rania se dejaron llevar por la música y el cálido abrazo de la noche. Sus risas resonaban en el aire, creando un eco de libertad que rompía las cadenas de las expectativas reales. El pueblo casi vacío y ajeno a las identidades ocultas de las reinas, celebraba la espontaneidad de la pareja.

Aynara, con los ojos brillando de felicidad, giraba con gracia junto a Rania, quien seguía su ritmo con una sonrisa radiante. En ese momento, el pasado y el presente se fusionaron en una danza que narraba una historia de amor, liberación y autenticidad. La abrazó con ternura, agradecida por tener a Rania a su lado en ese momento especial. Juntas, continuaron bailando en la plaza, sumergiéndose en la complicidad de su conexión única.

La noche transcurrió entre risas, bailes y miradas llenas de amor. A medida que se aventuraban por las calles, exploraron rincones secretos del pueblo que solo conocía Aynara. Rania se enamoraba cada vez más de la esencia auténtica de Aynara, la reina que se permitía ser simplemente una mujer enamorada.

Cuando el sol comenzó a asomarse en el horizonte, Aynara y Rania regresaron al castillo, llevando consigo la chispa de la noche que compartieron. En la penumbra de la madrugada, se miraron con complicidad, conscientes de que habían creado un capítulo único en su historia, lejos de las coronas, las falsedades y las expectativas.

Sin embargo, aquel fue el último momento de tranquilidad y amor para ellas en un tiempo considerable. La tormenta se había desatado y el regreso de Luis complicaba todo.

Victoria, la madre de Aynara, aprovechó la llegada de Luis, esposo de Aynara, para sembrar dudas y manipular la situación a su favor. Se encontraron en una de las elegantes salas del castillo, donde la conversación estaba envuelta en una atmósfera tensa.

—Luis, querido rey, has regresado en un momento interesante —comentó Victoria, con una sonrisa sutil pero maliciosa.

Luis la miró con curiosidad.

—¿A qué se refiere, reina Victoria?

—Oh, querido, parece que mientras estabas ausente, Aynara ha estado ocupada implementando cambios radicales en el reino. Una asamblea sorpresa, discursos sobre igualdad y progreso... parece que las responsabilidades le han afectado.

Luis frunció el ceño, sorprendido por las noticias.

—¿Qué cambios son esos?

Victoria, hábil en el arte de la manipulación, continuó tejiendo su narrativa.

—Parece que Aynara está dejando de lado las tradiciones que nos han mantenido fuertes durante generaciones. La estabilidad del reino está en juego. —Dramatizó.

Luis, sintiéndose inquieto, preguntó.

—¿Y cómo nos afecta eso con exactitud?

—Tu esposa parece estar comprometida con algo que no está a la altura de nuestras expectativas. Está desviándose peligrosamente de lo que se espera de ella como futura gobernante. Este comportamiento podría poner en peligro nuestra posición y alianzas.

Luis, preocupado por el destino del reino, asintió pensativo.

—Entiendo, Victoria, no te preocupes. Hablaré con Aynara y resolveremos esto.

Victoria sonrió satisfecha por el éxito de su artimaña. Luis, ahora envuelto en la intriga y la preocupación, se dispuso a abordar el tema con su esposa Aynara.

Luis salió de la sala con la mente inquieta, llevando consigo las semillas de la duda plantadas por su suegra. Buscó a Aynara en el salón, donde la encontró revisando algunos documentos relacionados con las reformas que había propuesto.

—Aynara, necesitamos hablar —anunció Luis con seriedad.

Aynara levantó la mirada, percibiendo la tensión en la voz del rey.

—¿Qué sucede, Luis?

Él se sentó frente a ella y le relató la conversación que había tenido con Victoria. A medida que hablaba, las preocupaciones de Luis se reflejaban en el rostro de Aynara, quien no podía creer hasta dónde podía llegar su madre.

—Aynara, entiendo que quieras cambiar las cosas, pero debemos considerar las consecuencias de nuestras acciones en el reino y en nuestro linaje —explicó Luis, intentando suavizar sus palabras.

La palabra linaje resonó en ella, ¿linaje? Pensó, sintiendo un escalofrío al saber que Luis consideraba seguir el linaje con ella, pero claro que era lo que continuaba, lo que la tradición marcaba, era lo que debía pasar. Negó con el rostro. De nuevo, había olvidado a Luis, había olvidado lo que la boda y el supuesto matrimonio significaban, pero pensó que ya encontraría la manera de terminar pronto con eso, ahora su interés estaba en lo que su madre estaba planeado y en sus propios planes también.

Aynara se puso de pie, caminando de un lado a otro de la habitación.

—Luis, estoy tratando de construir un reino más justo y equitativo. Las antiguas tradiciones no han beneficiado a todos por igual, en realidad solo han beneficiado una minoría.

Luis la interrumpió.

—Pero, Aynara, tu madre tiene razón en que podríamos perder aliados valiosos si seguimos por este camino.

Aynara se acercó a Luis y tomó sus manos, utilizando la carta de su esposa.

—No puedes dejarte llevar por las manipulaciones de mi madre. Ella tiene sus propios motivos y no busca el bienestar del reino.

Luis parecía dividido entre su lealtad hacia su esposa y las advertencias de Victoria.

—Necesitamos encontrar un equilibrio, Aynara. No podemos arriesgarlo todo por tus ideas.

La discusión continuó, tensiones acumulándose entre ellos. Mientras tanto, Victoria observaba desde las sombras, satisfecha al ver que su plan estaba dando resultados. La brecha entre Aynara y Luis se ensanchaba, y la estabilidad del reino pendía de un hilo.

Y aquello no era lo único que estaba tramando Victoria, a su vez estaba conspirando con otros nobles y líderes de reinos vecinos que se oponían a las ideas de Aynara. Planeaban estrategias para socavar la autoridad de la reina y desacreditar sus propuestas. Victoria, a pesar de su ira, era astuta, sabía controlarse y no subestimaba el poder de la maquinaria política. Iba a atacar como mejor sabía hacerlo y Rania también era fundamental en esa ecuación de desestabilizar a la reina.

Habían pasado ya algunos meses del reinado de Aynara de Farnesio y las cosas estaban un poco tensas, por un lado el reino quedó dividido entre aquellos que anhelaban un cambio y por otro por aquellos que temían perder sus privilegios. La tensión estaba escalando cada vez más, y las conspiraciones en la sombra amenazaban con desencadenar un conflicto abierto.

Aynara estaba sumergida en los documentos, ya había encontrado más y más cosas de su madre, cosas que eran inauditas, que describían a la perfección la clase de persona que era. Tenía en su poder documentos de otros reyes, documentos sensibles con sus más oscuros secretos, entonces se enteró que el Rey de Nueva Francia solía contratar a mujeres pueblerinas con las que compartía el lecho amoroso, descubrió también que en el reino vecino uno de los hijos príncipes en realidad no era hijo del rey, sino de un plebeyo sirviente.

Aquí entre todos esos documentos encontró aquel que prohibía la homosexualidad, cualquier

miembro de la nobleza que fuera descubierto practicándola estaba condenado a perderlo todo y ser encerrado y condenado. Por supuesto que sabía que para ser descubierto primero quien lo descubriría tenía que contarle a la corte.

Pensó en el caso de Rania y en el de ella, los padres de Rania lo sabían, la habían descubierto, pero como solía pasar en la nobleza, solo se hacían oídos sordos y ojos ciegos. Lo mismo ocurría con ella, aunque su madre, más malévola, lo usaba para chantajearla. Aynara quedó impactada al descubrir la hipocresía con la que se manejaba la llamada nobleza, nobleza en la que ella había nacido sin pedirlo.

Suspiró, ¿qué sería eso que había descubierto Victoria de su padre para chantajearlo así? Estaba cerca, tan cerca de encontrarlo. Sabía que su padre no se había deshecho de todos esos documentos por una razón, los tenía tan encriptados que únicamente quien fuera rey o reina podía acceder a ellos y ahora ella, Aynara, estaba ahí, enterándose de todo.

Los encuentros con Rania se habían visto un poco reducidos esos últimos días, aunque Aynara cada que podía se escabullía con ella y Rania la comprendía, estaban a punto de lograr algo, ambas podían sentirlo. Aynara a su vez había puesto a un par de guardias para cuidarla, pues después de todo lo que estaba conociendo, reafirmaba que tenían que cuidarse de su madre.

Estaba sumergida ahí en una nueva reunión, quería dar el siguiente paso, aquel que era decisivo, ese que le haría saber si tenía al menos una esperanza de cambiar las cosas en ese lugar.

Aynara, decidida a cambiar las reglas obsoletas que condenaban las relaciones homosexuales, se enfrentó a uno de los desafíos más grandes de su reinado. Convocó a una reunión especial con los nobles y representantes de los reinos aliados, proponiendo la abolición de las leyes que discriminaban a aquellos que amaban contra las convenciones tradicionales. Puso a la homosexualidad en el centro, junto con el hecho de amar a quien quisieran amar, no importando su clase social, así fuera plebeyo o no.

La sala del consejo estaba cargada de tensión mientras Aynara argumentaba con pasión a favor de la igualdad y la aceptación. Sin embargo, los aliados de su madre se mostraron férreamente en contra de cualquier cambio. Las tradiciones arraigadas y las creencias conservadoras pesaban más que el deseo de un Nuevo México más libre y lleno de aceptación.

—Mi reina, ¿pero qué estás diciendo? —Habló Luis, levantándose de su asiento, sorprendido por aquello, Aynara no se lo había consultado en lo absoluto antes de plantear esa propuesta ante el

consejo.

Aynara sostuvo la mirada de Luis, su esposo, y luego dirigió su atención al resto de la sala. Con voz firme, respondió:

—Estoy diciendo que las leyes que discriminan a las personas por su orientación y a quienes eligen amar son injustas. No podemos seguir perpetuando normas obsoletas que solo sirven para oprimir y dividir a nuestro pueblo. Si queremos que el pueblo nos vea como líderes a quienes seguir tenemos que ser dignos de serlo, tenemos que propiciar la aceptación por el otro, la igualdad...

—Esto es una locura, reina Aynara, lo que dice no solo va en contra de las tradiciones, además de todo es... pecado y debe ser condenado —dijo uno de los sacerdotes que integraba el congreso, su voz sonaba acalorada...

Aynara sonrió de medio lado, miró al sacerdote con determinación, sabiendo que este desafío no solo venía de la resistencia política, sino también de las estructuras religiosas que influían en el reino. Era un entramado difícil de desenredar.

—Respeto sus creencias, padre, pero debemos recordar que nuestro reino no puede ser gobernado exclusivamente por una perspectiva religiosa. Necesitamos leyes que respeten y protejan a todos nuestros ciudadanos, independientemente de su orientación. La homosexualidad no es un pecado, es una forma válida y legítima de amor —declaró Aynara con seguridad, buscando apoyo en la diversidad de la sala.

Luis la observó de manera inquisitiva, ¿a qué venía el interés de Aynara por defender tan férreamente la homosexualidad? Lo cierto es que él solía vivir en su mundo, no notando nada a su alrededor, pero había escuchado los rumores sobre Rania en Eurasia, en el reino de Nueva Florencia y los reinos vecinos, rumores que en ese momento llegaron a él como de rayo.

Y entonces una suposición, una ligera suposición se posó en su mente, Rania y Aynara, su cercanía, el énfasis de Aynara en la abolición de leyes que discriminaban la homosexualidad; todo cobraba sentido de repente. Sin embargo, en lugar de abordar directamente ese tema, decidió centrarse en la cuestión política. apretó la mandíbula con fuerza, intentando contenerse.

—Mi reina Aynara, entiendo tu deseo de progresar y cambiar las cosas, pero debes comprender

que estas decisiones pueden tener consecuencias graves. No solo estás desafiando las creencias arraigadas, sino también las alianzas que hemos construido durante años. La estabilidad de nuestro reino está en juego —dijo con firmeza. Ganándose la aprobación de los aliados de su madre, quien para sorpresa de Aynara no se encontraba ahí presente.

—Mi reina, ¿realmente cree que el reino aceptará este cambio tan radical? —cuestionó uno de los nobles aliados de Victoria de manera sarcástica —este reino está erigido a través de siglos de tradición...

—Si no podemos aceptar y amar a nuestros propios ciudadanos, ¿cómo esperamos gobernar con justicia y sabiduría? —interrumpió Aynara, sosteniendo su postura.

La sala del consejo seguía dividida, con miradas de desaprobación y apoyo intercalándose entre los presentes. Aynara podía sentir la tensión en el aire, pero su determinación no flaqueaba.

—Mi reina, está arrojando siglos de valores y creencias por la ventana. ¿Acaso no comprende la gravedad de sus acciones? —dijo otro noble, expresando su preocupación por el impacto que podría tener en la estabilidad del reino.

Aynara respondió con calma pero firmeza.

—Comprendo completamente la gravedad de mis acciones. Estoy tratando de construir un reino donde todos tengan igualdad de derechos y oportunidades. Si eso implica desafiar tradiciones obsoletas que solo sirven para marginar a una parte de nuestra población, entonces estoy dispuesta a asumir las consecuencias.

En ese momento, uno de los consejeros que apoyaba las propuestas de Aynara tomó la palabra:

—Mi reina, comparto su visión de un reino más inclusivo. Las sociedades evolucionan, y nosotros, como gobernantes, debemos liderar ese cambio. La verdadera grandeza de un reino no radica solo en sus tradiciones, sino en su capacidad para adaptarse y mejorar.

Las palabras del consejero resonaron en la sala, y algunos de los presentes comenzaron a reflexionar sobre la importancia de la evolución en la gobernanza.

Luis, por su parte, con la mano en la barbilla observaba en silencio, todavía procesando la

posible revelación sobre la relación de Aynara con Rania. Mientras la discusión continuaba, se preguntaba cómo afectaría esto a su relación y al futuro del reino. La tormenta política y emocional estaba lejos de calmarse, y el destino de Nuevo México pendía en un delicado equilibrio.

—Propongo que vayamos a sopesar la propuesta y tengamos un par de reuniones más, antes de llegar a un acuerdo —habló Luis, ganándose una mirada de desaprobación de Aynara, él no era quien para decidir aquello. Los presentes en la sala expresaron su acuerdo y abandonaron el lugar, quedándose ahí dentro solo ellos dos.

Aynara miró a Luis con cierta frustración, pero antes de que pudiera expresar su descontento, él tomó la palabra.

—Aynara, necesitamos abordar algunos asuntos en privado. Esto va más allá de la política y las reformas que estás proponiendo. Hay cosas que no me has dicho.

Ella lo miró con curiosidad y cierta aprehensión. Luis continuó, eligiendo sus palabras con cuidado.

—He escuchado rumores, Aynara, rumores sobre Rania...

Aynara sintió que el corazón se le encogía, pero antes de que Luis continuara, el ruido de alguien tocando a la puerta los interrumpió. Aynara abrió, encontrándose con Isabella.

—Mi reina, disculpe la interrupción, se trata de un asunto importante —le dijo. Aynara asintió y volteando a ver a un Luis que se quedaba perplejo, comenzó a seguir a Isabella. Al llegar al pasillo alejado de aquel salón Isabella habló de nuevo.

—Mi reina, la doncella María quiere hablar con usted

Aynara hizo una mueca de sorpresa, sin entender a lo que se refería, Isabella la llevó hacia donde se encontraba la doncella. Por supuesto que aquella joven no era la persona favorita de Aynara, pero al verla sintió una opresión, ¿dónde estaba Rania? Fue lo primero que pensó.

—Mi reina —dijo la doncella, haciendo una reverencia— es sobre la princesa Rania

Aynara se quedó perpleja...

—¿Qué pasa con Rania? —preguntó sintiendo que el alma se le salía por el pecho.

—Está... está desaparecida...

La noticia de la desaparición de Rania golpeó a Aynara como un rayo. Un escalofrío recorrió su espina dorsal, y sus ojos se abrieron con incredulidad.

—¿Desaparecida? ¿Cómo es posible? —preguntó Aynara, luchando por contener la ansiedad que comenzaba a apoderarse de ella.

La doncella, visiblemente nerviosa, continuó explicando la situación.

—La princesa Rania fue vista por última vez esta mañana. Se suponía que debía asistir a la comida de esta tarde con los príncipes y princesas del reino vecino, pero nunca llegó. Hemos buscado en todo el castillo y sus alrededores, pero no hay rastro de ella. Encontraron a los guardias que la cuidan desorientados y heridos...

Aynara sintió que el mundo a su alrededor se desmoronaba. La desaparición de Rania en medio de la intensa situación política y emocional la dejó sin palabras. La mente de Aynara se llenó de pensamientos oscuros y temores sobre el destino de la mujer que amaba.

—¿Por qué me avisan hasta ahora? —dijo casi gritando, desesperada— Debemos encontrarla. Ahora mismo —declaró Aynara, su voz temblando con preocupación y determinación.

Isabella asintió, y las dos mujeres se dirigieron rápidamente hacia el exterior del castillo, dispuestas a organizar una búsqueda para encontrar a Rania. Mientras caminaban por los pasillos, Aynara intentó contener la tormenta de emociones que la envolvía.

Luis, que las había seguido discretamente, se acercó a ellas, aún confundido por la revelación sobre la posible relación entre Aynara y Rania. Sin embargo, la preocupación por la desaparición de su prima eclipsaba cualquier otro sentimiento, después de todo la quería como una hermana.

—Aynara... ¿En qué puedo ayudar? —preguntó Luis, tratando de dejar a un lado las tensiones personales.

Aynara lo miró brevemente, agradeciendo internamente su disposición a colaborar en medio de la crisis.

—Necesito que organices a los guardias y a los sirvientes para una búsqueda inmediata. Rania no puede estar lejos. Tenemos que encontrarla antes de que algo malo le suceda —dijo Aynara, con urgencia en su voz.

Luis asintió y se apresuró a cumplir con la tarea asignada, mientras Aynara y Isabella continuaban hacia el corazón del reino, donde la incertidumbre y la angustia se entrelazaban, Aynara caminó con rapidez bajando a las habitaciones ocultas en la planta más baja, abriendo una por una, encontrándose con algo que era mucho peor que Rania estuviera ahí: que no hubiera nadie. Desesperada se detuvo en seco, sabía a dónde tenía que ir. Se despidió de Isabella dirigiéndose a la habitación de su madre.

Capítulo 10. Encierros

Aynara se dirigió con paso decidido hacia la habitación que pertenecía a su madre, Victoria de Farnesio. Mientras se acercaba, la oscuridad de los pasillos parecía cerrarse a su alrededor, reflejando la tormenta de emociones que bullían en su interior.

Al llegar a la puerta, dudó un momento antes de empujarla, nunca antes había entrado ahí, lo había tenido prohibido. El pasado y los secretos de Victoria eran sombras que seguían acechando el presente, y Aynara se preparó para enfrentar lo que pudiera descubrir.

La habitación estaba envuelta en una penumbra lúgubre. Los muebles antiguos y los retratos de la familia real adornaban las paredes, y el aire estaba cargado con la historia que albergaba el lugar. Aynara avanzó con determinación hacia el escritorio de su madre, donde solía pasar horas revisando documentos y maquinando sus estrategias.

Entre los papeles y pergaminos, Aynara buscó alguna pista que pudiera relacionarse con la desaparición de Rania. Mientras revolvía entre los documentos, un cajón del mueble llamó su atención, el candado en él indicaba que ahí dentro había algo que Victoria no quería que nadie encontrara. Aynara volteó a su alrededor, buscando algo con lo que pudiera romper aquel candado, y sus ojos se posaron en una pequeña estatuilla de bronce en forma de halcón que descansaba en la esquina del escritorio. La tomó y, con determinación, golpeó el candado hasta que finalmente cedió.

El cajón reveló una serie de cartas selladas con un emblema desconocido. Aynara abrió una de ellas y comenzó a leer. Las cartas detallaban los tratos secretos de Victoria con figuras en las sombras, movimientos cuidadosamente calculados para debilitar a los aliados y ganar el favor de fuerzas externas.

A medida que avanzaba en la lectura, Aynara se dio cuenta de la complejidad de la red de intrigas tejida por su madre. Hasta que por fin encontró lo que era la pieza faltante y final del rompecabezas, las cartas que hablaban de lo que había sucedido con su padre.

El oscuro secreto que Aynara descubrió entre los archivos de su madre era el delicado romance que su padre, el difunto rey, había mantenido en secreto. Resultaba que él había estado involucrado apasionadamente con una noble de un reino rival. Este amorío secreto podría haber

llevado al destierro del rey y al desprecio de su propio pueblo si alguna vez salía a la luz.

La mujer en cuestión era la princesa Antonia, una dama de la corte del reino de Nueva Argentina con el que Nuevo México había mantenido tensiones durante generaciones. Los encuentros clandestinos y las cartas apasionadas entre el rey y la princesa Antonia estaban ahí descritas y demostraban una conexión que, de hacerse pública, pondría en riesgo la estabilidad del reino. Su padre lo sabía, incluso podría perder a su hija.

Victoria, con astucia, había descubierto esta relación en sus primeros años de matrimonio. Había amenazado con revelar la verdad y desencadenar una guerra si el rey no cumplía con sus deseos y le otorgaba más poder e influencia en la corte. Así, la deshonra del rey, la amenaza de una guerra inminente y sobre todo, el no volver a ver a Aynara, se convirtieron en las cartas secretas que Victoria jugaba para controlar a su esposo y consolidar su propio poder.

Al descubrir este oscuro romance, Aynara sintió que el corazón iba a salir de ella, su padre, su padre había renunciado a todo, incluso a su verdadero amor solo por ella, por mantenerse cerca, por verla crecer. Todo estaba escrito ahí en esas cartas.

La habitación parecía cerrarse a su alrededor mientras Aynara asimilaba la verdad cruda de su madre. La revelación de las maquinaciones de Victoria no solo amenazaba la estabilidad del reino, sino que también destrozaba la imagen que Aynara tenía de su propia familia, aunque lo cierto es que ni siquiera le sorprendía ya nada de esa mujer que decía ser su madre.

Las lágrimas se acumularon en los ojos de Aynara mientras continuaba leyendo las cartas. La agonía y el dilema de su padre quedaron al descubierto en cada palabra escrita con amor y pesar. Aynara entendió la magnitud de la elección imposible que su padre había enfrentado entre elegirla a ella y a su felicidad personal a lado de la mujer que amaba.

Desgarrada por las emociones, Aynara tomó las cartas y decidió llevarlas consigo. Era evidente que Victoria había utilizado este secreto para manipular a su padre y asegurar su propio poder.

Salió de esa habitación que le parecía tenebrosa, cerrándola y decidida a encontrar a Victoria, sabía que era la única manera de llegar a Rania. Esto no fue tan complicado, Victoria quería ser encontrada, Isabella le indicó que estaba en su habitación, la habitación de Aynara.

—¿Dónde está? —fue lo primero que dijo Aynara al entrar en la habitación casi tirando la puerta.

Dentro una Victoria triunfante se encontraba sentada en la cama de Aynara.

Sonrió con malicia, notando el rostro de Aynara que revelaba que acababa de llorar.

—*Encerraré a Rania en las mazmorras más profundas de este castillo. Nadie sabrá de su paradero, y su existencia se desvanecerá en la oscuridad. La condenaré a una vida de soledad y desesperación* —tarareó como si estuviera cantando una canción.

Aynara apretó los puños, conteniendo la furia que amenazaba con desbordarse. La verdad había sido revelada, y ahora se enfrentaba a la mujer que había tejido una red de mentiras y manipulaciones alrededor de su vida, la mujer que era su madre.

—Vamos Victoria —le dijo Aynara con frialdad, sin decirle madre por primera vez— he revisado cada habitación y cada mazmorra, Rania no está ahí, déjate de juegos...

Victoria rio.

—¿Cómo te atreves a desafiar mi autoridad, Aynara? —dijo Victoria con arrogancia, tratando de mantener las apariencias.

Aynara no se dejó intimidar. Con paso decidido, se acercó a Victoria, sosteniendo las cartas frente a ella.

—Tus mentiras y manipulaciones han llegado a su fin, Victoria. Has engañado al reino, has manipulado a mi padre y has tratado de controlar todo a tu alrededor. Pero ya no más.

Victoria esbozó una sonrisa cínica.

—¿Crees que estas cartas cambiarán algo? ¿Crees que la verdad te dará el poder que tanto anhelas? ¡Eres tan estúpida viviendo en un mundo de ilusiones!

Aynara mantuvo la compostura, aunque por dentro estaba llena de rabia y dolor.

—No se trata de poder, Victoria. Se trata de justicia y de la verdad. El reino merece conocer la realidad detrás de tus maquinaciones. Este reinado de mentiras ha llegado a su fin. Se te ha olvidado quien es la reina de este lugar.

Victoria volvió a reír.

—Una reina homosexual —dijo en tono de burla— déjame ayudarte, porque me doy cuenta que tu cabeza tonta no lo entiende, eres como tu padre, viviendo en un mundo de fantasías, ¿qué crees que se juzgue más en nuestros reinos, el hacer todo para preservar la estabilidad, incluidas las acciones que tome en contra de tu padre... o descubrir que su reina es una pecadora homosexual?

Aynara tragó saliva, no, no podía ser más importante la sexualidad de alguien que descubrir que aquella mujer era un monstruo. No, el mundo no podía funcionar así.

—Tus ilusiones de justicia son adorables, Aynara, pero en el mundo real, el poder es lo que cuenta. Y yo tengo el poder y si no me crees, solo haz la prueba, difunde tu verdad, difunde esas malditas cartas, los documentos, difúndelo todo y yo difundiré que mi hija y la princesa de Nueva Florencia tienen un amorío, que la nueva reina de Nuevo México es homosexual. ¿Quieres probar quién gana? —volvió a decir con sarcasmo— podemos seguir toda la noche, mientras no sabrás si Rania está viva, si están torturándola, si está acaso en el frío a la intemperie... Yo no tengo problema en seguir con esto, hija mía.

Aynara resopló, sabía que esa mujer que tenía enfrente era capaz de todo. Pero tal vez esa era su última oportunidad. Cerró los ojos, pensando en Rania, estaba entre la espada y la pared. Pero la voz de Rania también resonó en su interior: no puedo vivir escondiéndome más, no podemos vivir en las sombras, como si estuviéramos haciendo algo malo, mi amor. Estoy cansada de vivir así. Sus palabras resonaban, una a una.

—No me intimidarás, Victoria. No dejaré que uses la verdad de mi amor con Rania como una herramienta para esconder tus mentiras y manipulaciones. El reino merece saber quién eres realmente.

Victoria se acercó a Aynara con una sonrisa desafiante.

—Entonces, ¿te atreverás a arriesgar tu reinado y tu reputación por la verdad? ¿Prefieres ser recordada como la reina homosexual que destruyó la estabilidad del reino?

Aynara miró las cartas en sus manos, recordando la agonía que su padre había enfrentado por ocultar su amor con la princesa Antonia.

—No sacrificaré la verdad por la estabilidad falsa que has construido. Este reino merece más que una fachada. Si mi amor por Rania es la puerta para mostrarle al mundo la hipocresía de tu reinado, entonces así será.

Victoria rio con malicia.

—Veremos cuánto durará tu valentía, Aynara. El poder real no está en la verdad, está en la percepción que el pueblo tiene de su reina. Y yo tengo décadas de experiencia manejando esas percepciones.

Sin más palabras, Aynara salió de la habitación, llevándose consigo las cartas. Se dirigió hacia el centro del castillo, donde los consejeros y nobles se reunían para discutir los asuntos del reino, mientras los guardias, Isabella y Luis seguían la búsqueda de Rania. La tormenta, tanto literal como metafóricamente, se cernía sobre Nuevo México.

Cuando Aynara llegó al salón, los murmullos cesaron, y los presentes la miraron con expectación. Aynara, sin titubear, alzó las cartas frente a ella.

—He descubierto la verdad detrás de los actos de mi madre, Victoria de Parmala. Sus manipulaciones y mentiras han llevado a la destrucción de vidas y al sufrimiento de muchos. Pero no estoy aquí solo para exponer sus crímenes. También tengo una verdad que compartir.

La sala quedó en silencio mientras Aynara contaba la historia de su padre, del amor prohibido que él había mantenido y de las cartas que detallaban el chantaje de Victoria.

—Mi padre sacrificó su felicidad por el bien de este reino... por mi bien... pero no permitiré que su sacrificio sea en vano. La verdad debe prevalecer, y estoy dispuesta a enfrentar las consecuencias de mis propias elecciones para asegurarme de que así sea.

Las miradas se dividieron entre apoyo y desconfianza. Aynara sabía que su revelación cambiaría la percepción que muchos tenían de ella, pero también era consciente de que la verdad era la única base sólida sobre la cual podía construir un reino justo. Quería usar las palabras precisas para hablar de su propia verdad, de su amor. Era el momento de exponerlo todo.

Victoria, que había seguido a Aynara al salón, no perdió tiempo y aprovechó la situación a su

favor.

—¡Nobleza y consejeros, escúchenme todos! —exclamó Victoria, alzando la voz para eclipsar las palabras de Aynara—. Nuestra reina, Aynara de Farnesio, ha confesado su amor por otra mujer. Ha caído en el pecado y la deshonra, y su reinado está manchado por la inmoralidad.

Los murmullos y susurros se extendieron por el salón mientras los nobles y consejeros procesaban la información. Aynara permaneció erguida, mirando directamente a los ojos de aquellos que la rodeaban, dispuesta a enfrentar las consecuencias de su revelación.

—Este no es el momento de dividirnos —interrumpió Aynara con firmeza—. Mi madre ha tejido una red de mentiras y manipulaciones que han afectado a todos nosotros. Sus crímenes deben ser juzgados, pero también debemos enfrentar la verdad que he revelado sobre mi padre. No permitamos que la deshonestidad y la intolerancia prevalezcan.

Sin embargo, la astuta Victoria había sembrado las semillas de la discordia, y algunos nobles ya murmuraban en desaprobación. La sala estaba llena de tensiones cuando Victoria volvió a dirigirse a la audiencia.

—¡Exijo que la reina Aynara sea arrestada por sus pecados contra la corona! Ha confesado abiertamente su amor pecaminoso y ha amenazado la estabilidad de nuestro reino. No podemos permitir que una gobernante inmoral permanezca en el trono.

Aynara, aunque afectada por la desesperada jugada de Victoria, se mantuvo imperturbable.

—No he amenazado la estabilidad, Victoria. Tú y tus manipulaciones son la verdadera amenaza. Este reino merece una líder que se guíe por la verdad y la justicia, no por mentiras y engaños. Algunos consejeros parecían indecisos, mientras que otros, aunque ya en minoría, apoyaban abiertamente a Aynara. En medio del tumulto, una figura conocida se alzó: Isabella, la leal doncella de Aynara.

—¡Basta! —gritó Isabella—. He sido testigo de las maquinaciones de Victoria durante demasiado tiempo. Aynara ha mostrado valentía al exponer la verdad, incluso cuando sabe que habrá represalias. No podemos permitir que Victoria continúe su reinado de engaños.

Victoria fulminó con la mirada a Isabella, pero ahora la semilla de duda se había sembrado en la

mente de muchos. La sala se dividió entre partidarios de Aynara y seguidores leales a Victoria.

—¡Arresten a Aynara! —exclamó uno de los consejeros más cercanos a Victoria.

En ese momento, los guardias reales avanzaron hacia Aynara, listos para ejecutar la orden.

—¿Qué? —dijo Aynara— ¡Yo soy la reina, les ordeno que retrocedan! —Los guardias dudaron unos segundos, pero de nuevo la voz de Victoria resonó.

—Aquí están las pruebas del amorío de la reina Aynara de Farnesio con la princesa Rania de Rinaldi —un guardia leal de Victoria le entregó una a una las cartas compartidas entre ambas, los regalos intercambiados y cualquier rastro de su conexión, muchos de ellos obtenidos de Rania. Aynara sintió cómo la habitación giraba a su alrededor, para eso se había llevado a Rania. La evidencia presentada por Victoria la dejó momentáneamente sin palabras— Son pruebas irrefutables, y la inmoralidad de su reinado debe ser castigada. El amor prohibido entre una reina y una princesa extranjera, ¿acaso alguien duda de la inmoralidad de su reinado? —proclamó Victoria, sembrando dudas y desconfianza entre la nobleza y los consejeros.

Aynara se dio cuenta de que su posición estaba debilitándose rápidamente. La percepción del pueblo y la nobleza estaba siendo moldeada por las artimañas de Victoria, quien aprovechaba la situación para consolidar su control.

Luis quien ya se encontraba ahí al notar el alboroto y al escuchar todo y sintiéndose traicionado por la confirmación de la homosexualidad de Aynara y por la relación clandestina con Rania, su prima, estaba sin palabras.

La sala estaba llena de tensiones y divisiones entre aquellos que creían en la verdad de Aynara y aquellos que seguían las artimañas de Victoria.

—¡Deténganse! —intervino Isabella, alzando la voz con determinación— Aynara es nuestra reina y merece un juicio justo.

Algunos nobles asintieron, expresando su apoyo a Isabella. Sin embargo, otros seguían incrédulos, influenciados por las artimañas de Victoria.

—¡Juicio! ¡Juicio! —gritó la multitud, dividida entre aquellos que apoyaban a Aynara y los que

exigían un juicio por los supuestos crímenes.

—Esto es una artimaña, una manipulación. Soy la reina, y no pueden arrestarme sin un juicio justo.

Victoria sonrió con malicia, disfrutando del caos que había sembrado.

—El juicio se llevará a cabo, pero mientras tanto, estarás bajo arresto. Tus crímenes contra la corona no pueden quedar impunes. Por lo pronto serás una reina encarcelada. Luis, querido, todo depende de ti —dijo Victoria dirigiéndose a un Luis que estaba pálido y a punto del desmayo por lo sucedido— ¿Qué la encierren? —preguntó Victoria con falsa cordialidad, sabiendo que en las manos del esposo y nuevo rey estaba todo.

—Que la encierren —clamó Luis dejándose envolver por el coraje de lo que acababa de confirmar.

Aynara, aún sin entender completamente el alcance de aquello, fue rodeada por los guardias que la escoltaron fuera del salón. Su mirada se cruzó con la de Luis, quien herido en el ego de hombre, más que en cualquier otro sitio, desvió la mirada de ella.

Mientras Aynara era conducida fuera del salón, Isabella no se quedó quieta. Sabía que debía actuar con rapidez para desentrañar las artimañas de Victoria y salvar el reino de Nuevo México de la tiranía que se avecinaba y lo más importante, rescatar a su querida Aynara de esa injusticia.

Isabella se acercó a los nobles y consejeros que aún vacilaban en sus decisiones, tratando de persuadirlos con palabras de verdad y justicia. Explicó cómo Victoria había manipulado la situación, presentando las pruebas de la relación entre Aynara y Rania de manera conveniente para su propio beneficio.

—No permitamos que la verdad sea eclipsada por las maquinaciones de alguien que solo busca mantener su propio poder. Aynara ha demostrado valentía al enfrentarse a la corrupción, y ahora depende de nosotros luchar por la justicia —instó Isabella.

A medida que Isabella hablaba, algunos consejeros y nobles comenzaron a cuestionar la versión de Victoria. No todos estaban dispuestos a aceptar las artimañas de una reina manipuladora. De nuevo, las apariencias lo eran todo, pero tampoco convenía ser mandados por una reina que

comenzaba a percibirse corrupta a la opinión pública.

Mientras tanto, los guardias llevaron a Aynara a una celda en las mazmorras del castillo, donde quedó aislada, contemplando la posibilidad de perderlo todo por haberse enfrentado a la falsedad del reino.

Aunque lo cierto es que lo que más le preocupaba era Rania, su amada princesa, se lamentó, la había puesto en peligro por sus ideales, por su necesidad de cambiar el mundo y tal vez el precio a pagar era la muerte... Aynara negó con rapidez ante la mínima presencia de aquel pensamiento, no, Rania tenía que estar bien. Cerró los ojos y dejó que las lágrimas cayeran una tras otra.

...

En la oscura celda donde Rania estaba confinada, el tiempo parecía moverse a un ritmo interminable. No tenía idea cuánto había pasado, pero sabía que por lo menos un par de días llevaba ahí encerrada. Cada segundo sin noticias de Aynara aumentaba su ansiedad, pero su espíritu no se quebrantaba.

Tenía en el rostro la marca de golpes que había recibido por resistirse, primero a ser capturada y después a dar las pruebas del amorío con Aynara, tenía las manos atadas y el corazón lleno de angustia. Cada momento que pasaba sin noticias de Aynara aumentaba su preocupación. Sin embargo, la fortaleza de Aynara resonaba en su mente, proporcionándole un rayo de esperanza en medio de esa oscuridad.

Su mente se llenaba de recuerdos compartidos con Aynara: los momentos de risas, las caricias, las charlas interminables y la promesa de un futuro juntas. La chispa de su amor era una llama que la guiaba, incluso en las situaciones más complicadas como la que estaba viviendo en ese preciso momento.

Sí, estaba asustada pero incluso entre el miedo, recordaba las palabras que le había dicho a Aynara: "No podemos vivir escondiéndonos más, no podemos vivir en las sombras". Era hora de enfrentar la verdad, de enfrentar al reino, incluso si eso estaba significando poner en riesgo su propia vida.

A lo lejos, Rania escuchó el eco de pasos que se acercaban. La puerta de su celda se abrió lentamente, revelando a un secuaz de Victoria. Rania alzó la vista y mantuvo su mirada firme, sin mostrar signos de miedo.

—Tu reina está enfrentando las consecuencias de sus acciones. Pronto, todo cambiará en este reino —dijo el secuaz con una sonrisa burlona.

Rania, sin ceder ante la intimidación, respondió con determinación.

—La verdad siempre prevalecerá, y Aynara no está sola. Pueden intentar silenciarnos, pero la justicia y el amor no se detendrán, no pueden con eso.

A medida que las horas pasaban, Rania se encontraba en una lucha interna entre la preocupación por Aynara, ¿qué era lo que estaba sucediendo? ¿A qué se refería el guardia con lo que había dicho? Y también estaba la necesidad de mantenerse fuerte. Sabía que, mientras estuviera prisionera, su capacidad para ayudar a Aynara estaría limitada. Sin embargo, su mente creativa trabajaba en busca de soluciones.

Mientras tanto, Isabella, junto con algunos nobles leales y agradecidos a Aynara, se reunieron en secreto para tramar un plan de rescate. Habían presenciado la valentía de Aynara al enfrentarse a la corrupción, y no estaban dispuestos a permitir que su reina fuera condenada injustamente.

El grupo conspirador, compuesto por nobles homosexuales y aliados comprensivos, buscó pistas sobre el paradero de Rania, la desaparecida princesa de Nueva Florencia. Tenían que rescatarla primero y por supuesto también a la reina Aynara. Siguiendo las huellas de la intrincada red de intrigas de Victoria, descubrieron un lugar secreto a las afueras del castillo donde la tenían retenida.

Rania a su vez y sin saber que por fuera ya estaban intentando rescatarla, llevó a cabo su plan. Otro guardia entró, llevándole un vaso de agua, hasta el momento la consigna era mantenerla con vida aún, asustada, pero viva. El guardia se acercó a Rania, poniendo el vaso en su boca, dándole

de beber. Después de derramar un poco de agua y sentir que se ahogaba Rania habló.

—¿Sabes quién soy yo? —comenzó a decir con el tono seco, sin mostrar un signo de debilidad.

El guardia frunció el ceño, asintió y respondió con seriedad.

—La princesa de Nueva Florencia.

—¿Y sabes qué van a hacerte mis padres cuando se enteren de lo que me están haciendo? — intentó usar la carta que no le gustaba, pero en ese momento era la única que tenía, ostentar su poder frente a alguien más débil que ella.

El guardia tragó saliva.

—La reina Victoria ha dicho que a sus padres no les interesa lo que pueda pasarle...

—¿Y en verdad le crees? —comenzó a jugar con la mente del guardia— por tu edad asumo que llevas toda tu vida trabajando para el reino, debes saber a la perfección como se manejan todos y cada uno de ellos, ¿crees que algún rey no va a castigar a quien haya herido a su princesa?

El guardia volvió a tragar saliva ante lo que Rania decía...

—Debes saber que Eurasia es más importante que Nuevo México, somos más poderosos, no quiero imaginarme lo que les pasara a los guardias que le han hecho daño a una princesa de mi continente. Si no me crees pregúntale a tu reina Victoria —Rania hablaba como si por dentro no estuviera temblando de miedo— no, no, mejor investigalo tú, investiga el nivel de importancia de tu reina Victoria y el nivel de importancia de mis padres, los reyes de Nueva Florencia y mejor aún, el nivel de importancia de mis tíos, los reyes de Nueva España. Seguro sabes que ellos son los más poderosos del mundo —agregó con seguridad al notar que el guardia flaqueaba ante sus palabras.

El guardia, visiblemente nervioso, retrocedió unos pasos. Las palabras de Rania habían sembrado la duda en su mente, y la posibilidad de enfrentarse a las consecuencias de sus acciones lo atormentaba. Rania, aprovechando el respiro, continuó con su estrategia.

—Tal vez creas que seguir las órdenes de Victoria te protegerá, pero te aseguro que cuando mi familia descubra lo que me han hecho, buscarán justicia sin importar las lealtades que tengas.

Mis padres no dejarán que este acto quede impune. ¿Tienes familia? —el guardia permaneció en silencio— bueno da igual si me dices o no, se sabrá, darán con ellos, y créeme que lo que me han hecho aquí será mínimo para lo que te harán a ti y a tu familia, tan solo piensa en lo que podrían hacerle a tus hijos, a tu esposa...

El guardia vaciló, ¿qué pasaba más, su lealtad hacia Victoria enfrentándose a la preocupación por su propia seguridad y la de su familia o el posible castigo que podrían imponerle los reyes de Nueva Florencia y Nueva España?

—Princesa, yo... yo no quiero problemas, solo estoy siguiendo órdenes. Si le digo a la reina Victoria lo que usted me ha dicho, podría perder mi trabajo, podrían... —titubeó el guardia.

Rania sonrió con astucia, entendiendo que había logrado penetrar en la barrera de la lealtad ciega.

—No, no, yo no quiero que pierdas tu trabajo ni que enfrentes represalias, pero también quiero que entiendas que estas acciones tienen consecuencias. Ayúdame a salir de aquí, y no permitas que Victoria te utilice como un peón más en su juego de poder. Voy a protegerte y recompensarte, todo lo que quieras lo vas a tener, créeme que es mucho más de lo que Victoria podría ofrecerte en toda su vida.

El guardia resopló, Rania lo supo, lo había tentado ya. Pero su cara se llenó de decepción cuando este, sin decir ninguna otra cosa, salió de la celda.

Rania resopló, sintió que iba a derrumbarse en ese preciso momento, hasta que, de nuevo, después de unos minutos, la puerta abriéndose la hizo temblar.

—Le diré a los demás guardias que has estado tranquila y que no hay problemas aquí. Pero debes irte rápido antes de que cambie de opinión —el guardia se acercó a ella, desamarrándole las manos y ayudándola a ponerse de pie.

—Nunca olvidaré esto, estate seguro que serás muy bien recompensando —le dijo con enorme agradecimiento, mientras el guardia asentía y al fin salió de la celda. Mientras avanzaba por los pasillos, su mente estaba en Aynara y en el siguiente paso de su plan: ir con a Aynara, ir con la mujer que amaba.

Por otro lado, afuera del castillo, el grupo conspirador liderado por Isabella se preparaba para entrar en acción. Con la información sobre la ubicación de Rania en sus manos, trazaron un plan coordinado para rescatar tanto a la princesa como a la reina. La tormenta política en Nuevo México estaba lejos de calmarse, pero la verdad y la justicia seguían siendo las armas más poderosas en manos de aquellos que luchaban por un reino honesto y libre de manipulaciones.

Rania, debilitada por el tiempo en cautiverio y la tensión de su plan, fue encontrada por el grupo conspirador liderado por Isabella, a punto de desmayarse. Los nobles y aliados se apresuraron a ayudarla, la llevaron al carruaje que ya los estaba esperando.

Cuando Rania abrió los ojos se encontraba recostada en la cama de una habitación que no reconoció, se sobresaltó, hasta que al recorrer la habitación con la mirada se encontró con Isabella.

—Princesa Rania —le dijo contenta de verla despertar...

—Isabella, ¿dónde estoy? ¿Qué ha pasado? —preguntó Rania, aún aturdida y tratando de orientarse en el nuevo entorno.

—Estás a salvo, Rania. Te hemos encontrado a punto de desfallecer a las afueras del lugar donde te tenían. Has pasado por mucho, pero ahora estás fuera de peligro —explicó Isabella con una sonrisa tranquilizadora.

Rania se llevó una mano a la cabeza, sintiendo el dolor persistente de los golpes que había recibido y la tensión acumulada. Luego, recordó a Aynara y la urgencia de verla la invadió.

—¡Aynara! Necesito ver a Aynara, ¿dónde está? —exclamó Rania, incorporándose con determinación.

Isabella la contuvo suavemente.

—Calma, Rania... —comenzó a decir Isabella.

—¿Dónde está Aynara? Necesito verla, ¿por qué no está aquí? —la voz de Rania sonaba llena de preocupación, de nuevo hacia el intento de incorporarse, Isabella la contenía, hasta que se sentó a su lado, intentando encontrar las palabras para explicarle que Aynara estaba encerrada en una celda del reino de Nuevo México, suspiró antes de responder.

—Rania, Aynara... Aynara está prisionera en las celdas del reino de Nuevo México, en el castillo, en las mazmorras... Pero no te preocupes, estamos planeando rescatarla. Tienes mi palabra de que haremos todo lo posible por traerla de vuelta a salvo —Isabella le dijo con sinceridad.

Un torbellino de emociones cruzó el rostro de Rania. La preocupación, la angustia y la desesperación se reflejaron en sus ojos.

—¿Qué? —fue lo único que alcanzó a responder, las palabras no salían de ella— Pero, ¿por qué? ¿Qué ha pasado? —solo podía pensar en preguntas y más preguntas, Aynara era la reina de Nuevo México, ¿cómo podía estar encarcelada?

Isabella entonces tratando de tranquilizarla le contó todo lo que había sucedido, le contó lo que Aynara había encontrado sobre la verdad de su padre, los chantajes por haberse enamorado de otra mujer, le contó cómo intentó exponer a su madre frente a todos y le contó que su madre la había expuesto a ella, a ambas, en su relación amorosa, haciendo que la encerrarán por ser homosexual y cometer crímenes inmorales contra la corona.

Rania escuchaba cada palabra de Isabella con una mezcla de incredulidad y rabia. La traición de la reina Victoria y la injusticia que Aynara estaba sufriendo por amarla eran golpes duros de asimilar.

—Yo... ¡no puedo creerlo! ¿Cómo pudo hacerle esto a Aynara? ¡Ella es la reina! ¿Cómo pueden encerrarla por amar a quien quiera? ¡Todo es una farsa! ¡Son detestables! —exclamó Rania con rabia, sus ojos estaban llenos de lágrimas contenidas.

Por supuesto que sabía que a eso se exponían por su amor prohibido, era lo que sucedía, pero nunca pensó que la propia madre de Aynara la delatara ante todos propiciando su encierro. Al menos sus padres se habían hecho de la vista gorda. Victoria los superaba. Bueno, ni a quien irle, pensó negando con el rostro y detestando cada vez más cualquier cosa relacionada con los reinos en los que le había tocado nacer.

Isabella le puso una mano reconfortante en el hombro.

—Tranquila, princesa Rania, sé y algunos más también que ha sido una injusticia lo que le han

hecho a la reina Aynara, pero estamos planeando algo un grupo que estamos a su favor...

Rania frunció el ceño confundida. Entonces Isabella le contó sobre los nobles que estaban de lado de Aynara que aunque no eran mayoría, unidos podían lograr algo, ese mismo grupo que la habían encontrado.

—Tengo que verla, Isabella, por favor —la voz suplicante de Rania dejaba notar que en verdad necesitaba verla cuanto antes.

—La verá, princesa Rania, pero ahora está muy débil, primero necesita descansar, necesita estar fuerte porque por supuesto que nadie debe saber que usted está aquí y mucho menos que verá a la reina Aynara —dijo Isabella con firmeza.

Rania aunque no muy convencida pues lo que más anhelaba era ver a Aynara de inmediato, tuvo que acceder, en ese momento las piernas no le daban para más. Isabella la dejó en la habitación mientras iba por la comida a la cocina para llevársela, después de comer casi con desesperación, Rania se quedó profundamente dormida.

Capítulo 11. Las noticias corren como agua

En los vastos reinos de Eurasia, la noticia de la prisión de Aynara y la desaparición de la princesa Rania se extendió como un reguero de pólvora. Los padres de Rania, los reyes de Nueva Florencia, y los reyes de Nueva España, Luis y Ana de Borbolla recibieron mensajes urgidos sobre la situación en Nuevo México.

Los reyes de Nueva Florencia, Amanda y Ángel de Rinaldi, en un acto de inmediata acción, comenzaron a movilizar a sus propios agentes y enviaron mensajeros a Nuevo México. La noticia también llegó a los oídos de los reyes de Nueva España, quienes no dudaron en unir fuerzas con los reyes de Nueva Florencia para investigar la situación de primera mano.

Lo más importante de todo era mantener a los reinos en equilibrio, el descontento y caos no estaba permitido, ¿qué estaba sucediendo? Nuevo México era uno de sus principales aliados, pero tampoco dudarían en usar la fuerza si fuera necesario para reestablecer el orden en aquel país.

En el castillo de Nueva Florencia, la sala de estrategia se llenó de actividad. Los reyes, rodeados de sus consejeros más confiables, trazaron planes para enviar embajadores y espías a Nuevo México. La furia y la duda reinaba, ¿acaso todo era culpa de su hija? Pero estaba desaparecida también y por supuesto que eso tenía que solucionarse. Aunque sus padres no podían evitar pensar en lo que su hija era, aquello que habían ignorado toda la vida porque preferían ignorarlo a tener que enfrentarlo, pero los secretos se escondían en la alfombra de los reinos, así había sido desde el inicio y así debía ser.

Mientras los reyes de Nueva Florencia y Nueva España trazaban sus planes, la angustia y la incertidumbre se apoderaban de ellos. La idea de que su hija, la princesa Rania, pudiera estar involucrada en un conflicto de tal magnitud era inconcebible. Sin embargo, la lealtad a su reino y la responsabilidad como monarcas los impulsaban a buscar respuestas y tomar medidas inmediatas para mantener el control.

Los embajadores, hábiles diplomáticos seleccionados para la delicada tarea, partieron hacia Nuevo México con la misión de esclarecer los acontecimientos y, en la medida de lo posible, encontrar a la princesa Rania. También para saber la verdad del encarcelamiento de la reina Aynara.

La noticia de la colaboración entre los reinos de Nueva Florencia y Nueva España no pasó desapercibida, generando especulaciones y preocupación entre los cortesanos y ciudadanos de los otros países aliados de Eurasia. Iban en camino ya, decididos a esclarecer lo que estaba sucediendo de una vez por todas.

Por otra parte, en el reino de Nuevo México, la noticia de la prisión de la reina Aynara resonaba en cada rincón, generando una mezcla de conmoción y temor entre los ciudadanos. El encarcelamiento de la monarca dejó un vacío de poder que rápidamente fue llenado por una figura temporal designada por la corte, mientras la situación se resolvía.

Las calles que una vez vibraron con la vitalidad del reino ahora estaban impregnadas de un silencio inquietante. La incertidumbre y la desconfianza se apoderaron de la población, y un sutil manto de miedo se cernía sobre Nuevo México. Los ciudadanos observaban con cautela, temerosos de las represalias que pudieran surgir en medio de este periodo de inestabilidad.

Mientras tanto, Victoria, la instigadora de esta crisis, se encontraba oculta en las sombras, Se movía entre pasadizos secretos y escondites, sabedora de que la llegada de embajadores y espías de otros reinos podría ponerla en una posición aún más peligrosa, aquello podría ser su salvación o su condena. Por ello estaba fraguando su siguiente movimiento, tenía que hacer que la llamada inmoralidad de Aynara ante la corona pesara más que lo que ella había hecho y sabía cómo conseguirlo. Caminó dirigiéndose a la enorme biblioteca escondida en el castillo de Nuevo México.

...

Habían pasado ya un par de días después del rescate de la princesa Rania y ya se sentía mejor, podría decir que ya estaba bien. Por supuesto que todavía tenía las secuelas emocionales que el

corto cautiverio le había dejado y por lo mismo su corazón se rompía cuando pensaba en lo que debía estar pasando su amada Aynara, llevaba el peso de la angustia en su corazón.

La libertad que había recuperado no podía mitigar el dolor que sentía por Aynara, prisionera de las maquinaciones de Victoria en algún lugar del castillo de Nuevo México. Por supuesto que sabía de la fortaleza que tenía su reina, algo que admiraba de ella, pero imaginarla sola y en la más completa incertidumbre le nublaba la vista haciendo que sus ojos derramaran lágrimas.

Isabella ya le había presentado al grupo conspirador, a los nobles y guardias que lo conformaban, ahí se encontraba también ya el guardia que la había ayudado, actuando como un agente doble y era el hombre que iba a ayudar en la siguiente parte del plan, que Rania pudiera ver a Aynara lo más pronto posible, antes del juicio.

Se encontraban reunidos en un reino vecino y también entre todos esos integrantes del grupo, Rania encontró al príncipe que en aquella ocasión de fiesta le había robado un beso, así como a varios de los príncipes y princesas con los que había salido aquella vez, todos compartían algo en común, su espíritu rebelde no estaba de acuerdo con muchas de las normas rígidas que regían en aquellos reinos.

La sala en la que se encontraban se llenó de un silencio solemne, solo roto por el suspiro tenso de Rania. Los nobles, conscientes del peso emocional que cargaba, intercambiaron miradas significativas. Fue el príncipe que le había robado un beso quien rompió el silencio.

—Princesa Rania, quiero que sepa que estamos aquí para apoyarla en todo lo que necesite. Lo que le han hecho a la reina Aynara es una injusticia que no podemos tolerar. Todos nosotros compartimos su deseo de un reino en el que el amor y la libertad no sean castigados —declaró con determinación.

Las palabras del príncipe resonaron con el sentimiento compartido por los demás nobles y princesas en la habitación. Cada uno expresó su compromiso de desafiar las normas opresivas y luchar por un cambio en el reino.

—Princesa, no está sola en esto. Estamos dispuestos a arriesgar todo por la justicia y la libertad. Nuevo México necesita un cambio, y si eso significa desafiar a Victoria y sus conspiraciones, así lo haremos —añadió otra princesa, mostrando su determinación.

Rania, agradecida por el apoyo, se secó las lágrimas y asintió con gratitud. Pudo notar que esa princesa compartía los gustos de Aynara y de ella y sonrió, por supuesto que había muchas y muchos así como ellas teniendo que esconderse solo por amar.

—Usted y la reina Aynara son signo de admiración para mí —agregó la princesa conmovida— No podemos permitir que la intolerancia y la crueldad prevalezcan en nuestros reinos más tiempo. Tenemos que cambiar el curso de la historia y tenemos que luchar por un futuro en el que el amor sea libre y respetado.

La sala se llenó con murmullos de acuerdo y apoyo. Rania, con una mezcla de determinación y esperanza, miró a cada noble a los ojos.

—Gracias a todos. Gracias por su ayuda, el amor no puede ser encadenado, y demostraremos que la verdad y la justicia siempre prevalecerán —declaró Rania intentado creer en esas palabras, palabras que eran de Aynara, pero tenía que aferrarse a ellas, aunque ella en el fondo se sentía llena de dudas y temor.

Isabella, la líder de este grupo, tomó la palabra para coordinar los esfuerzos.

—Nuestro próximo objetivo es llegar al castillo de Nuevo México y asegurarnos de que la princesa Rania pueda ver a la reina Aynara antes de su juicio. Sabemos que Victoria está detrás de todo esto, y no podemos permitir que use el sistema legal para consolidar su poder —declaró Isabella, mirando fijamente al guardia que se había convertido en su aliado.

El guardia asintió con determinación y explicó el plan que había ideado para entrar furtivamente en el castillo. Rania escuchaba con atención, ansiosa por estar cerca de Aynara y asegurarse de que estuviera bien.

—Estaremos en constante comunicación mediante señales discretas, princesa Rania. Una vez dentro, nuestro objetivo principal es llegar a la celda de la reina Aynara sin levantar sospechas. Princesa Rania, estará bajo la protección de algunos de los guardias que están con nosotros. Confiamos en que este plan nos permitirá llevar a cabo la misión con éxito —concluyó el guardia.

Rania agradeció con la mirada a cada persona en la habitación, sintiendo el apoyo y la solidaridad del grupo. Se prepararon para la operación, conscientes de que el tiempo corría en su contra. La incertidumbre y la tensión flotaban en el aire mientras se dirigían hacia el castillo de

Nuevo México, decididos a desafiar el destino impuesto por Victoria y restaurar la justicia en el reino.

Estaban a punto de llevar a cabo el plan, cuando se enteraron de lo peor, la tensión era palpable. La noticia de que emisarios de Eurasia, Nueva España y Nueva Florencia habían llegado con la consigna de arreglar la situación se propagó rápidamente. Los nobles y aliados se miraron entre ellos, conscientes de que la intervención de estos poderosos reinos podía cambiar radicalmente el curso de los acontecimientos.

Isabella, líder del grupo, reunió a todos en una sala estratégica. Las expresiones preocupadas y expectantes llenaban la habitación.

—Esto complica las cosas, pero no podemos permitir que Victoria salga impune. Debemos actuar con inteligencia y rapidez —declaró Isabella, buscando mantener la moral del grupo.

Mientras deliberaban sobre cómo abordar la situación, llegaron informes de que ya no solo eran los emisarios de Eurasia, sino que los reyes en persona de Nueva España y Nueva Florencia estaban en el reino, listos para entrevistarse con Victoria y buscar una solución. La inquietud aumentó entre los conspiradores, sabiendo que el destino de Aynara y el futuro del reino pendían de un hilo.

Rania se dejó caer casi derrotada, ella conocía a la perfección a sus padres y a sus tíos, no, ellos no iban a apoyar a Aynara.

...

Los reyes de Nueva Florencia y Nueva España llegaron a Nuevo México con la firme intención de resolver la creciente crisis. Victoria, astuta y conocedora de las artimañas políticas, los recibió en una sala de audiencias del castillo, se encontraron con una Victoria que aparentaba calma y control. La reina se erguía con confianza, lista para enfrentar las acusaciones que se cernían sobre ella.

—¡Bienvenidos a Nuevo México! Sé que están aquí para abordar los recientes acontecimientos. Permítanme asegurarles que estamos trabajando diligentemente para resolver cualquier malentendido —les dijo Victoria con una sonrisa diplomática.

Los reyes, aunque inicialmente escépticos, escucharon las explicaciones de Victoria. La reina presentó una versión distorsionada de los hechos, pintando a Aynara como una amenaza, habló de su homosexualidad mostrando las pruebas con la princesa Rania y alegando que las acciones tomadas eran necesarias para preservar la estabilidad del reino.

Luego, con un giro estratégico, Victoria reveló documentos que afirmaba contenían secretos oscuros de la nobleza de Eurasia, Nueva Florencia y Nueva España. Mostró información comprometedora, entre ella los más oscuros secretos de cada uno, uno a uno fueron saliendo todos. Victoria sabía que el rey de España habían mandado matar al anterior rey, su propio padre, para quedarse con el poder. También sabía que los reyes de Nueva Florencia habían mentido sobre la paternidad del rey con Rania, no era su hija legítima, aunado a la homosexualidad de su hija. Y así uno a uno fue develando los más sórdidos secretos que los rodeaban.

Los reyes intercambiaron miradas preocupadas, conscientes de que esta situación podía poner en peligro el orden y estabilidad de sus reinos. Victoria, hábil en el juego político, aprovechó la oportunidad para sembrar la discordia y la desconfianza entre ellos.

Los reyes de Nueva Florencia y Nueva España, abrumados por las revelaciones de Victoria, intercambiaron miradas tensas. La reina había logrado poner sobre la mesa secretos que, de salir a la luz, podrían cambiar el curso de la historia de sus reinos.

—Esto es inaceptable. —El Rey de Nueva España, visiblemente afectado, respondió con furia conteniendo a duras penas su enojo—. Estamos aquí para resolver la situación en Nuevo México, no para ser chantajeados.

Victoria sonrió con malicia, sabiendo que había alcanzado su objetivo de sembrar desconfianza entre ellos.

—Entiendo su frustración, pero estos secretos no deben ser ignorados. ¿Cómo puedo confiar en que mantendrán la estabilidad en Nuevo México si sus propios reinos están plagados de mentiras y traiciones? —replicó Victoria, manteniendo la compostura. Victoria, hábil manipuladora, continuó tejiendo su tela de engaños para mantener su posición. — Estoy dispuesta a olvidar estos asuntos desagradables si colaboran conmigo para mantener la estabilidad en Nuevo México. Juntos podemos garantizar que el reino prospere y evitemos conflictos innecesarios — propuso Victoria, su mirada penetrante evaluando la reacción de los reyes.

—¿Qué es lo que quieres, Victoria? —preguntó el rey de España, tratando de contener la ira que lo abrumaba.

Victoria sonrió de medio lado, triunfante.

—El poder. Quiero ser la nueva reina de Nuevo México. —afirmó con seguridad.

Capítulo 12. Aynara

Rania, guiada por el guardia que había decidido traicionar a Victoria, se deslizó sigilosamente por los pasillos del castillo. El ambiente tenso y caótico era una distracción perfecta para sus movimientos. Isabella y el resto del grupo conspirador trabajaban en coordinación para mantener a raya a los guardias leales a Victoria, creando caos en los lugares estratégicos.

El guardia, aún con nerviosismo pero decidido a redimirse, llevó a Rania a través de pasadizos secretos de aquellas mazmorras que él conocía a la perfección. Las antorchas parpadeaban en las paredes, iluminando su camino en la penumbra del castillo. Cada paso resonaba con la urgencia de su misión, sabiendo que cada segundo contaba.

Finalmente, llegaron a la celda donde Aynara estaba retenida. Rania contuvo la respiración al ver a la mujer que amaba a través de los barrotes. Aynara, aunque visiblemente afectada por la situación, levantó la mirada al percibir la presencia de Rania. Sonrió, como si el alma le hubiera regresado al cuerpo, ahí frente a ella estaba Rania, al fin, al fin la veía de nuevo.

—¡Rania! ¡Dios, estás aquí! —dijo, derramando algunas lágrimas, tenía las manos en los barrotes, mientras Rania tenía puestas las suyas encima, acariciando las de Aynara.

—Mi amor, sí, aquí estoy —respondió Rania conmovida, no podía dejar de tocar sus manos, verla ahí en ese lugar tan tétrico y oscuro la mataba poco a poco.

—Yo... perdóname, todo esto es mi culpa, te puse en peligro por mis ideales, solo pensar que ella pudo... —negó con el rostro, sin querer terminar la frase y al notar aún las marcas y moretones en el rostro de Rania sintió la sangre arder— ¡Es una maldita! ¡La aborrezco! ¡La maldigo! —dijo, llevando como pudo una de sus manos al rostro de Rania acariciándola entre los barrotes.

—Tranquila mi amor, te juro que vamos a sacarte de aquí —aseguró Rania con voz suave, sintiendo el calor reconfortante de la mano de Aynara a través de los barrotes. Las palabras de consuelo eran un bálsamo para el alma de ambas, un recordatorio de que, a pesar de las circunstancias, su amor seguía intacto.

—El juicio —habló Aynara volviendo a colocar las manos en los barrotes, ahora encima de las de Rania— en el juicio puedo probar que esto es injusto y...

—No, Aynara —la interrumpió Rania con suavidad —las cosas se han complicado y... —no sabía cómo decir lo que quería decir— tememos que no habrá ningún juicio y van a... intentar matarte...

Aynara apretó la mandíbula, un escalofrío la recorrió por completo. Entonces Rania le contó que los reyes de Nueva España y sus padres, los reyes de Nueva Florencia estaban ahí reunidos con Victoria y Rania, ella más que nadie sabía que la reunión no iba a ser para ayudar a Aynara.

—Tenemos que sacarte de aquí cuanto antes...

—Princesa Rania, tenemos que irnos ya —dijo el guardia en susurro, apurándola ante la cercanía de los guardias.

—Esta madrugada Aynara, por favor, solo espera unas horas, esta madrugada —con todo el amor el mundo besó las manos de Aynara que seguían ahí colocadas en los barrotes, sus ojos se llenaron de lágrimas intentando contenerlas, mientras Aynara con una media sonrisa le decía que la amaba.

Con un nudo en la garganta y el corazón lleno de determinación, Rania se separó de Aynara. El guardia y ella se despidieron con un asentimiento, conscientes de que cada segundo era valioso. Se adentraron nuevamente en los pasadizos, aprovechando la distracción que el caos en el castillo proporcionaba para salir de ahí.

...

En la penumbra de su celda, Aynara cerró los ojos, permitiendo que la densidad del silencio llenara el espacio. Las paredes frías parecían retener no solo su cuerpo, sino sus emociones, sintiendo que el llanto ya la había abandonado, ya no podía llorar. La ansiedad y el miedo, compañeros constantes en aquel encierro, se mezclaron en un torbellino de emociones que amenazaba con desbordarse.

Mientras esperaba, Aynara se sumergió en sus recuerdos, reviviendo fragmentos de esos momentos con Rania. La primera vez que sus miradas se cruzaron, recordó lo que sintió cuando vio sus ojos azules, el estremecimiento que aquello le causó, el solo hecho de tenerla cerca.

De alguna manera lo supo, Rania era eso que ni siquiera sabía que le hacía falta; cuando la conoció le pareció que no podía existir nadie como ella, tan libre, tan rebelde, solo siendo ella misma, Rania era como un colibrí, tan mágica y cálida, tan fuerte y bella que la había cautivado desde el primer instante. Los recuerdos de su conexión única y la chispa de complicidad que compartían se manifestaban con claridad en su mente.

Aynara se sumió en la nostalgia de aquellas risas compartidas, en los suaves roces de manos entrelazadas y en los momentos de amor y pasión que solo ellas dos sabían; recordó el primero beso y la sensación, recordó aquella sensación que se apoderó de ella y que ya nunca la abandonó, la podía sentir a cada instante, cada que estaba con ella, cada que la tocaba, cada que hacían el amor siempre estaba presente esa sensación única e inexplicable, que no solo la sentía en la piel y en el cuerpo, también en el alma.

A medida que los recuerdos fluían, la angustia se mezclaba con el anhelo. La figura de Rania, con su valentía y amor inquebrantable, se volvía más vívida en su mente. Imaginó su futuro juntas, superando los desafíos y siendo felices juntas,teniéndose la una a la otra.

¿Por qué tenía que ser prohibido su amor? ¿Por qué las leyes y las reglas y la nobleza tenían que decidir a quien sí podían amar? Aynara pensaba que ella no lo había elegido, ella solo se había enamorado y el amor no podía ser nada malo, eso que ella sentía no podía ser nada malo porque cuando estaba con ella, incluso solo al pensarla, era la mujer más feliz. ¿Cómo iba a ser pecado,

prohibido, algo malo eso? Ella solo quería amarla, solo quería estar con ella, eso no le hacía daño a nadie.

Ella también quería igualdad, justicia, que la gente viviera en paz y tuvieran lo que por derecho les correspondía, que los reyes y reinas mandaran como debía ser, pensando en su pueblo y no solo en ellos mismos. ¿Por qué tenían que ser tan egoístas, tan superficiales, tan... malos?

En ese momento de introspección, mientras la oscuridad de la celda abrazaba sus pensamientos, Aynara sintió una extraña mezcla de tristeza y esperanza. El amor que compartía con Rania había llenado su vida de luz y significado, y aunque las sombras de la incertidumbre se cernían sobre ellas, la fuerza de su conexión seguía resonando en su corazón.

Aynara se aferró a la imagen de Rania, tratando de bloquear las imágenes de las injusticias que se cernían sobre su relación. Se sumió en la visión de un futuro donde la libertad y el amor no estuvieran marcados por las restricciones impuestas por la sociedad. En su mente, creó un mundo donde su amor pudiera florecer sin miedo, sin cadenas, sin juicios.

Mientras el tiempo se desvanecía lentamente en la celda, Aynara se permitió soñar despierta. Visualizó un reino donde el amor entre dos personas no conociera barreras, donde la tolerancia y la aceptación fueran los pilares de la sociedad. En este mundo imaginario, su historia de amor con Rania sería celebrada, no rechazada; serían libres de expresar su afecto sin temor a represalias.

Con cada latido de su corazón, Aynara deseó con fuerza que la realidad pudiera reflejar sus sueños más profundos. El amor que compartía con Rania era la fuerza motriz que la impulsaba a resistir, a luchar contra las cadenas que amenazaban con ahogar su felicidad.

Suspiró, sus ideales la habían llevado a donde estaba en ese momento, su amor, ¿acaso ella estaba equivocada? Se cuestionó por unos segundos, negó con el rostro, no, no podía estarlo. Pero lo cierto es que su determinación y su esperanza por cambiar el reino y convertirlo en uno justo para todos, ahí dentro de esa celda se estaba desvaneciendo poco a poco.

La figura de Luis también se materializó en sus pensamientos, con una carga pesada de decepción y desilusión. Entendía que se sintiera herido, que estuviera molesto, pero él había sido la estocada final, la había condenado solo por no poderlo amar. ¿Acaso no sabía que su matrimonio era un arreglo casi desde que nació? Ella no había podido elegir y claro que no

quería lastimarlo, pero se había enamorado perdidamente de Rania, no pudo evitarlo, ambas lo habían hecho.

Aynara de pronto sintió el dolor agudo de la traición, por parte de Victoria, su propia madre, ¿por qué nunca la había querido? ¿Era cierto lo que dijo Rania que incluso quería... matarla? Sintió que las lágrimas iban a salir una tras otra, pero se contuvo. Su propia madre la odiaba con todo su ser, y eso era una herida que iba más allá de las marcas físicas en su piel. Por mucho que quisiera que eso no le hiciera daño lo hacía, lo había hecho desde niña.

Incluso la imagen de su padre fallecido vino a ella, el recuerdo de los momentos vividos a su lado, había sido la persona que más había amado en el mundo y por un momento pensó que si no hubiera sido por él toda su infancia y juventud hubieran sido tan desgraciadas a lado de Victoria. De nuevo sintió el peso de la elección que su padre había tenido que hacer y solo por ella, por permanecer a su lado. Dibujó una media sonrisa recordando el hombre que había sido.

En ese instante, Aynara se sintió vulnerable, atrapada entre las sombras de un pasado que la perseguía y un futuro incierto. La lucha por la igualdad y la justicia, que una vez la había llenado de determinación, ahora parecía desvanecerse en la realidad asfixiante de su celda. ¿Valió la pena sacrificar su felicidad personal por un ideal que parecía cada vez más inalcanzable? Pensó, torturándose un poco con esos pensamientos.

La espera se volvía insoportable, y cada minuto sin Rania se convertía en una eternidad. Sin embargo, en medio de la oscuridad, una luz de esperanza se aferraba a su corazón. La promesa de la madrugada, el susurro de libertad que Rania había compartido, era el anhelo que la mantenía viva en aquel momento desgarrador.

Aynara se aferró a la idea de un futuro donde pudiera abrazar a Rania sin temor, donde su amor pudiera florecer en libertad. Mientras la incertidumbre rodeaba su presente, su espíritu resiliente se elevaba con la promesa de un mañana lleno de amor y liberación. En ese oscuro rincón de la prisión, Aynara se aferraba a la esperanza anhelando un futuro donde su amor pudiera florecer sin miedo ni restricciones.

Poco a poco y con todos esos pensamientos, Aynara se fue quedando dormida.

Un ruido la hizo despertar y el rostro se le petrificó por completo cuando vio la silueta que tenía enfrente, cuando lo reconoció lo supo entonces, era el fin, era su fin, ahí acababa todo pensó,

temblando de miedo.

Epílogo

Los colibríes son fugaces, la mayoría viven unos pocos años; es como si cada día estuvieran luchando con su propia muerte, esperando el momento en el que esta va a llegar por ellos y terminará su existencia llena de colores y sonidos.

Rania pensó en Aynara, pensó en su colibrí. Las lágrimas corrían por sus mejillas como si se tratase de una tempestad. Los colibríes viven poco, sí, son aves muy pequeñas y mágicas, pero también son fuertes, pelean por sus alimentos para sobrevivir lo más posible. También existen especies de colibríes que pueden vivir más tiempo y para esas pequeñas aves se considera una larga vida.

Volvió a pensar en Aynara. Pensó y no pudo evitar llorar de nuevo. Observó el jardín, estaba muy descuidado y era de esperarse, pero incluso así pudo notar a algunos colibríes volando por ahí, eran nuevos, por supuesto, tal vez de alguna manera entre ellos se comunicaban diciéndose que aquel espacio antes era un santuario para ellos y entonces de vez en cuando regresaban ahí. Suspiró.

Pensó de nuevo en Aynara y en lo cerca que había estado de perderla, volteó la vista y la vio caminar hacia ella, se limpió las lágrimas que caían de sus ojos. Tal vez era que regresar a aquel lugar le traía todos esos recuerdos, algunos muy duros y difíciles para ser recordados, otros eran de los mejores que había vivido en toda su vida. Recordó todo lo que habían pasado, todo lo que las había llevado a ese preciso momento.

Un ruido la hizo despertar y el rostro se le petrificó por completo cuando vio la silueta que tenía enfrente, cuando lo reconoció lo supo entonces, era el fin, era su fin, ahí acababa todo pensó, temblando de miedo.

La puerta de la celda se abrió lentamente, crujiendo con un sonido ominoso que resonó en las paredes húmedas. Aynara se acurrucó en un rincón, sus ojos temerosos fijos en la figura que emergía de la oscuridad.

Para su sorpresa, no era uno de los guardias leales a Victoria o algún sicario enviado para hacerle daño. La figura se reveló como Luis, el esposo que una vez la había acusado y condenado. Aynara lo miró con mezcla de sorpresa y desconfianza, sin entender qué podía llevarlo a ese lugar tan oscuro.

—Luis... ¿qué estás haciendo aquí? —preguntó Aynara con cautela, notando la expresión sombría en el rostro del que había sido su esposo. Se asustó, pensó que iba a matarla en ese preciso momento.

Luis se arrodilló frente a ella, sus ojos reflejaban una tormenta de emociones contenidas. La celda, aunque fría y húmeda, pareció encogerse ante la intensidad de la mirada de Luis.

—Aynara, cometí un error terrible al culparte, al no entender lo que realmente sentías. He escuchado que quieren... —su voz vaciló, incapaz de pronunciar las palabras exactas.

Aynara sintió un nudo en el estómago, las palabras no dichas resonaban en el aire. Luis, a pesar de todo, había venido a advertirla sobre el peligro que la acechaba. Una chispa de esperanza titiló en su interior, pero aún no podía confiar en él, se sentía atrapada.

—¿Qué quieren hacerme, Luis? —preguntó Aynara, sus ojos buscando respuestas en los de él. Luis inhaló profundamente antes de responder, sus palabras salieron entrecortadas.

—Quieren... quieren matarte. Pero yo no puedo permitirlo, Aynara. Cometí muchos errores, pero no puedo ser cómplice de tu muerte. Tenemos que sacarte de aquí.

Entonces Luis le explicó como había escuchado los planes de Victoria y los reyes, la idea era simple, darle a beber aquella poción que utilizaban para asesinar sin causar mucho problema y decir que Aynara había muerto quitándose la vida en la celda. Luis también le contó que al enterarse de aquello, primero le pidió a Victoria ser el quien le diera la poción, fingiendo que la ira que sentía por el engaño era tanta que era capaz de matarla, Victoria creyendo que Luis era igual a ella, le creyó. Después fue con el grupo conspirador, con Rania y los demás y habían planeado todo. Ella bebería una imitación de la poción y fingirían su muerte. Era la única manera en la que Victoria la dejaría en paz, creyendo que había muerto, no había otra manera. Si Victoria sabía que había escapado seguiría en la búsqueda de Aynara y Rania, intentando destruirlas y no solo ella, sus aliados, todos, no las dejarán en paz nunca.

Aynara dudó algunos instantes, ¿podían confiar en él o era una especie de trampa? La mirada sincera y arrepentida de Luis intentaba transmitir la verdad, pero las cicatrices emocionales que él mismo había causado seguían frescas en el corazón de Aynara.

—Luis, ¿cómo puedo estar segura de que esto no es otro juego, otra artimaña para lastimarme... para matarme? —cuestionó Aynara con voz temblorosa.

Luis tomó su rostro entre sus manos, buscando sus ojos con desesperación.

—Te juro por todo lo que aún nos une, por el amor te tengo que estoy aquí para protegerte. No puedo cambiar lo que dije para que estés aquí, pero haré todo lo posible para enmendar mis errores.

Aynara, con la mirada aún desconfiada, asintió levemente. Las circunstancias apremiaban, y si bien su corazón herido temía un nuevo golpe, la amenaza inminente la obligaba a confiar en la única ayuda que tenía en ese momento.

Luis sacó un pequeño frasco de líquido transparente de su capa y lo mostró a Aynara.

—Esta poción te hará parecer muerta por unas horas. Es nuestra única manera de sacarte del castillo sin levantar sospechas. Una vez afuera, el grupo conspirador te llevará a un lugar seguro. Necesitas beber esto y confiar en que todo saldrá bien.

Aynara tomó el frasco con manos temblorosas. La decisión pesaba sobre sus hombros, pero la alternativa era aún más sombría. Sin decir palabra, asintió y llevó el frasco a sus labios, bebiendo la poción en un solo sorbo. El líquido tenía un sabor amargo, pero su mente estaba más preocupada por lo que vendría después.

Los minutos se hicieron eternos mientras Luis y Aynara esperaban en silencio. Gradualmente, Aynara comenzó a sentir una extraña somnolencia apoderándose de su cuerpo. La realidad se volvía borrosa, y sus pensamientos se desvanecían en la niebla de la inconsciencia.

—Confía en mí, Aynara. Te juro que saldrás de esta y encontrarás la libertad que mereces —murmuró Luis con un tono lleno de anhelo antes de que Aynara cerrara los ojos y sucumbiera al letargo inducido por la poción.

Ahora, el destino de Aynara estaba atado a un hilo frágil, entre la duda y la esperanza de un futuro donde su amor con Rania pudiera florecer sin restricciones.

La penumbra de la celda envolvió a Aynara mientras la poción comenzaba a surtir efecto. Sus parpadeos se volvieron más lentos, y su conciencia se sumió en una oscura nebulosa. Luis, observando con ansias la reacción de Aynara, la sostuvo con delicadeza para evitar que cayera al suelo.

La silueta de Aynara se desvaneció gradualmente en la oscuridad de la celda. Luis, con el corazón lleno de pesar y redención, depositó con cuidado el cuerpo aparentemente inerte en el suelo. Aunque sabía que este era el plan para salvarla y liberarla, para que se fuera muy lejos de todo, la idea de que su amor pudiera estar en peligro todavía le pesaba.

La puerta de la celda se cerró con un suave golpe, y Luis, con la determinación tallada en su rostro, se levantó. La misión no había terminado; aún debían asegurarse de que el plan se llevara a cabo sin contratiempos. Después de todo, su redención no solo dependía de salvar a Aynara, sino de restaurar la confianza que él mismo había destrozado.

El sonido de los pasos de Luis resonó en los pasillos del castillo mientras se dirigía hacia la salida. Cada paso estaba marcado por la tensión y la incertidumbre. Sabía que enfrentarían desafíos y peligros en el camino hacia la libertad, pero también sabía que no podía permitir que nada malo le sucediera a Aynara.

El grupo conspirador aguardaba en las sombras, listo para llevar a cabo la siguiente fase del plan. Rania, con la mirada llena de determinación, se acercó a Luis cuando este emergió de la celda.

—¿Todo está en orden? —preguntó Rania, escudriñando los ojos de Luis en busca de cualquier señal de traición.

Luis asintió con firmeza.

—Ella ha tomado la poción, y pronto creerán que está muerta. Estoy aquí para asegurarme de que nadie interfiera en su escape.

Rania, aunque aún desconfiada, reconoció la seriedad en las palabras y la expresión de Luis. Sabía que, en ese momento, compartían un objetivo común: proteger a Aynara. Sin más palabras, el grupo se puso en movimiento, deslizándose por los pasillos con la destreza de quienes se mueven en las sombras.

Luis cargó a Aynara llevándola hacia Victoria y con un “está hecho”, Victoria sonrió triunfante. El plan estaba en marcha, y la falsa muerte de Aynara sería la clave para mantener su control sobre el reino. Sin embargo, mientras Luis sostenía el aparente cuerpo sin vida de Aynara frente a ella, la sonrisa de Victoria se desvaneció por un instante. Sus ojos astutos buscaron cualquier indicio de engaño en la expresión de Luis.

—No puedo decir que lamente su partida, su muerte es un acto necesario para preservar el orden en este reino —declaró Victoria con frialdad, poniéndolo a prueba.

Luis asintió, disimulando la turbación que se agitaba en su interior. La máscara que llevaba era esencial para mantener el equilibrio entre la verdad y la mentira. Victoria le creyó por completo, se sentía poderosa teniendo al hijo de los reyes de la Nueva España de aliado. Por su parte Rania y el grupo conspirador, observando desde las sombras, aguardaban el momento adecuado para intervenir.

Victoria dio una orden a los guardias para que se llevaran el cuerpo de Aynara a un lugar adecuado para su velatorio. Mientras los guardias obedecían, Luis se preparó para seguir el plan. Sabía que el siguiente paso sería crucial; debían asegurarse de que Aynara fuera llevada a un lugar seguro antes de que la verdad saliera a la luz.

En las sombras del castillo, Rania y el grupo conspirador avanzaban con sigilo. La tensión en el aire era palpable, pero también lo era la determinación en sus rostros. El destino de Aynara dependía de la ejecución precisa de cada movimiento en este arriesgado juego de engaños.

El cuerpo de Aynara fue depositado en una habitación preparada para el velatorio simulado. Rania, escondida entre las sombras, esperaba pacientemente. Cuando los guardias se retiraron, ella se acercó con cautela al cuerpo de Aynara.

—Espero que esto funcione. No podemos permitirnos ningún error —murmuró Rania, con la mirada fija en Aynara, verla ahí pareciendo muerta le enchinaba la piel.

El resto del grupo conspirador se mantenía alerta, listo para intervenir en cualquier momento.

En el pasillo, Luis seguía el protocolo, asegurándose de que los guardias estuvieran ocupados con la preparación del falso funeral.

La habitación estaba llena de flores y velas, creando una atmósfera lúgubre. Rania, con manos firmes, revisó el pulso de Aynara y se aseguró de que su respiración fuera apenas perceptible. La situación era delicada, y cada segundo contaba.

De repente, un sonido distante de pasos resonó en el pasillo. Los corazones de todos se aceleraron. Luis, al tanto de la situación, se apresuró a interceptar a los guardias antes de que pudieran descubrir el engaño.

—¿Qué están haciendo aquí? La reina ha dado órdenes claras sobre el velatorio de Aynara — dijo Luis, tratando de desviar la atención.

Los guardias, desconcertados por la intervención de Luis, se mostraron reacios, pero él los persuadió con astucia. Mientras tanto, Rania y el grupo conspirador continuaron con el plan.

Mientras tanto, en el salón de audiencias del castillo, Victoria, la madre de Aynara, esperaba impaciente la ejecución de la sentencia.

El salón estaba iluminado por la tenue luz de las antorchas, revelando las caras tensas de los reyes de Nueva España y Florencia. La reunión había sido convocada para presenciar la "muerte" de Aynara, un acto que Victoria había urdido con astucia y maldad.

En un rincón oscuro, Luis observaba con pesar la escena. Había llegado hasta allí para asegurarse de que el plan de escape de Aynara se llevara a cabo con éxito, pero la carga emocional de enfrentarse a su pasado lo atormentaba.

El cuerpo de Aynara yacía en la habitación, rodeado de la atmósfera sombría del velatorio simulado. Rania y el grupo conspirador, con la respiración contenida, esperaban que cada pieza del engaño cayera en su lugar. Mientras Luis mantenía a raya a los guardias, el tiempo se volvía un aliado crucial.

Rania, con manos hábiles y discretas, preparó una muda de ropa para Aynara. La verdadera lucha estaba por comenzar: sacarla del castillo sin levantar sospechas. Cada segundo era valioso, y la tensión en la habitación aumentaba mientras los pasos de los guardias se alejaban.

Con cuidado, Rania cambió la vestimenta de Aynara, asegurándose de que cada detalle estuviera en su lugar. Mientras tanto, el grupo conspirador se mantenía alerta, listo para actuar en cualquier momento. El corazón de Aynara latía débilmente, como un susurro de esperanza en medio de la oscuridad. Rania sabía que tenían que darse prisa o podría perderla para siempre.

Luis, con la habilidad de un hábil estratega, continuaba desviando la atención de los guardias. Con persuasión y astucia, logró mantener el velatorio en curso según lo planeado. La falsa muerte de Aynara era la clave para su liberación.

Victoria se preparaba para anunciar la supuesta muerte de Aynara a todo el reino. La sala del trono estaba llena de cortesanos y sirvientes, de los reyes de la Nueva España y de Nueva Florencia, que sabían lo que había ocurrido -o lo que ellos creían que había ocurrido- todos esperando la noticia que cambiaría el destino del reino.

Victoria, con una máscara de tristeza y solemnidad, se erguía en el trono, preparada para dar la noticia. Los murmullos en la sala se extinguieron cuando Victoria alzó la mano para silenciar a la multitud.

—Hoy es un día oscuro para nuestro reino. Lamentablemente, debo anunciar la trágica muerte de la reina Aynara —declaró Victoria, su voz resonando en la sala.

Una mezcla de expresiones afligidas y sorprendidas se apoderó de los presentes. Victoria continuó con su actuación, tejiendo una narrativa cuidadosamente elaborada.

—Aynara, abrumada por la culpa y el dolor de sus acciones pecadoras e inmorales, decidió poner fin a su propia vida en su celda. Aunque sé que sus acciones fueron incorrectas era mi hija y me duele su muerte —hizo su actuación estelar, llorando con amargura— es nuestro deber llevar a cabo su funeral y mantener la estabilidad en nuestro reino —añadió Victoria, con una pausa calculada para permitir que la noticia se asentara en la conciencia de los presentes.

Las lágrimas falsas brillaban en los ojos de Victoria mientras continuaba la farsa. La noticia de la muerte de Aynara se extendió como un reguero de pólvora, alcanzando cada rincón del castillo y más allá de sus muros.

El cortejo fúnebre con el ataúd -ya vacío- avanzaba por los pasillos del castillo en dirección a la

salida. La noticia de la "muerte" de Aynara comenzaba a esparcirse entre los sirvientes y pobladores del reino y los reinos vecinos. Murmullos de tristeza y conmoción llenaban el aire, pero en las sombras, la resistencia se movía con determinación.

La luz de la luna iluminaba el camino hacia la libertad, el amor y la libertad esperaban a Aynara.

Después de llevar a cabo todo y haciendo despertar a Aynara mientras iban en el carruaje escapando, con ayuda de Luis y todo su poderío, lograron que Rania y Aynara salieran de Nuevo México, listas para irse a Eurasia, a un poblado lejano, en los límites más alejados del continente. No era ningún reino, ni aliado ni enemigo, era una pequeña población que intentaba modernizarse, había unos pocos países así, comenzaban a surgir, donde la figura de reyes había desaparecido. La pequeña población a la que se dirigían estaba lejos de las intrigas y luchas de poder que alguna vez habían amenazado sus vidas.

Cuando llegaron al pueblo de Vieja Finlandia fueron recibidas con cautela, pero también con la bienvenida de aquellos que veían con buenos ojos a quienes buscaban un refugio lejos de los reinos y monarquías. Ahí nadie las conocía a decir verdad, no sabían que eran la reina Aynara de Farnesio de Nuevo México y la princesa Rania de Rinaldi de Nueva Florencia, ahí por primera vez pudieron ser ellas mismas sin esas etiquetas en sus hombros. Comenzaron de cero, ambas decidieron poner una escuela de artes con los conocimientos que tenían y poco a poco se fue llenando de estudiantes, su casa en la naturaleza era sencilla, lejos de todos esos lujos y extravagancias en las que habían nacido y crecido, pero lo cierto es que nunca se habían sentido tanto en su hogar como en aquel lugar.

Ahí no eran juzgadas, tampoco era la panacea de la libertad y aceptación, pero al menos a nadie le importaba que estuvieran viviendo juntas o que de pronto en la calle se dieran la mano. Lo único que extrañaba Aynara era a sus colibríes, no había en Eurasia, por el clima y diversas cuestiones naturales no se desarrollaban en aquel continente, pero los adornos en la casa y en su vestimenta de esa ave como regalos de Rania, abundaban. Aynara sanó, Rania también y su amor cada día y cada noche florecía aún más. Después de todo, ahí en ese pequeño lugar encontraron aquello que estaban buscando.

Mientras tanto en Nuevo México, Victoria se quedó al mando, al menos así fue por unos años, se cumplió su sueño de ser la reina más poderosa aunque por un corto tiempo, su mandato fue

tiránico, tenía que volver a recobrar la credibilidad, pues muchos ya no confiaban en ella y sumándole a eso todos los contratiempos que tenía, el grupo conspirador se mantuvo firme, Isabella, Luis entre las sombras, poco a poco fueron desacreditándola hasta que llegó el día en el que al fin se le dio valor a lo que Aynara había descubierto, a la semilla que había plantado.

Aynara había quedado como un estandarte después de su supuesta muerte, de la lucha por la libertad en todos los sentidos, después de todo ella en su corto reinado les había dado mejores condiciones de vida a los pobladores, así que su imagen, aunque empañada en algunos y sobre todo en un primer momento por las acusaciones de inmoralidad, en muchos otros pesaba más la determinación que había tenido. Para todos Rania era una fugitiva, nunca habían sabido que pasó con ella y los rumores y leyendas se esparcieron, algunos diciendo que al saber la muerte de Aynara ella había muerto también, otros decían que Victoria la seguía teniendo encerrada en algún lugar secreto, pero nadie había vuelto a verla nunca más, ni sus padres.

Así que ambas sirvieron para fraguar esa rebelión que tardó tiempo y que todavía no se desarrollaba por completo, pero que por lo pronto había logrado que Victoria comenzara a pagar por todo lo que había hecho, al menos de cierta forma, pues después de toda la vida de disfrutar del poder, la quitaron del mando y sus aliados esta vez tenían muchos motivos para encerrarla también. Aunque no sucedió, Victoria era malévola pero muy inteligente, siempre iba un paso más adelante de todos y antes de ser encarcelada, con su habilidad logró escapar.

Entonces el reino de Nuevo México quedó sin nadie a su mando y aquello ocasionó más caos, así que los reyes de Nueva España hicieron algo al respecto. Ya no quedaba ningún descendiente para ocupar el mando, pero quedaba Luis de Borbolla, viudo, supuesto viudo de la reina Aynara de Farnesio y él tendría que quedar al mando.

Luis trabajaba como una especie de doble agente, él no quería irse del reino, pero todo lo que había pasado le había abierto los ojos y quería, en la medida de lo posible, tener un reino más justo, dentro de todo en su interior era un buen hombre, siempre lo había sido, criado con privilegios desde que nació, pero quería hacer las cosas bien, claro que sin salir de las normas impuestas por los reinos más poderosos. Poco a poco lo fue logrando, logró la estabilidad en Nuevo México, formuló algunas leyes que Aynara había formulado ya, aplicó otras normas que fue inevitable aplicar si no quería miradas de sospecha, se casó de nuevo y hasta ese momento era quien estaba al mando. El castillo no fue habitado más, quedó ahí como una prueba de lo que había sido Nuevo México, como un recuerdo de la tiranía de Victoria y del reino justo y libre que quiso Aynara y por el que había luchado.

Por eso mismo en ese momento estaban ahí Aynara y Rania de nuevo, aunque Luis les había

propuesto regresar de Vieja Finlandia a reestablecerse ahí, se negaron; no, ellas nunca regresarían a vivir en un reino de nuevo, mucho menos sabiendo que Victoria estaba fugitiva. Solo habían regresado un par de días como una especie de deuda pendiente, sobre todo de Aynara, quería cerrar por completo esa herida, visitar los restos de su padre que yacían ahí, despedir sus recuerdos, después de todo había pasado 20 años de su vida en aquel lugar y volver, seis años después, era algo que se debía.

Y sobre todo, quería ver su jardín de colibríes, que era ya casi inexistente, aunque al caminar yendo hacia una Rania que se limpiaba las lágrimas observándola con ternura, le sorprendió ver que de repente aparecía uno que otro y sonrió de volver a verlos. Justo al detenerse junto a Rania y tomar su mano, uno de ellos se le detuvo en el hombro, haciéndola reír y a Rania también, Rania solía decirle que en su otra vida Aynara había sido una de esas aves por la conexión que tenía con ellas, le parecía fantástica. Aynara era mágica y libre, justo como un colibrí.

Después de eso y dejando atrás todas esas sombras y los recuerdos, se despidieron del castillo, sabiendo que aquella era la última vez que vería al jardín de colibríes. Se reunieron con Isabella y los integrantes que quedaban del grupo que había sido el conspirador, contándose sus vidas y siendo felices los unos por los otros. Y después de ir con Luis y despedirse también de él, decidieron que era el momento de regresar al que ya era su hogar. Por supuesto que aún estaba Victoria, nadie sabía su paradero, pero habían decidido no dejarse atormentar nunca más por ella.

La ventana del avión mostrándoles a lo lejos Nuevo México fue lo último que vieron del reino, su vida ya era otra y aunque había cambiado todo, su amor después de todos esos años seguía intacto como el primer día. Aynara tomó la mano de Rania, dándole un tierno beso en ella y observando sus ojos azules, sintiéndose observada también por ellos, ambas se sonrieron.

—Te amo, mi amor —le susurró en el oído.

Rania se recostó en su hombro, sabiendo que todo había valido la pena solo por ese preciso momento.

Y mientras tanto, Victoria aguardaba con paciencia en las sombras, en libertad y con toda la ira acumulada, lista para forjar su propia venganza.

FIN...